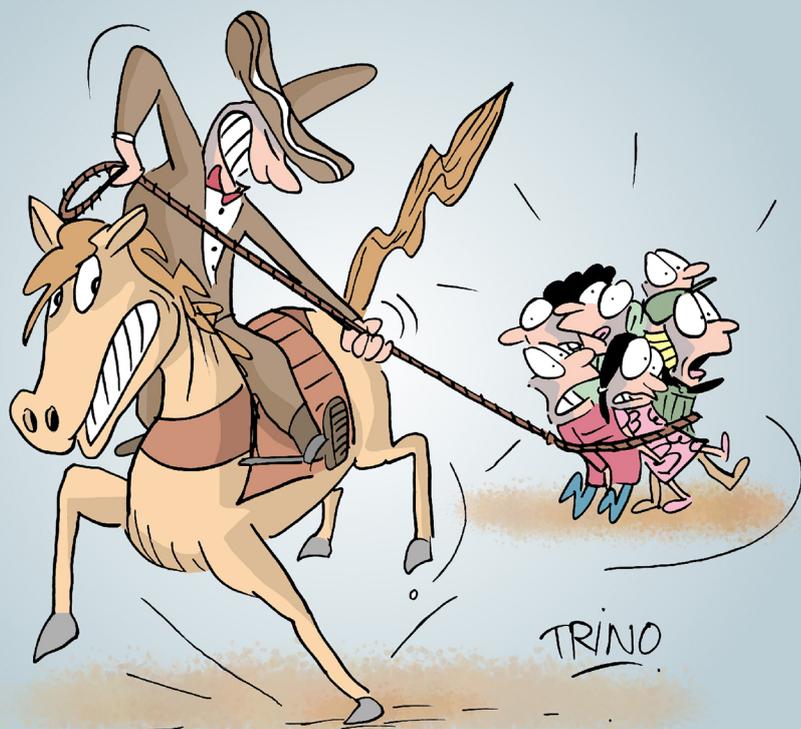


CARA DE ^SSANTO PEDICHE



Cándido González Pérez

Cara de santo pediche

Cara de santo pediche

CÁNDIDO GONZÁLEZ PÉREZ



Primera edición 2020

D.R. © 2020, Ediciones de la Noche
Madero #687, Zona Centro
44100 Guadalajara, Jalisco

ISBN: 978-84-18080-70-8

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Contenido



Prólogo	7
La criatura	11
El que se emborrachó	16
Doña Lucita	23
La plaza	26
El Creedence	30
El Cine Roma	34
El Silvino	42
El Fútbol	51
Un partido memorable del que muy pocos se acuerdan	56
El Llanito	58
Los aviones que dejaban caer papeles	72
La muerte de Abel	74
Significado de Acatic	78
El padre Pancho	81
Llegó la luz.	90
La televisión	95
La fiesta	105

La Barranca	119
El bordo del Carricillo.	125
La Camioneta de Lino.	136
Las idas a Yahualica	140
Los pleitos	146
Los camiones.	153
La Presa Lagunillas	157
El Tajo	161
Los Brujos	163
Los Norteños.	168
El Manguito	173
A dar la Vuelta	176
El Restaurante de José de Reyes.	180
La despedida.	183

Prólogo



Los Altos de Jalisco conforman un ámbito regional que es icónico en México. Ha sido el espacio geográfico de formación de una sociedad de rancheros que han jugado y juegan un papel central en la conformación de la nacionalidad mexicana. La formación histórica de Los Altos de Jalisco es básica para entender la importancia de la introducción de la ganadería a México desde el siglo XVI y la consolidación de una sociedad orientada hacia el trabajo, con un catolicismo arraigado y un sentimiento de identidad regional profundo. En ese contexto, también han destacado intelectuales de la importancia de Agustín Rivera o Alfredo R. Placencia, historiador el primero y poeta el segundo. En la actualidad, la presencia de intelectuales alteños es notable aunada al establecimiento de Centros Universitarios de la Universidad de Guadalajara en las Ciudades de Tepatlán de Morelos (CUALTOS) y Lagos de Moreno (CULAGOS), en donde se forjan nuevas generaciones de alteños en muy diversos campos del conocimiento y del ejercicio intelectual.

Los Altos de Jalisco también se ha caracterizado por el habla de un castellano forjado en el transcurso de los años desde que ocurrió la colonización de la región, por ganaderos provenientes de Salamanca, España, en donde se localizan el Campo Charro y la Peña de Francia, dos lugares icónicos de Castilla. Precisamente el texto escrito

por un distinguido intelectual alteño, el Doctor Cándido González Pérez, nos conduce por el fascinante sendero de una palabra que es parte de la identidad de los Alteños. Más aún, desde el punto de vista literario, me parece que la colección de cuentos surgidos de la pluma del Doctor Cándido González Pérez, reviste una importancia singular en el escenario actual de la narrativa de Jalisco. En efecto, los cuentos contenidos en este libro se hilan a través de un propósito: narrar la vida en Acatic, municipio de los Altos de Jalisco. Cándido González escribe un texto que bien podemos clasificar como de Etnoliteratura en el que se destaca una descripción de las relaciones sociales a través del uso del idioma. Los cuentos describen no sólo a los personajes que portan el habla particular de los Altos de Jalisco, sino la manera en que se relacionan socialmente. Más todavía, desde el punto de vista cultural, los cuentos escritos por Cándido González transmiten la visión del mundo de los rancheros alteños desde un pueblo, Acatic. Escrito con un encomiable sentido del humor, lo aparentemente sencillo resulta complejo. La narración literaria va mostrando la complejidad de la vida local y cómo cada suceso está relacionado con una manera de ver al mundo, de concebir la vida, una forma que se comparte y se transmite a través de las propias relaciones sociales.

El texto que bien puede nombrarse de “cultura narrada”, también describe al autor y la forma en que él mismo es un actor de su propio mundo y la manera en que lo percibe. El narrador logra estar presente en cada uno de los cuentos porque su escritura es parte de su propia vivencia cotidiana, de su disfrute del “ser alteño”, de una satisfacción psicológica que lo hace gustar de su propia identidad. En este sentido los cuentos transmiten la fortaleza de una identidad tejida en siglos, forjada en largos días de trabajo y anclada en las relaciones sociales que la transmiten.

No obvio mencionar que las fotos que ilustran el texto se unen a la narrativa y fijan visualmente a la palabra. Cada foto resume un texto y auxilia al lector a compenetrarse, a comprender la narración.

Cándido González Pérez ha logrado un texto de importancia para el estudio lingüístico porque transmite las formas del habla local con sus contextos. Esto es importante porque se informa el uso del castellano y cómo lo ha transformado la vida local. La lengua, entonces, no es sólo un medio de comunicación sino una expresión de la propia visión de la vida y un vehículo para pensarla. Excelente en muchos sentidos esta forma de expresar el habla de los rancheros alteños, tan ligada a una filosofía de la vida que a su vez, hace un énfasis en la importancia del trabajo, del esfuerzo del individuo, del autoconstruirse como persona sin separarse del medio cultural, de una comunidad de habla que es al mismo tiempo, una comunidad de identidad.

Los cuentos narrados por Cándido González son la descripción alegre, con sentido del humor, de una sociedad “cara a cara” en donde todos se conocen y se saben. En esta descripción cada personaje cobra importancia porque representa a un tipo cultural, posible sólo en este ámbito. El texto describe la variedad psicológica de una sociedad que vista desde las grandes ciudades pareciera sencilla, pero que observada desde su variedad psicológica emerge en toda su complejidad. Lo sorprendente es el testimonio de una sociedad regional tejida en siglos, que vive la actualidad plenamente pero que conserva un respeto cultural por un pasado que retoña a través del habla. Por esa característica de la que el autor no escapa, es espléndida la descripción de lugares en donde la comunidad, el vivir juntos, se reafirma. Me parece excelente la descripción del cine Roma como un lugar en donde se expresa la intimi-

dad de una vida comunal que tiene la virtud de respetar y disfrutar a cada personaje con el que se interacciona.

No menos importante es la demostración que hace este texto de un “cosmopolitismo local”, de un mundo “cara a cara” que se retroalimenta a través de la invención cultural surgida no sólo de la propia vida cotidiana sino de una interrelación con el mundo. Lejos están los alteños jaliscienses de vivir encerrados en su propia región sino que han sabido preservar una forma de ser actualizándola, viviendo el mundo desde su propia historia.

Ajijic, Jalisco. A 30 de mayo, 2020
ANDRÉS ANTONIO FÁBREGAS PUIG

La criatura



La señora llevaba agarrada con una mano a la criatura, siempre adoptaba esa forma, cuando llevaba un pollo, lo levantaba con una mano a noventa grados, como tomando la distancia en la escuela cuando la formación. Eran seis hijos y con todos siguió la misma rutina: llevarlos cargando de una pata a la casa de Cuca de Domingo ahí en la plaza para reclamarle por no haber adivinado qué iba a ser, si niña o si niño. Eran tres y tres, y cuando era niña reclamaba por qué no había sido niño, cuando era niño, por qué no había sido niña.

—Teresa, te dije claramente que iba a ser niño, la aguja con el hilo nunca se equivoca, siempre se te olvida en qué quedamos y me reclamas —Cuca era una señora muy menudita, ya grande de edad, jorobada por los años y muy pero muy paciente—.

—Dijiste que niña y ya le había comprado su ropón y sus calzoncitos —doña Teresa era una señora grandota, “fuerte” como les dicen en el rancho para evitar decir gorda, y recia de carácter—.

Esa ocasión, sería como la cuarta, llevaba a la criatura (no importa el sexo, era el mismo trámite):

—Me dijiste que niña y ya le había comprado una cadenita con su nombre.

Nunca entendí por qué levantar la mano a 90 grados es muy cansado; mejor abrazado, era un cristiano, pero no,

si era el pollo lo levantaba de una manita, si era una criatura, de una patita.

—¿Otra niña Teresa? —le preguntó la tía Lupe.

—¡Qué va!, niño. Pero voy con Cuca de Domingo, me dijo que iba a ser niña. Nunca le atina, bien puedo parir 20 y en todos me va a dar la contra.

—Mejor llévalo al templo a dar gracias.

—¿De qué agradezco? Ya tenía la cadenita con su nombre.



Al niño le campaneaban las verijas como cuando llevábamos a Dios por las mañanas. Digo “llevábamos” porque yo sonaba la campana y, aunque el padre era el responsable, yo tenía mi encargo. Siempre nos tocaba encontrarnos al Calandrio:

—Fíjese padre que traigo un dolorcito aquí en el lomo.

El padre le hacía la seña de que no podía hablar cuando llevaba a Dios, se ponía la mano así en la boca y yo hacía lo mismo, le hacía señas de que él no podía hablar. Era una sinrazón porque yo sí podía hablar, pero por menso le

hacía la seña igual que el padre, así con la mano en la boca, y le decía que no con la cabeza. En la escuela nos preguntaban los más aventajados (aventajados porque iban en cuarto o quinto cuando nosotros estábamos en segundo o tercero).

—¿Un mudo cómo pide dinero?

Y nosotros decíamos haciendo la seña con la mano, así, de dinero, y luego apuntando para nosotros, o sea: ¿me das dinero? Y luego la otra pregunta:

—¿Y un ciego como pide unas tijeras?

Y nosotros tan burros como los mismos burros: hacíamos la seña con los dedos de unas tijeras cortando y luego apuntando a nosotros, que si nos las daba.

—No, menso, un ciego dice: “¿me das unas tijeras?”.

Igual yo cuando iba con el padre llevando a Dios a los enfermos, le hacía señas al Calandrio, que no, que no podíamos hablar.

—Es que traigo el dolorcito aquí y luego me brinca —decía chava.

Yo pensaba, pues será saltapader, ¿o cómo es que los dolores brinca? Cuando me sacaron la muela, me dolía todas las noches y me hubiera gustado que me brincara, que saltara debajo de la cama.

—Y no me deja el dolorcito.



Y nosotros ambos, porque los dos llevábamos a Dios, él con la cruz y yo con la campanita sonando, igual que las verijas de doña Teresa con su niño: tilín, tilín (aclaro, digo del niño, no de doña Teresa). ¿Y si no le dejaba el dolorcito, por qué no iba con el médico Robles? Nosotros llevábamos a Dios a los enfermos, traíamos la campana y el crucifijo, no cargábamos con jeringas. Pasado ya mucho tiempo, todavía me pongo a pensar cómo decirle con señas que no podíamos hablar. A ver, ¿cómo se le hace ahí? Si quieren, por partes: “no, no podemos hablar”, difícil; y luego, después, “es que llevamos a Dios”, ¿cómo? No es fácil. Lo pueden intentar dos horas y no le halla uno. “Búscame después de que termine, como en dos horas, vienes al curato y ahí me dices cuáles son tus pesares para ayudarte”, ¿cómo? Es tarea imposible. Lo más práctico hubiera sido pedirle ayuda a algún paseante, pero a nadie se le ocurría acercarse cuando veían que era el Calandrio. Dicen que nunca hay que bañar a un burro, porque al terminar se revuelcan y pierdes el jabón y el tiempo.

El padre Jaime, a quien acompañaba, era muy paciente, muy güero, pelón y de cara redonda, gordito, bajito, muy atento siempre. Hay que parecer lo que se es, si eres cantinero debes ser muy platicador con la clientela; si eres catequista, muy severa con los niños y con la práctica de las lecciones. El padre sí parecía lo que era. Siempre al terminar la misa primera, Chuy Belén ya tenía el itinerario:

—Ahora son cuatro: don Félix y doña Chinda, del Barrio de Arriba, allá para los Tepetates; don Simón en La Villa; y don Pedrito en el Barrio de Abajo.

Bien ubicados todos y sin problema, a excepción de don Simón, porque a La Villa no me gustaba ir sino únicamente cuando iba con mis amigos a robarnos los zapotes en la Casa Caída (no era caída, era caída), ahí mero donde se aparecía la Viejita sin Cabeza. Nunca me gustaron los



zapotes, siempre tuve miedo de pasar siquiera por la esquina de esa casa, pero cuando nos decía alguno de los más grandes:

—¿A que no se animan a ir a robarnos los zapotes donde se aparece la Viejita sin Cabeza?

—Vamos, yo no tengo miedo —nunca hice caso del dicho ese de “culito, culito, pero sanito”, me encantaba el peligro, recogía rápidamente cuatro o cinco zapotes, salíamos corriendo y nunca me pude comer uno solo.

La casa, de adobe, y de las muy pocas que llegué a conocer de dos plantas. Bueno, debió de haber sido de dos plantas porque ahí se veían la escalera y el techo del segundo piso, pero aparte de los árboles, no había ni una tercera parte de la construcción. Nunca supe dónde perdió la cabeza la señora y me siento muy afortunado de nunca haberla visto.

El que se emborrachó



El Calandrio era muy inoportuno, siempre compraba donde no le vendían, ésa era su naturaleza. Cuando la guerra del Golfo Pérsico se juntaban los sabios en un sofá de la plaza, en esos bancos de material que había, unos eran rojos y otros amarillos. Eran cuando lo fueron, porque ya habían pasado muchas aguas y años de penurias, ya casi no tenían el enjarre con el que los habían pintado y los que fueron amarillos tenían nada más como pecas amarillas; los que eran rojos, pecas rojas. Lo demás era de cantera, ¿por qué no haber dejado la cantera, si era más fino? Decía mi tío cuando veía a alguna persona así silvestre, con collares, “es lo mismo que ponerle un diente de oro a un puercu”. Pues ahí se sentaban los sabios, y aunque el pueblo era chiquito, tenía sus escalones: unos tenían más conocimiento que otros. Ahí estaba don Pancho, levantando la ceja y aventando escupidas cada que daba una explicación elocuente:

—Los gringos no la tienen fácil, ya dijo Gorbachov, si mandan aviones, ellos tienen muchos para enfrentarlos.

—Ése sí es bravo, ese que se emborrachó —dice el Calandrio, que, como ya quedamos, siempre compraba donde no le vendían.

—¿Quién se emborrachó? Pendejo. No sabes ni de qué estoy hablando.

Chava, *el Calandrio*, igual que entraba en una plática que no era de él, fácilmente se hacía el desentendido. Don Pancho le decía: ¿quién se emborrachó, quién se emborrachó? Si don Pancho aventaba escupidas, el Calandrio paraba la trompita como para dar un beso, pero le era muy natural, no por ofender.

—Ese que se emborrachó les va a aventar aviones y va a hacer un matadero.

—Pendejo, si no es película.

Don Pancho y don Sergio tenían cita todas las tardes en el mismo sofá de la esquina donde estuvo el portal donde durmió Don Miguel Hidalgo. Ha de haber sido un Miguel Hidalgo Ramírez, o Pérez, o Jiménez, pero a nosotros siempre nos vendieron la idea de que el Padre de la Patria había desayunado un día después de la Batalla de Calderón ahí en el portal, que ahí había dormido y se levantó en la mañana siguiente a echarse sus frijolitos. Y si había mesones, ¿para qué dormir en el portal? Eso era desprestigio ¿Qué no? Pues ahí se sentaban los sabios del pueblo a opinar sobre el trascender nacional, o internacional, como la guerra del Golfo Pérsico.



Y que llega otro Calandrio, Rafa. Los dos eran muy cristalinos: parecían menso, y eran menso, cristalinos, pues. Compartían facciones, cuando le entraban a una plática (sin invitación, claro), los dos paraban la boquita como mandando un beso y ponían los ojos de santo pediche (como decía mi mamá). Los ojos de un santo pediche son más o menos la combinación de ingenuidad, sometimiento, abnegación, oficio pastoral (¿así se dice?) y pendejismo. Quien mejor los describía, pero a mí me da pena escribirlo, era Jesús Isordia, decía que tenían cara de estar cagando.

—Que se emborrachó —le dice Chava a Rafa.

—Sí, se emborrachó, se emborrachó, ya les había dicho, pero no me hicieron caso —entrándole Rafa a la plática.

Los dos parados frente a don Francisco y a don Sergio. Y nosotros en medio, digo nosotros porque éramos un público que igual que los calandrios, no habíamos sido invitados y nos posicionamos tácticamente en medio de los sabios y los dos neófitos. Pero en lo mero profundo de la verdad histórica, los sabios necesitaban que alguien los escuchara y qué mejor que un grupo de crías que nada más pelaban los ojos de susto y admiración, no como los calandrios que todo ponían en duda y con argumentos propios de los ignaros.

—Éstos son neófitos —dice Don Pancho.

—Ay sí, y ustedes muy ricos —replica Chava, el Calandrio, ofendido.

Y nosotros, el público, como en el tenis: hablaban los sabios, volteábamos a la izquierda, respondían los Calandrios, ahora a la derecha. Los sabios platicaban entre ellos pero los calandrios les contestaban a todo, parando la trompita y con los ojitos de santo pediche.

—¿Ba ber guerra? —pregunta chava (ya, ya, no me griten, ya sé que no se escribe así, pero ellos tienen la cualidad de hablar con faltas de ortografía).

Nosotros a la derecha.

—¿Va a haber? Pero si ya hay, ¿no entiendes las noticias?

Todos a la izquierda.

—Muchos aviones, muchos —dice Chava.

A la derecha.

—Muuuchos, muuuuchos —apoya Rafa.

Seguimos a la derecha, son del mismo equipo.

Don Pancho fumaba mucho, tanto, que hay quien asegura que cuando iba a hacer del dos, dejaba el producto humeante. Yo lo que sí recuerdo es que en el cigarro encontraba el pretexto para tomar tiempo de respuesta. Él sabía todo, cuando se le preguntaba algo, contestaba, pero se daba su tiempo en sacar el cigarro, acomodarlo, encenderlo, darle la primera chupada y luego explicaba. Por ejemplo:

—Oiga, don Pancho, ¿y en qué se basan los del Calendario de Rodríguez para decir cuándo llueve y cuándo no?

—Mira —luego saca el cigarro, se lo acomoda en un lado de la boca, lo cambia al otro lado, le da tres cerrojazos al encendedor, lo prende, le da “el golpe”, así, profundo, deja ir saliendo el humo, que se vea normal, pues—, ellos tienen un convenio con una empresa en Kansas, ellos pagan, de allá les dan los datos y es lo que publican.

Así queda redondo todo, pero esos 10 segundos son necesarios para dar la respuesta amplia, sin dar lugar a dudas “pagan en Kansas”... mmmm... Aunque sabe perfectamente que cuando el pretexto es más pendejo que la verdad, mejor hay que decir la verdad, pero no es concebible que un sabio pierda su cualidad por no saber algo tan fácil como lo del Calendario de Rodríguez.

Eso de “izquierda y derecha” me hizo recordar al profe *Chepechuy* cuando practicaba el deporte de la charrería (¿es deporte? Yo creo que son vaciladas). Cuando

ejercitaba con su Soga de Chavinda. Y para decirlo con profundidad, nunca se le comparó al *Cachetón* Jiménez, que brincaba arriba del caballo y hacía todas las piruetas con su soga (estaba “bien triniado”, dicen los nortños). Me consta, para practicar y quedar bien con Virginia, una señora que tenía mucho dinero (“el Cordero de Dios que borra todos los pecados del mundo”), nos lazaba el cabrón en la plaza, enfrentito de donde Miguel Hidalgo se echó su platito de frijoles.



Los calandrios podían hacer perder los estribos hasta a Job el de la Biblia. Metían su cuchara en cualquier olla y tan campantes. En un momento candente de esos cuando intervenía alguno de ellos con un comentario de los menos imaginables posibles, les dijo don Sergio, de quien hay que aclarar que no cantaba mal las rancheras, sería muy sabio,

pero tenía la mala manía de quitarse los huaraches, subir el pie al sofá y estarse sacando el fango de entre los dedos:

—Muchachitos, ¿por qué no se van a su casa? Se está quemando —y agregó en voz baja para que solamente lo escuchara don Pancho—: a estos muchachos les faltan gramos para el kilo.

—Ni que fuera bombero —replica Chava sin perder la compostura—. Y asegunda don Pancho:

—Que tu mamá está muy mala, que ya ni habla.

—Pos qué orgullosa —sale al quite Rafa. Los dos con sombreros de paja muy parecidos, con mucho uso y que en alguna época fueron color cremita, ahora tenían mucho tiempo de andar de luto. Salvador era más formal, Rafa traía un chaleco del que nunca se llegaron a conocer el ojal y el botón. En ese momento iba pasando un profesor que tenía pocos meses de haberse incorporado a dar clases en la escuela de niños y les gritó a sus amigos don Pancho y don Sergio:

—Adiós mis enciclopedistas.

—Adiós mi anarquista étlico —contestó Don Sergio.

—Puro maquinista como los que trabajan en la presa —agregó de manera muy desatinada Rafa.

—Oye, Chava —le entrábamos nosotros a la plática para ponerle hielo al asunto y que no se nos terminara el espectáculo del día—, ¿no leíste los papelitos que aventó un avión ayer?

—No sé leer.

—Yo te vi una vez escribiendo en el billar de Bartolo.

—Sé escribir, pero no sé leer.

En eso sí era muy convincente porque traía reloj de pulso y cuando le preguntaban qué horas eran, decía, poniéndole mucha atención a su muñeca:

—Ahorita no sirve.

Como siempre estaba muy despreocupado y vivía como si el mundo fuera de su propiedad, se puso el pul-

gar derecho en la fosa nasal de ese mismo lado y sopló por la nariz, arrojó el producto al piso; luego cambió de dedo y se tapó la fosa nasal izquierda, hizo lo mismo, arrojó el producto al piso. Iba pasando una señora a comprar el mandado, y cuando vio ese espectáculo que le pareció grotesco, le dijo:

—¡Cochino!

—¿Cochino? Yo la he visto a usted que los guarda en un trapito.

Doña Lucita



Decir Lucita es decir escuela de niños pequeños. Se las arreglaba la señora, soltera toda su vida y viviendo sola, para acomodar en su casa tres grupos de niños: los de kínder, los de primero y los de segundo. Ahí íbamos a dar los hijos de los ricos, de los que sus padres podían pagar aparte una mensualidad para que enseñaran a sus hijos a leer. La señora era muy buena, muy dedicada y atendía muy bien los a tres grupos. Nos dejaba haciendo una ac-

tividad a unos y pasaba con otros, luego con los últimos. Éramos grupos pequeños y eso le facilitaba un poco, pero se daba su tiempo para, además de realizar las labores escolares, llevarnos a “acompañar al Santísimo”. Un día a la semana nos llevaba al templo a rezar. Y ésa era una de las diferencias con las otras escuelas. En forma resumida, para explicar cómo era la escuela con la señorita Lucita, hay que decir que había dos tipos de días de clases y dos tipos de enseñanzas. Había clases normales y los días de vacunación. En las clases normales siempre empezábamos (cuando ya sabíamos leer) escribiendo qué habíamos hecho en el día, luego nos ponía a practicar matemáticas con las tablas, al recreo y a descansar; la otra enseñanza era la religión.

Cada quien llevaba su silla y en una ocasión se robaron la mía.

—¿Quién tomó la silla del niño?

Nadie contestaba, todos con los ojos pelones.

—A ver —les ordenó—: cada quien agarre la suya.

Lo hicieron y sobró una amarilla de madera con ixtle como la mía, pero muy rayada, con muchos letreros. No era la mía.

—Niño, todos tienen su silla, ésta es la tuya.

—No, la mía no tenía letreros, estaba limpia y era más grande —en ésa apenas cabía.

—Pues ya le pusieron. ¿Alguna de sus sillas no tiene letreros?

—Nooooooo, todas tienen.

Había una compañera de ojos chiquitos a quien se le salía el alma del cuerpo cuando nos vacunaban (éste era el otro tipo de los días de clases). Cuando entraba una enfermera con su uniforme, ¡a correr todo el mundo! Nunca nos sirvió como defensa porque cerraban la puerta con llave, así es que íbamos de un salón a otro, o al patio y



dábamos vueltas y llorábamos y nos asustábamos. Chocábamos como chicatanas en tiempo de aguas, nos iban agarrando de uno por uno, tenían las listas. De nada servían los llantos, en especial esa compañera nos asustaba más que la enfermera.

—Pareces niña —nos decía a los varones cuando ya nos tenían inmovilizados—. Si lloras, te ponemos pañoleta.

Otra forma de meternos temor era decirnos que cuando termináramos el segundo grado con ella, nos tendríamos que cambiar a la Escuela de los Comunistas. Aparte de Lucita, había una escuela de gobierno para niños y otra para niñas, pero allá no enseñaban nada de Dios. Cuando estábamos frente a la puerta de Lucita para entrar, pasaban los niños más grandes y les gritábamos:

—Comunistas, comunistas.

La plaza



—A ver mis niños, juntitos, muy juntitos.

¡Claro! Para hacer más fácil su faena. Y ahí tenía a sus pendejos, o sea, nosotros.

—Juntitos, muy pegaditos, ahí les va el lazo. ¿Quihubo, no que no los lazaba?

Pues sí, como no. Nosotros un molotito y él con sus muelotas de fuera quedando bien con Socorro de León con su lenguaje que privilegiaba la “F” (hablamos de Socorro).

—¡Ay Cachetón!, parece actor de “fine”.

Y todos a gusto, los pendejos que nos dejábamos lazar; Socorro, su pretendiente; y la gente que pasaba a misa de ocho.

—¿Y cómo le haces para brincar arriba del caballo y luego “lafando” niños?

Pues fácil, ahí estábamos nosotros que pagábamos para que nos alquilaran. Y Cachetón Jiménez con sus muelotas:

—¡Ay Socorro, no te imaginas lo trabajoso que es!



Pues para contratar crías que nos arrimáramos a que nos lazaran, no.

—¡A ver!, ¡arrímense otra vez, los voy a lazar!

Y ahí va la bola de mengos (vamos, pues).

—¡Ay Cachetón, me da tanto miedo!

—¿Cuál miedo?

Claro, ¿cuál miedo? Si a los que iban a jalar era a nosotros.

—Si trajera el caballo, los podría arrastrar alrededor de la plaza.

Ahijo de la chingada, que no traiga el caballo. Somos tan menso que nos dejamos lazar para que quede bien el Cachetón con su Socorro fe León.

—No, no, Cachetón, me asustas.

¡Ándale Cachetón! No la asustes porque nos bailas.

Bueno, pues íbamos con Chepechuy, que además de practicar la charrería, no dejaba de hacer buen uso del castellano. Cuando practicaba y daba lecciones en la calle, frente al Tajo, le daba vuelta a la sogá y metía un pie sacándolo en cada giro. Iba explicando cuando cambiaba de pie:

—Derecha, y derecha, y derecha.

Cambiaba de lado y nos enseñaba:

—Izquierda, e izquierda, e izquierda.

Eso era pura Real Academia de la Lengua para nosotros. A lo más que había llegado yo era a eso de que Cándido Anaya le contestó a una de las criadas cuando fueron a buscarlo:

—Don Cándido, viene a buscarlo fulana de tal.

—¿Y qué querrá?

—Yo no sé qué querer.

Puro castellano antiguo. No dábamos para tanto. No le llegábamos ni siquiera al Creedence cuando fungía como árbitro en la liga municipal (abarcaba hasta Santa Rita y el Capadero, que no es cualquier cosa). En las juntas, todos los miércoles en Palacio Municipal (así le dicen a la Presidencia), se exponían todos los pormenores del Fútbol dominical.

Otro acontecimiento que se hacía todos los años en la plaza y muy socorrido siempre, era la coronación de la reina de las Fiestas Patrias. Se elegía la ganadora en certámenes donde se vendían votos, y quien lograra juntar más dinero era la agraciada, tiempo después se hacían preguntas a las candidatas y un jurado daba un veredicto. Todavía se recuerda que hace 60 años, el maestro de ceremonias,

un joven nuevo en esos menesteres, estaba relatando al micrófono y con mucha enjundia:

—Y es en estos precisos momentos que el presidente municipal ha roconado, ha nacorado, ha raconoco, ¡le ha ponido la corona, a su majestad Blanquita Primera!

Quién pudiera imaginar la rapidez con que cambian las tradiciones, en la actualidad se llevan a cabo certámenes de belleza de señorita gay Acatic. Una de las últimas en adquirir la corona fue una muchacha que padecía el problema que el profe *Chino* desde mucho tiempo atrás había descrito: “aquí muchos tienen problemas de ditción”. Cuando le había tocado el turno para dar su mensaje, lo abrió diciendo:

—¡Bello púbico!

El Creedence



Creedence era árbitro y causaba gran conmoción cuando exponía los casos particulares de su actuar:

—El domingo pasado, en la contienda de las diez de la mañana en que se enfrentaron los Tejeros contra los Hijos Ausentes, en el minuto 37 del primer tiempo el jugador Toño *La Rata* le dio un puntapié a *Chavo* el de *Tacha* por la espalda, le llamé la atención y en el minuto 44 repitió la nefasta actitud.

—AAAhhhh —decía el público, aunque fueran de otro equipo y no les perjudicara en nada la decisión que se pudiera tomar, pero les fascinaba la descripción.

—Cuando lo reprendí —agregaba el Creedence ante el público clientelar—, le mostré la tarjeta roja y huyó cobardemente.

—AAAhhhh, no sólo lo expulsó, sino que le dijo cosas políticas.

—¿Y qué dijo el expulsado?

—Me ofendió, me mentó a mi mamá.

—¿Y luego?

—Le pedí que se retractara.

—Ah cabrón, quería que se retratara.

—Pero huyó cobardemente.

Hizo bien en expulsarlo, pero ¿para qué le pedía retratos?

Ese Creedence siempre con la palabra correcta, fuera en la situación que fuera. Nos explicó que una ocasión, cuando estaba en una discusión familiar (como dijo Piporro: ya no hay de éstos, aunque quién sabe, uno que otro de los que me están oyendo)... bueno..., le dijo su esposa:

—Antonio, no juegues con juego.

—Ffffuego, ffffuego.

—Pos no quiero que juegues con juego.

Nada de juego, ese Creedence era de las ligas mayores. Siendo albañil de media cuchara, cuando el maistro le pedía mezcla para subir al segundo piso, subía tres peldaños de la escalera y le gritaba:

—Aquí está el cajón.

—No la amueles Creedence, de perdida súbete un brinquito más.

—Bien sabes que padezco de vértigo, no puedo subir más.

Es que para mí es muy trabajoso tener que hacer todo arriba y luego hasta bajar por la mezcla, haz un esfuerzo por ayudar más.

—Mi vértigo no me lo permite (es como jugar con juego).

Había hecho esfuerzos para curarse de sus mareos, en varias ocasiones había visitado al Médico Robledo, que en verdad no era médico, pero por lo menos sí era Robledo. Vendía remedios para humanos, para animales y también veneno cuando se necesitaba. Cuando vinieron de Santa Rita a buscarlo:

—Queremos un veneno para los zorrillos.

—Fácil, aquí está, este pomito aunque chiquito, es muy efectivo, trae su gotero.

—¿Cuánto?

—Treinta pesos.

—Gracias.

A la media hora regresaron los compradores.

—Oiga, médico, ¿cómo se usa, hay que ponerlo en algún alimento o hay que “espreyarlo”?

—No, nada más se le pone una gotita en cada ojo al animalito.

Viejo cabrón. Sacaba de quicio a cualquiera, ibas con un enfermo y le preguntabas:

—¿Cómo lo ve?

—Pues con los ojos.

—No, pero al niño, ¿cómo lo ve?

—Acostado.

Pues ese maistro Albañil hizo buena inversión, como muchos otros del pueblo, al confiar en el Creedence que siempre fue bueno para joder al prójimo y si ese prójimo era más cercano, pues aún mejor. Lo contrató, bajaba a recoger la mezcla casi a nivel del primer piso y el Creedence, viejo lobo de mar, dejó que le fuera tomando confianza. O sea, se hacía para atrás como los borregos, pero para dar la cornada más fuerte. Ya que le había ganado toda la confianza, en una ocasión que el maistro compró una grabadora grandota, de esas en las que se sentaban encima de ellas para cambiarle de estación. La dejó en la zotera (azotea, pero los de Acatic así le decimos) para presumir. Bueno, para seguir escuchando música cuando estuvieran comiendo todos los trabajadores en la planta baja. El joven Creedence subió subrepticamente (subrepticamente quiere decir despacio, para los que fueron a escuela de gobierno) y puso junto al equipo caro, un radio de esos del tamaño de un puño de la mano, lo sintonizó en la misma estación, le bajó el volumen a la grabadora grande, se bajó por otra barda con el equipo (y apagado, claro), y se lo bailó. Igualito que hizo con otros veinte amigos en los siguientes dos años.

—¡Ah caray, se le bajaron las pilas!

Nada, le bajaron su grabadora, cuáles pilas. Subió el maistro y vio cómo su equipo se transformó en un radiecito de a veinte pesos.

—¿Quién me chingó?

—¿Quién será a tu buen tanteo?

Ese Creedence, al único que debemos agradecerle haberle sacado el susto de su vida fue al joven Silvino. Lo del mote de Creedence se lo ganó a pulso porque se acomodaba el pelo lo más que pudiera parecerse al vocalista de ese grupo musical. La sonrisa de hiena le era natural pero el pelo siempre fue una imitación (era necesario inclinar un poco la cabeza hacia arriba para poder ver).

El Cine Roma



—Venga al cine Roma aunque mañana no coma —decía Piñón, el cácaro cuando terminaba la rúbrica (*La Marcha de Zacatecas*) para dar inicio a la función. La música que ponía es de esas que mueven a la nostalgia. Dicen los antropólogos que los ricos tienen nostalgia y los pobres tienen recuerdos, porque a los primeros siempre les iba bien y a los segundos no, por eso aquellos quisieran que volvieran esos tiempos (es la característica de la nostalgia). Pues seguramente yo era rico, recuerdo con muy buen sabor de boca la música, las películas aunque estuvieran en “c” en los comunicados que ponían en el templo. ¿Siempre en “c” hasta las películas de Sara García? No, no, no, pues ni que hubiera firmado (es sinónimo de filmado, pero hasta que entramos a la secundaria supimos que así no se decía) la de *Mujer perversa*. Muchas fechas fueron memorables, una de ellas cuando recién apagaron la luz, empezaron las injurias bajita la mano (bajita la mano, bajita la luz y fingidita la voz):

—Chiclán.

—Chingue a su madre el que me dijo chiclán, ¿quién fue? Den la cara.

Para qué dábamos la cara, era mejor hacerlo enojarse así en forma anónima.

—Chiclán.

—Chinga otra vez a tu madre y no finjas la voz, da la cara.

—Chiclán y chinga a la tuya, buey.

¿Quihubo? A ver, ¿qué se siente?

Ese amigo era tan menso que daba explicaciones hasta a los anónimos:

—Me dicen chiclán —explicaba en el cine cuando le gritábamos, digo, le gritaban— porque dicen que me falta un huevo, pero no me falta nada, una vez se me hinchó, pero me dijo el médico que eso fue porque se me infectó en el mar —sí... cómo no... nosotros nunca hemos ido al mar— y me creció, pero no me falta, estoy completo.

—Chiclán.

—Chinga tu madre otra vez, buey, no finjas la voz si eres tan hombre.

—¡Chiclaaaaaán!

—Se me hace que ya sé quién eres, y hasta pariente, cabrón.

—¡Le falta un huevo!

—Que no me falta nada.

—Cuando vayas al palenque, ni se te ocurra apostar a los pares. Tú puros nones.

Esa noche fue memorable también por otro suceso, se quedó dormido el *Charrascas*. Las bancas, de madera, eran como las gradas de la escalera del Aleph: ninguna era igual a otra, a una le faltaba una tabla de abajo, a otra la de la mitad, otra tenía incompleto el respaldo, a una más le faltaba la mitad de la codera (tenían nada más al inicio y al final). Lo único parejo era el suelo de tierra, muy caliente en mayo, frío en diciembre y mojado en julio, pero homogéneo. Cuando se terminaba la película aparecían los créditos, pero ¿a quién le interesaban? Los que más sabían de cine decían que no había muerto Pedro Infante. La gente se iba saliendo antes de que encendieran la luz, cada quien

se iba por su lado. El Charrascas, después de haber trabajado mucho, se quedó dormido en el pedazo de banca que eligió y de los vecinos nadie se dio cuenta. Ahí se quedó. A la una de la mañana que despertó, se asustó mucho porque pensó estar en el infierno (luego platicó su cuento).



—Hijo, hijo, ven —decía tomado de los barrotes horizontales que tenía la larga cortina de metal—. Hijo, ayúdame.

Los primeros que pasaron corrieron, creyeron que era una aparición. ¿Cómo que hijo, hijo? Muy parecido a “Ay mis hijos”.

—Hijo, hijo, no te vayas, ábranme.

—¿Eres vivo o eres muerto?

—No, soy vivo. Soy pendejo, pero no estoy muerto.

—¿Quién eres?

—El Charrascas

—¿Y qué estás haciendo dentro del cine?

—Me quedé dormido y cuando desperté ya estaba todo cerrado.

—¿Y cómo hacemos para sacarte?

—Pues ustedes le buscan, si estuviera de por mí, no les hubiera hablado. Vayan con Piñón, díganle que me abra.

Otro susto se llevó Piñón, porque a nadie tocaban a su puerta a esas horas a menos de una cosa grande. Y vaya que él había pasado por una mala jugada una semana antes cuando los muchachos del Desarrollo de la Comunidad organizaron una tardeada para socializar con la juventud. Cuando iban a llevar a las muchachas que accedieron a la invitación, aunque todos vivían a dos cuadras, se ofrecieron a llevarlas en la camioneta. La mala fortuna fue que no encendía y le pidieron a un grupo de jóvenes (borrachos, pero jóvenes) que iban pasando, si les hacían el favor de empujarla para encenderla.



—¿Sí?, ¿y por qué no la empujan ustedes y yo la manejo?

—dijo uno de los aludidos.

—Claro, con gusto, súbete.

Empujaron, encendió y arrancó, pero al llegar a la esquina, el novel chofer no atinó a dar vuelta y siguió derecho hasta la puerta de una casa de un señor de dinero y prosapia. ¡Pum! Siendo la camioneta tan larga, alcanzó a entrar hasta medio zaguán con la enorme puerta de ma-

dera por delante. Sale el señor en paños menores, claro, no eran las 2 de la tarde. Al tratarse de perturbar, no solo el sueño, sino del peligro de que le tumbaran la casa completa, salió con una pistola de esas como de las películas, que era necesario hacerse para atrás para que pudiera tirarle al enemigo (medían más de un metro, o eso parecía).

Todo fue cosa de un minuto, los jóvenes (borrachos, ya lo dijimos) corrieron y no se les volvió a ver. Los policías ya estaban en la banqueta, el señor con la pistola en la mano, en chones, y los empleados del Desarrollo de la Comunidad:

—¡Que pena señor! Nos da tanta vergüenza.

—¿Vergüenza? Métanme a esta bola de jotos a la cárcel.

—No hay necesidad, nosotros costeamos todo lo de los desperfectos.

—¡Ah! ¿tenían dudas?

—Nada, no, nosotros nos hacemos cargo de los daños y resolvemos todo a la brevedad.

Viendo la trifulca, apareció Piñón (ya quedamos que se había llevado un buen susto) y se puso a las órdenes de los desafortunados representantes gubernamentales y también, claro, del señor.

—¿En qué les puedo servir?

—También meten a este pinche joto.

—¿Me meten a dónde?

—Pues al bote, ni modo que a las Olimpiadas.

—¿Pero a mí por qué? Yo vengo a ponerme a sus órdenes si en algo los puedo ayudar.

—Al bote, no lo quiero ni ver.

—Tizne a su madre, méndiga ballena —alguien gritó desde lo oscuro del atrio.

Siendo tan bueno, como sí lo era Piñón, durmió en la cárcel sin deberla ni temerla.

Una creación del cine Roma fue *la Chicota*. Las muchachas de buen ver y que iban a disfrutar de una película, se disputaban representar a las más guapas actrices: “que yo soy Gloria Marín; tú, Silvia Pinal; mi hermana, Katy Jurado; tu mamá, Sara García ...”.

—Pues yo soy la Chicota —dijo Rita, una hermosa joven, espigada y una verdadera María Félix por su fuerte y genuino carácter, sin actuarlo.



Madre muy luchona, hacía de padre y madre y no existía trabajo que no pudiera hacer. Aquel viejo proverbio de rancho que dice “si en el camino estorba un huizache, quítalo”, lo mantuvo en los hechos como su máxima. Es común en los pueblitos, y éste no era la excepción, de que se hablaran muchas cosas, aunque no todas se pudieran comprobar (aquí como las gallinas: son más las que se echan, que las que de veras ponen). El dicho de la Chicota era:

—Pinche gente hija de su p... (ilegible en el original, Pancho Madrigal *dixit*). Ha de ser como ellos quieran, nadie es libre, estás forzado a hacer todo lo que dicen —exponía en cualquier esquina sus convicciones marxistas.

Había un señor de apellido Medina, del Barrio de Arriba, que cayó en la lista de los no deseables de la Chicota, le decían *Calorón*, pues con su apodo bastaba para que donde lo encontrara, aunque no le dirigiera la palabra, ni volteara siquiera a verlo. Ella decía:

—Ay Calorón hijo de su p... (igual que “la gente”) —no importaba que fuera enero, mayo o noviembre.

—Lo que menos sirve es lo que más trabajo da —“contestaba” el Calorón, pero lo hacían como cuando peleaban en las películas Jorge Negrete contra Pedro Infante, con puras canciones, cada quien traía su cuento, o para explicarlo de otra manera: era como el Juego de Juan Pirulero.

—Hay gente que sirve para ocho cosas, para nada y para siete chingadas —remataba la Chicota.

El *Mono* también hizo historia, pero no necesariamente en el cine Roma, sino a la salida. Al joven, que tomaba en muy raras ocasiones, cuando lo hacía, le daba por correr. Los amigos siempre estaban preocupados porque desaparecía y hasta el otro día se sabía de él. Pues que se fue a Tequililla y allá se durmió debajo de un árbol... pues que apareció en Zapotlanejo. Nunca se sabía para donde “ganaba”, como decían los jugadores del Huracán (cuando

regresaban de un partido en otro pueblo, les preguntaban, ¿cómo les fue? Ganamos, ¿con cuántos goles? Nos metieron tres y nosotros ninguno, pero “ganamos” para nuestro pueblo). Una noche lluviosa, al salir del cine, venía el famoso Mono montado a pelo en una yegua. Había sido una noche de trago y venía en su acostumbrada “corrida”, pero ahora montado en una yegua (después platicó el interfecto no recordar cómo se había hecho de ella) con la característica de que tenía tres de las cuatro herraduras necesarias. Venía corriendo fuerte en el empedrado: pu-pu pum; Pu-pu pum; cuando alguien lo reconoció y gritó:

—Es el Mono y viene bien pedo (pedo es una palabra griega que significa “persona que tomó mucho tequila”).

—Mooooono, Mooooono —le gritaban y asustaron a la yegua que por instinto quiso detenerse intempestivamente, pero como el Mono venía montado a pelo, cayó derrapando con la nariz varios metros en el empedrado.

—Casi me maté a causa de esos babosos —se lamentaba días después—, si no hubieran dicho nada, yo hubiera pasado volando sin ningún problema, por poco y me levantan por inventario: aquí está una mano, acá está la cabeza.

El Silvino



Un día 15 de septiembre que festejábamos un aniversario más de cuando Miguel Hidalgo y Costilla se echó sus frijolitos ahí en el portal de Acatic, Silvino le dijo al Creedence:

—Amigo, aquí traigo una botella de Presidente para echárnosla nada más tú y yo, como debe ser, nada más entre amigos, y qué digo amigos, excelentes amigos.

Claro, en esa época, el brandy Presidente era lo mejor, pero a decir de *El Gargajo* (célebre chofer de los camiones Acatic-Guadalajara, con salida a las nueve de la mañana o a las nueve y media): “era pura marca *Trenaje*”.

—¿Una de Presidente y nada más para nosotros dos?

—Claro, ¿o quieres que invitemos al *Tacuache*?

—Na, na, nosotros y ya, o ¿para qué son los amigos?

—Claro, nada más para amigos y no sólo amigos, requeteamigos. Mira, a las nueve, antes de que vayan a dar el grito, te hago una seña y nos vamos tú y yo a la Gigantera y nos echamos la de Presidente, ¿y sabes qué?

—¿Qué, amigo Silvino? Ya sabes, lo que sea, para mí, la amistad vale más que todo en la vida.

Claro, de gollete, hasta un puñete.

—Pues que traigo un guato como para echarnos dos buenos carrujos cada uno.

—No me digas, amigo Silvino, yo por la amistad, doy la vida.

¿La vida? Mmmmm.

—Pues todo eso, nada más para ti y para mí. Pero es muy importante que no vaya nadie más.

—Claro, nadie más, ¿quién valora más la amistad que tú y yo? Nadie.

—A las nueve en punto. Te hago una seña, te vas por tu lado, me voy por el mío, y nos encontramos en la esquina del profe Daniel, y de ahí nos vamos solitos.

—No se diga más. Yo me desafano de esa bola de cabrones, no es por hablar mal de nadie, pero la amistad no es para cualquier persona, es nada más para el que la sabe apreciar.

A las nueve de la noche, como relojito, y con placer desmedido, el Creedence se adelantó a la equina de mi Lila (bueno, es la misma del profe Daniel, pero el Fumanchú le decía “mi Lila” a su abuela). En una discusión con *la Chunga*, que le ganó un trompo al Fumanchú, no lo quería entregar, y amenazándolo le dijo:

—Si me quitas el trompo, le digo a mi Lila.

—Pues dile a Sansón y la Lila.

Bueno, pues ahí estaba esperando el joven Creedence cuando apareció Silvino. Puntuales los dos, uno que babeaba por el brandy y el otro también.

—Listo mi amigo, vámonos a la Gigantera.

—Amigazo, claro, directos a la Gigantera.

Llegaron contentos, Silvino sacó la botella, refrescos, hielo, vasos de plástico, todo. Ufff, qué dicha. A tomar, pero no con cualquiera, sino con amigos de toda la vida, entrañables.

—Aquí está mi Creedence, ¿qué le falta?

—¿Qué me va a faltar, Silvino? Si tengo, brandy, vaso, hielo, refresco y más que todo eso: un amigo al que quiero más que a mi vida, ¿qué más quiero?

—Pues salud, mi Creedence.

—¿Quieres un carrujo?

—Nada, ahorita nada más mi brandy.

—Bueno, tómate tu brandy, disfrútalo. ¿Te sirvo el segundo?

—Gracias, amigo Silvino, dicen que el segundo sabe mejor que el primero.

—Pues gózalo, mi amigo Creedence. ¿Quieres más hiel, más frescos?

—No, así está bien. No podría estar mejor.

—¿Te preparo el primer rastrojazo de mota?

—Todavía no, amigo; estoy disfrutando el brandy. Está muy rico.

—Bueno, mientras te echas el segundo, te quiero decir que me dieron \$5,000 pesos para que te matara, cabrón. Un señor de los grandes de aquí del pueblo me dio la lana y le voy a cumplir, ya me dio todo. Así es que te va a llevar la chingada.

Pum, pum, pum, tres balazos.

—¿Cómo te sientes Creedence?, ¿te cargó la chingada?

—¿Eh?

—Que te llevó la chingada, ¿cómo ves?

—¿Eh?

—¿No sientes los agujeros, cabrón?

—¿Eh?

—Jajajajaja. ¿Cómo te sientes camino al cielo?

—¿Eh?

—¡Me pagaron para matarte, porque eres una plaga en el pueblo!, jajajaja.

—¿Eh?

—¡Es pura broma mi Creedence!, ¡las balas son de salva!, mira, no matan... jajajaja.

—¿Eh?

—Mira, si quieres tú márame a mí, son de salva. A ver, échate un carrujo, ¡fúmale! ¿cómo te sientes?, ¿quieres otro?

—Sí.

—Fúmate el otro, ¿cómo te sientes?

—¿Por qué lo hiciste, Silvino?

Ese Creedence pagó una de las que debía, mejor dicho, pagó la única que le cobraron, porque siempre se bailó a todos los amigos, nadie se le escapó (bueno, menos Silvino). Ese Silvino escuchó una historia que quiso copiar y no encontraba quién fuera su víctima, luego pensó en Creedence, el hijo predilecto del pueblo. Esa historia tuvo como protagonista principal a Jaimito. En aquellos años aciagos (aciagos quiere decir azarosos para los que estudiaron en escuelas de gobierno; azarosos quiere decir aciagos) de finales de los sesenta, Jaimito, que estaba inscrito en la secundaria (estuvo inscrito, eso consta en las actas), aparecía en las listas como NP. Cuando fueron a preguntar qué significaba NP, el niño dijo: “quiere decir ‘no hay pedó. Pero cuando perdió derecho y le explicaron al tutor que significaba “No Presentó”, dijo: “entonces ahora sí hay pedo”. Pues Jaimito, aparte de estudiar, bueno, de asistir; bueno, de no asistir; iba a jugar baraja con *Chelelo* (un señor de prosapia que vivía cerca del teatro Degollado, donde un día sí y otro también asistía a las presentaciones de ópera) en una casa que estaba a media cuadra de la calle Juárez.

—Oye, Chelelo, ¿hubo ópera?

—No, puro canto, nada de ópera.

Los jueves jugaban baraja en las escaleras de la vecindad (era un palacete francés, pero la gente de Acatic decía que era vecindad, ya ves, no pueden ver que alguien destaca porque ahí están, dale que dale). Jugaban baraja los lunes, los martes, los miércoles y algunos viernes. Y ya dijimos que los jueves también:

—No me gusta que venga ese muchacho, porque sus padres han de pensar que lo estamos enviando, no sabiendo que nos da quince y las malas —dijo Chelelo.

—Ahí viene el Güerito, dijo el muchacho que pusieron a cuidar.

—Jaimito, no me gusta que vengas a jugar porque van a decir que te estamos enviando. Estás muy chico.

—Donde hay miedo ni coraje da.

—No te tenemos miedo, lo que pasa es que no quiero que vayamos a tener un problema con tu familia.

—Si siente lo frío de la palanca, nomás diga, y ya.

—Que no vengas.

Los convencía después de media hora de estira y afloja, jugaban y al otro día volvía.

—Ahí viene el Güerito.

—Otra vez. Muchacho, que no vengas, van a pensar que nosotros te metemos al vicio. No vengas.

—Si les parpadea, nomás digan y ya.

La misma historia. Bueno, hasta que un día llegó tanto el cántaro al beso hasta que se enroscó. Digo, okey, el Chelelo era muy bueno para tergiversar los proverbios, que me dejó pura pedacera. Decía:

—Perro que traga hocicos, aunque le quemem los huevos.

Pues llegó el día afamado. Algo así como el Corrido de los Pérez: carreras tan desgraciadas, esas carreras del cerro, mataron a un primo hermano y fue Mónico de Luna el primero que corrió. Bueno, más o menos. Llegó el Güerito.

—A ver —dijo Chelelo— agárrenme a ese cabrón, le voy a dar un beso.

Lo aferraron entre cinco mitoteros de esos que les gusta ver sangre. Aquí lo tiene don Chelelo. Lo apretaron bien, se pintó los labios de rojo y le dio tremendos besos, como cinco en cada mejilla.

—Jajajaja, que te vaya bien... ¡puto!

Al otro día, ni tardo ni perezoso, apareció el Güerito:

—Ahí viene otra vez.

—¿Ah sí?, ¡agárrenmelo!

Iban al encuentro cuando sacó una pistola, ah caray, todos para atrás.

—A ver viejo hijo de la chingada, ahora sí me las va a pagar todas.

—¿¡Qué!? No muchachito, era pura broma, yo no quería que nos fueran a reclamar porque juegas, pero nada más, nunca te buscamos un mal.

—Pues ahora se lo va a cargar la chingada, viejo buey.

Pum, pum, pum, pum. Cuatro plomazos. Luego el silencio, el susto, y nada. Solo humo. Jajaja, ¡a ver qué se siente, viejo cabrón!

—¿Eh?

—Son de salva, ¿qué se siente viejo cabrón?, a ver, ¡¿dónde quedó la risa?!

—Muchacho carajo, ahora sí que me sacaste el susto de mi vida.

—Para que no ande de mamón. ¿Qué se siente?

—Pues que se baja la sangre hasta los talones. Muchacho canijo, ¿cómo conseguiste eso? Ahora me la vas a tener que dejar para yo desquitarme con otro.

Ésa fue la historia de la pistola de Silvino con el Creedence. Y los hechos se vienen acumulando como fichas de dominó. El hijo del Creedence hace lo mismo que su padre, pero salió igual de “político” (hijo de tigre, putito). Le reclamó en la Plaza:

—Ya sé que estás consumiendo estupefacientes (véase, estupefacientes, nada de “mota” o algo por el estilo, “es-tu-pe-fa-cien-tes”).

—Nel, jefe (léase: nel, nada de “no papá, ¿cómo cree?”). Lo que pasa es que le estaba haciendo un paro a un camarada para que no le dijeran nada en su casa. Pero yo no le entro a esa madre.

—¿No estás consumiendo estupefacientes?

—Nel, jefe, nel.

—Bueno, pues camina derechito, no quiero saber que andas en malos pasos.

Ese Creedence es mago de los magos. Siempre trabajando para su santo. Cuando estaban construyendo la secundaria, a él, como albañil de media cuchara (nunca progresó por culpa de su vértigo), lo mandaron a la hora de la comida a comprar una botella de tequila Cuervo. Se horquetó en su bicicleta y regresó en veinte minutos.

—Se me quebró.

—¿Qué? Nada, ya te conocemos. Vamos a ver dónde se te quebró.

Ahí estaba, en la esquina del Colorete estaban la bolsa del mandado y la botella rota. Ni hablar. Pero “para los coyotes, los perros”, Pepe *el Zorro* dijo:

—Quiero olerlo.

Nada, el agua es inodora, incolora e insípida. No olía a nada. Llenó una botella de agua (sí, de marca Cuervo), la dejó caer en la esquina y ahí dejó la evidencia.

—Ahí está, se me quebró el tequila —ponía sus ojos tristes, era incapaz de mirar a la cara, siempre hacia el suelo—, se me quebró.

—Chinga tu madre, la llenaste de agua y la quebraste.

—¡Mide tus palabras, me estás ofendiendo!

Con justa razón, algunos de los ladrilleros lo querían desaparecer cuando les robó sus bombas de agua que ponían en el canal que venía de la presa Lagunillas para llenar sus tambos que iban a utilizar cuando escaseaba el líquido.

—Vamos esperándolo en la esquina de su casa, lo amarramos y lo llevamos a la presa a darle unas metidas al agua para sacarle un buen susto, pero que no nos vea nadie, por si se nos pasa la manita... —decía Pablo, uno de los ladrilleros víctima de los hurtos del Creedence.

Cuando rompió la botella de Cuervo con agua del Tajo, el Creedence se tuvo que enfrentar a toda la Real

Academia de la Lengua Acatiquense (RALA, por sus siglas en inglés): Pepe *el Zorro*, *el Pirrirri* (aquel que pedía en la cantina: sírveme otro criolinazo) y *Mecho*. Este Mecho era hermano de Felipe el que tenía su negocio de dulces y renta de cuentos ahí en la plaza; decían que parecía “gallo Lluvido” porque siempre traía los pelos parados. Su esposa, de nombre Margarita, cuando a él se le pasaban las copas, no lo dejaban entrar a su casa. Se sentaba en la banquetta y a todos los varones que pasaban por la calle les decía:

—Amigo, nunca te vayas a casar con una Margarita, no sabes en lo que te metes.

Pues ese Felipe, como el Creedence, pagó una de las que no debía. Resulta que un señor andaba vendiendo jaulas para pajaritos y le dijo un esquinero (nota: un viejito de la Leonera cuando iba los domingos al pueblo pedía en los tendejones: “dame una Peci con dos Esquineros” haciendo referencia a los huevones que se sentaban en las esquinas a ver pasar la gente; es decir, pedía un refresco con dos huevos de gallina grandes).

—Amigo, ¿quiere vender muchas jaulas? Vaya con ese señor de la carpintería, tiene muchos gorriones, muchos.

—Oiga, ¿no me compra jaulas? Yo sé que usted tiene muchos gorriones.

—¿Y quién le dijo?

—No sé cómo se llama, no conozco a nadie aquí. Ándele, cómpreme, yo sé que usted tiene muchos gorriones.

—Le voy a decir, como me dijeron una vez a mí en Tepa: “chingue a su madre, metiche”.

—Señor, mi negocio son las ventas, no el pleito, si no compra, no me maltrate.

Cuando pasó el esquinero para arriba (en Acatic hay dos barrios, el de Arriba y el de Abajo; los que viven arriba, van para abajo, y los que viven abajo, van para arriba), le dijo su amigo el gorrión:

—¿Sabes qué me hizo este hijo de la chingada? —pensando en alguien que él creía que le había hecho esa mala jugada.

—¿Qué le hizo amigo?

—Me mandó a un cabrón que vende jaulas y le dijo que yo tenía muchos gorriones.

—Eso no se vale —así, haciendo cara de compungido.

Pero fíjense que Dios es muy grande y la vida dio vuelta. Resulta que llegaron unos fuereños (gente de fuera, ni de arriba ni de abajo) y le preguntaron al *Gorrión* si sabía dónde vivía don Fernando Gutiérrez. Y el Gorrión, medio pariente del Creedence y, por ende, medio político (bueno, así dicen en Acatic), les dijo:

—Miren, señores, yo creo que ustedes se equivocaron de pueblo, porque yo no conozco a ningún don Fernando. Yo tengo mi casa, que es la de ustedes, allá en el Barrio de Arriba, y viven muchos con ese apellido, pero “don”, no, ninguno. Hay uno que arregla bicicletas, otro que tiene ganadito, otro que cría puercos, pero “don” ninguno. Por eso digo que seguro ustedes se equivocaron de pueblo.

Vueltas que da la vida, ¿edá? Ese Gorrión, no era de verdad rijoso, más bien despistado, se le recuerda bien cuando andaba preguntando a los taxistas cuánto le cobraban por llevarlo a la Central Avionera.

—Será la Central Camionera.

—No, la Central Avionera. Es que mi hijo viene de Estados Unidos en avión.

—Ése es el Aeropuerto.

—No, no, viene a la Central Avionera —yo no veo ninguna contrariedad, si hay Central Camionera, debe haber Avionera, ¿qué no?

El Fútbol



Acati no se puede explicar sin el fútbol, inclusive uno de los equipos principales era el Acati. Las porras ahora con la modernidad de los apoyos a sus equipos, gritaban para motivarlos:

—Demén una A.

—AAAAAA.

—Demén una C.

—CCCCCC.

—Demén una A.

—AAAAAA.

—Demén una T.

—TTTTTT.

—Demén una I.

—IIIIII.

—¿Cómo dice?

—Acati.

—¡Más fuerte!

—¡iiiiiiACATI!!!!

—¡Más fuerte!

—¡iiiiiiACATIIIIIIIÍ!!!!

Claro, con esa motivación se enchina el cuero. El fútbol era el más aceptado de los deportes. El único, porque a decir verdad, sólo hasta la aparición de los muchachos del Desarrollo de la Comunidad, empezamos a ver otras cosas, el voleibol, *verbigracia*. Qué recuerdos tan bonitos

cuando pasábamos con *shorts*, tenis, y pasándonos la pelota por la calle y los hijos del curtidor nos alentaban:

—¡Putos! Para eso me gustaban. Ahí van los jotos de la secundaria. No jueguen con juego.

Nosotros éramos muchos (ahora, los putos), y ellos no tan pocos, porque siempre estaban rodeados de babeantes seguidores, y en no pocos casos, parientes de nosotros, porque el pueblo era muy chiquito. A ellos también les caíamos mal los putos que nos poníamos pantalón acampanado o *shorts* y escuchábamos música en inglés.

Y no faltaba tampoco el ligazo, hijos de su rechinar de muelas.

—¡Ay, ya me pegó!

Tenían buena puntería, nos pegaban en las piernas, en las nalgas, o en las piernas y en las nalgas. Eran muchos y comían bonches de naranjas los cabrones. El *Lais* era diferente, nada más nos criticaba con fineza, nos preguntaba cuando pasábamos:

—¿Ya van a jugar su florón?

A cada capillita le llega su fiestecita, dos casos célebres: el padre de uno de nuestros compañeros de la secundaria era muy duro con su hijo, como que era de la misma idea de los hijos del curtidor. En una ocasión llegó borracho a su casa y le dijo:

—Dedícate a trabajar y no pierdas el tiempo con tu escuela, de todos modos no vas a servir para nada.

—Lo que pasa es que usted es un alfabeto disletriado —lo que es el estudio. Así sin hacer aspavientos, sin reclamos fuertes.

El segundo fue cuando el *Tacuache* se armó de valor y se enfrentó con uno del bando de los hijos del curtidor:

—Adiós, pimpollos.

—Bueno, ¿por qué no desquitas tu coraje? Vámonos a la esquina, tú y yo solitos, sin que se meta nadie.

¿Queeeeé? No lo podíamos creer, un pollito contra un gallo de pelea. Y sí, lo que pasa es que decía don Pancho: “es un típico caso de inflexión”. Pero a lo que yo entendía, es como afirmaba mi tío: siempre está uno creciendo, pero llega un momento en el que da uno vuelta, como las colas de los caballos, empieza uno a crecer para abajo.

—¿Cómo me dijiste?

—Que te vengas a la esquina, solito, que no se meta nadie.

Pues se van a la esquina, el Tacuache enfrentó a uno de los que tanto nos acosaba (ahora le dicen *bullying*, pero en aquel entonces era mucho abuso). Se contabilizaron nueve cachetadas y cuatro patadas de danzante, repartidas para los dos bandos, pero con el valor que tomó el Tacuache, como que traía muy alta la autoestima, porque fue necesaria la intervención de los más grandes de los grandes, léase: los hijos del curtidor.

—¡Ya! Es mejor sin pleito... desapártense.

¡A celebrar, chiquitos! Fiesta de la chiquillada, uno sacó la casta y se voltearon los papeles. Ahora sí, cuando pasábamos por la esquina negra, en lugar de agachar la cabeza y pasar rapidito, a voltear así de como ¿qué me ves? Si me haces algo, le digo al Tacuache, y ¡santo remedio!

Nosotros sufríamos con el asedio de los curtidores (así les decíamos a nuestros acosadores), pero, la verdad (nada más no vayan a platicar), éramos igual y en ocasiones peor. Ya ven que se dice: “la Santa Inocencia de los niños”... ¿queeeeé? Nada. Para el *bullying* nadie como los niños, aunque sean de Secundaria. Había una maestra que, al finalizar una palabra terminada en “r”, la hacía chiflar. Decía por ejemplo: “vamos a ver ‘s”, y tenía un hijo que se llamaba Salvador, a quien frecuentemente llevaba a la escuela. Cabe mencionar que aunque había escuelas para niños o para niñas, en el caso de Salvador, lo inscribía

siempre en la de niñas para que no lo echáramos a perder los pelados que íbamos a la de niños. Entonces, cuando nos visitaba, le empezaban a decir:

—Salvador 's, no de vayas a caer 's.

—Ya llegó el Tesorito —la señorita “r 's” (porque así le decíamos), cuando llegaba su niño, platicaba con quien estuviera:

—Es mi Tesorito, mi bebé.



El muchachito medía casi dos metros y rebasaba con toda tranquilidad los 100 kilogramos. Caminaba despacio y cuando se apoyaba en el pie derecho, todo el cuerpo se iba en extremo a la derecha; cambiaba de paso, y todo el cuerpo se iba en extremo a la izquierda. Parecía árbol de la plaza cuando amenazaba lluvia, todo para un lado, todo para el otro.

—Salvador's, no te vayas a caer's.

Decíamos que cuando era niño, en lugar de meterlo en un moisés, lo habían subido al Arca de Noé. Y todos:

—Tesorito, te-so-ri-to —el muchacho nada más se ponía colorado. La señorita R's ni se enteraba, creía que le estábamos echando piropos—. Salvador's, no te vayas a caer's.

Un partido memorable del que muy pocos se acuerdan



La gente le hacía ronda a don Pancho y a don Sergio cuando describían aquella fecha para escribirse con letras doradas en la historia del pueblo:

—Jugó el Huracán —bueno, el Acati era el de batalla, pero ya cuando se trataba de palabras mayores, el *non plus ultra* era el Huracán—. Los invitaron a jugar en el Estadio Jalisco, nada más para llenar el hueco, antes de un partido de las Chivas. Dieron un partidazo y cuando empezó el de a de veras, la gente empezó a gritar:

—Mejor metan al Huracán, esos sí se la rajan, no como ustedes.

Y nosotros con los ojos desorbitados; nos emocionaba mucho. Eso era para recordarse, se debía saber en todas partes, el Huracán poniéndole la muestra a las Chivas.

—Las Chivas, hey —dice Rafa el Calandrio.

Nosotros todos a la derecha.

—¿Tú fuiste, Rafa?

A la izquierda.

—Jugó el Huracán.

A la derecha.

—Fuimos en dos trocas —dice Don Pancho—, éramos como unas ochenta personas de todo el pueblo.

Izquierda, e izquierda, e izquierda.



—Pero en el partido que hubo muertitos fue en Tapa, cuando jugaron contra San José de Gracia. Allá hay muchos bravos, hasta Ramón Mejía, que es tan valiente, tuvo que salir vestido de vieja porque ya se lo iban a echar.

Izquierda, e izquierda, e izquierda.

—Era un corredero de gente, empezó la balacera y todos a esconderse en la calle debajo de los carros. Un gritadero y un lloradero de mujeres. Al final quedaron los cuerpos tendidos en la banqueta, dicen que fueron como unos cinco, pero hay quien dice que llegaron a 10.

—Mucho muerto, mucho matadero —dice Chava el Calandrio.

—Derecha.

El Llanito



Además del cine Roma, la mayor atracción del pueblo era el fútbol. Los domingos era obligado ir al Llanito. Que juega la Gigantera contra los Tejeros. Eso tenía especial interés para la crillada (o sea nosotros), porque la Gigantera se había armado con los que empezaban a despuntar: *la Vaselina*, el *Amarillo*, el *Fumanchú*, el Mono, el *Zorry*, la *Marunga* y puros de ese estilo. Los Tejeros eran nada más y nada menos que los amigos de los hijos del curtidor, los de las ligas con cáscara de naranja. Teníamos que ir a echar porras.

—Demen una G —no, todavía no se usaba eso.

Los Tejeros era un equipo reforzado, el *Chelelo* pagaba para comprar el uniforme y las cervezas, y claro, jugaba, y no sólo aparecía en la lista de los titulares, sino que jugaba todo el partido. Claro, no eran mensos, ¿iban a sacar al señor por malo? Si no hay loco que trague lumbre.

—Ay Chelelo, que buen desmarque tiene, usted aparece donde se necesita más.

Claro, se necesitaba más pagando las cervezas, tenía el don de la ubicuidad. Y, aparte, era muy curioso, digo, eso le decían cuando salía con su batea de babas.

—Mira nomás, por vestirme a la carrera en la madrugada, me puse los calzones de la vieja.

Mostraba los chones rositas, sin bragueta, y era la risa de todos (ay no, Chelelo tan ocurrente). Era un señor tan acertado, tan fino, tan bueno para el fútbol que no se lle-



gaba a notar que pagaba los uniformes y las cervezas. Su lenguaje, ni se diga, era Octavio Paz caminando.

—¿Por aquí se va uno a Tecuaitiche? —preguntó una ocasión en la gasolinera de la carretera de Yahualica donde el chofer se tenía que reportar con un billete de cincuenta pesos para pasar la aduana. En las trocas cabíamos 30 y, con esfuerzo, hasta más de 40. Con la cooperacha salía barato.

El deporte lo llevábamos dentro y desde la cuna. Cuando iba la camioneta de la Coca-Cola y hacía las rifas en la plaza, yo no sé cómo le hacía el Álvaro pero siempre se ganaba el premio mayor, que era una pelota de plástico (si era otra cosa, de todas maneras era igual de valiosa). A veces, para taptarle el ojo al macho, el señor decía en el micrófono:

—Y el número premiado es el 78.

—Ahhhhhh, los murmullos y todos volteando para ver la cara del afortunado. Con lo único que se podía comparar ese gran premio era cuando alguien recogía la coronita del castillo del novenario de la Candelaria.

—El número 78... ¿no lo trae nadie? El número 78 a la una, el número 78 a las dos... y el número 78 a las tres. Se vuelve a rifar.

Híjole, qué nervios. Ahí vamos de nuevo, se saca otro número, el premiado ahora es el... 106.

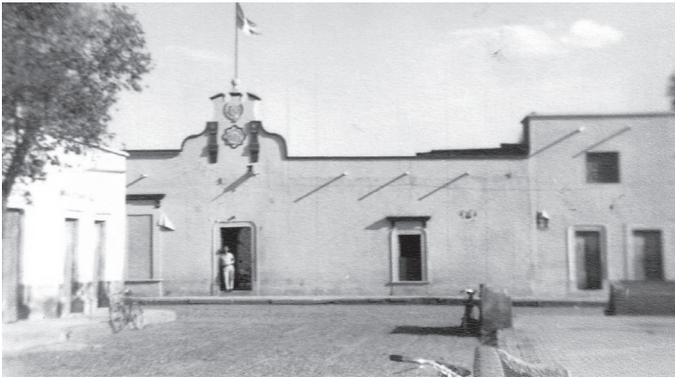
—El 106 a la una.

No, cual una, ya estaba Álvaro ahí a dos metros: “aquí lo traigo”. Siempre me decía *La Oveja* (Francisco Becerra, mi amigo de la infancia. Nadie lo conocía como Francisco Becerra, porque si no era *La Oveja*, era *El Puerquito*. Caray, era oveja, o puerquito, o, en el mejor de los casos, se apellidaba Becerra).

—¿Por qué el premio grande siempre se lo ha de sacar un rico?

No me había fijado, pero sí, generalmente Álvaro se llevaba la pelota.

Otra ocasión, de malos recuerdos, se ganó la pelota el director de la Escuela de Niños, un señor que se lió a golpes con un pariente mío por una alegata del desfile del 16 de Septiembre. Por lo general, eso del cinito era los sábados por la noche, ahí sentados todos muy cómodamente en el empedrado y nos parábamos nada más cuando pasaba una troca con sus luces prendidas. Luego volvíamos a posar las destas en las piedritas.



—Muchachos —nos dijo el *Quiriquituqui* (así le decían al director, les digo que los niños son un encanto, un desborde de inocencia)—, me gané esta pelota y se las vendo para que ustedes jueguen.

—Nos la debería de regalar, de todo hace negocio.

—Si no la compran, la vendo en otro lado, no voy a pelear.

—¿Cuánto?

—Cinco pesos.

Viejo cabrón, nos la vendió cara, éramos 60 los de sexto, se dividió el costo, se pagó y ansiábamos salir a recreo para estrenar el premio mayor. Salimos al patio, nos formamos, tomamos distancia, y a cruzar la calle para jugar en el Llanito, ¡y a estrenar se ha dicho! Agarra la pelota

Chico de Ávila y a la primera patada, con sus huaraches con clavos, Fiuuuuuuuú, la compra no nos duró ni 10 segundos de satisfacción. No, no, no. Nuestra reciente compra cayó en dos partes.

Eso del fútbol siempre fue el inicio de muchas noticias. Cuando íbamos al Llanito a ver jugar a nuestra selección (¡¡¡!!!!). Me acuerdo que en una ocasión estábamos de mirones cuando se ponían el uniforme. El Güero Franco se quitó sus huaraches, se untó Iodex y se puso una venda que le cubría toda la pata. Pensé, por eso ha de ser bueno para jugar. Estábamos embelesados todos, era todo un espectáculo ver a nuestros héroes (por un ratito) listos para entrar en acción.

—¿Dónde están mis zapatos? A ver muchachos cabrones, ¡¿quién agarró mis zapatos?!

¿Zapatos? Parecían donativo de don Ignacio Sánchez, bien hubieran quedado si les amarrara con alambre las partes que le faltaban.

—Éste se sentó en ellos —dijo un mitotero. “Éste”, por desgracia, fui yo. estaba tan ido en otro mundo, que para no poner el chiquihuite a raíz del suelo, me senté (sin pensarlo, y lo juro, ¿para qué mentir?) en sus admirables zapatos.

—Hijo de tu rechingada madre, por eso se amuelan.

¿Por eso se amuelan, no será por el uso que les había dado los últimos 15 años? Me fue como en feria. Y ese día dejó de ser mi héroe. Y que chingue a la suya el buey, aunque sea 55 años después. Es probable que sus nietos sigan conservando tan lindos instrumentos deportivos con sus taquetes seguramente completitos.

De cualquier forma, lo borré de mis admirados, pero la técnica no la podía desdeñar. Ahí aprendí que para “rendir” en el campo, habría que untar Iodex y ponerse vendas, sin faltar el ganchito que se pone al último para

que no se suelte. Derechito me fui a con el médico Robles y compré mi respectivo unguento, dos vendas (de menor tamaño por baratas) y dos ganchitos. Listo. Al siguiente partido que nos aventamos en el atrio me unté mi cremita, me amarré bien apretadas mis vendas y me puse mis huaraches. Jugué muy suelto, casi volando, a gusto. Llegué a la casa, me desanudé las vendas que, con el olor a la cremita, al sudor de las patas y al propio de los huarachitos, el Borrolas corrió al corral (entré a colgarlas para que se secaran y el perrito corrió a la calle). Canijo animal tan malagradecido, si ahí tragaba, ¿por qué me sacaba la vuelta? Justo es decir que las famosas vendas nunca recuperaron su forma inicial, lo ancho nunca volvió a ser igual, parecían chicharrones de con el Chavinda. Y de blancas, nada, nunca volvieron a ser las mismas. El olor... pasemos a otro tema.

Esos partidos en el atrio eran fabulosos casi todos. El casi lo sufrí yo (decía mi mamá que “por pendejo”, yo decía que ella tenía la mano muy pesada, y los dos teníamos razón). Estábamos jugando en una ocasión, yo con mis vendas, mi Iodex y mis huaraches (ni modo que le comprara los zapatos con taquetes al Güero Franco)... Se jugaba el volado para ir escogiendo compañeros, el que ganaba empezaba, y así sucesivamente. Si éramos nones, el más pendejo se quedaba fuera, a ése no lo escogían, tenía la remota posibilidad de que llegara otro y les diéramos chancita de que entrara uno a cada equipo. Se apostaba. Claro, éramos pobres, pendejos y apostadores. En ocasiones éramos las tres cosas: pobres, pendejos y apostadores; y en otras nada más dos: pobres pendejos y apostadores. Bueno, pues se hizo la repartición, las apuestas, y a jugar se ha dicho. Yo creo que era Viernes Santo porque había mucho público, unos que jugábamos, otros que entraban a confesarse y las viejitas que iban a no dejar solo al Santísimo. El partido estaba bueno, muy reñido y nosotros jugando como siem-

pre, bien calladitos, o casi calladitos. Salió el padre Sebastián y nos reprendió:

—Están en la Casa del Señor y gritando muchas majaderías; les voy a quitar la pelota.

¿Nos va...?, ¿cómo nos va, si era mía? Aclaración, yo nunca fui el pendejo que nunca escogían cuando éramos nones, porque...., claro, ya los estoy viendo: yo era el dueño de la pelota.

—Saben qué, hay que jugar pero bien callados, tiene razón el padre Sebastián, está confesando y allá se oye todo. Nosotros sin hacer ruido, nada más que rueda la pelota — no me acuerdo quién fue el de tan sabia opinión, pero lo que sí les aseguro es que todos queríamos seguir jugando.



Y sí, jugamos bien calladitos todos, sin excepción, no se escuchaba ni una sola voz, lo puedo jurar por quien me lo pidan en estos momentos. En los siguientes 15 segundos nadie gritó ni dijo nada, pero de ahí en adelante, agárrense chiquitos. Si han escuchado a los más madajeros de los más majaderos, éstos éramos nosotros. Y que sale otra vez el padre Sebastián. En esta ocasión nada más se quedó

parado en la puerta que estaba para entrar por la capilla donde confesaban, es decir, junto a la palma que estaba a un lado de la escalera por donde subíamos a robarnos los palomos. Digo, a tocar las campanas. Se quedó parado muy molesto... y nosotros, chatos, chatitos, calladitos como angelitos.

—Ya no volvemos a decir nada padre, de verdad.

No nos dijo nada, se agarró las naguas, se las levantó un poquito y se regresó a seguir confesando. Y nosotros, a seguir jugando calladitos, como mudos, como dormidos, sin decir ni una sola palabrita ni cuando pedíamos que nos pasaran un balón. Calladitos como otros 15 segundos, y luego, se desataban los demonios, a gritar leperada y media. En unos minutos que vuelve a hacer acto de presencia, pero con la de malas para nosotros (digo, para mí, el dueño de la pelota era nada más yo), que por azares del destino, el esférico (así les dicen los comentaristas del América) le llegó rodando directamente a sus pies. En esta ocasión no se agarró las enaguas: tomó el balón y ahí voy yo, pues ¿quién más?

—Oiga padre, la pelota es mía, ya no vamos a echar gritos.

—Les dije que estaban en la Casa del Señor y que andaban muy majaderos, no hicieron caso.

—Bueno, me la llevo a la casa y ya no jugamos.

—Claro, ya no van a jugar, pero esta pelota no se las regreso.

Que se mete con mi esférico (ya quedamos que así se llama) y se lo carranció. Para mis males, luego me enteré que se lo regaló nada más y nada menos que al que nos caía (bueno, por lo menos a mí) más gordo del salón: Rafaelito Saldívar. Chingue a su madre ese buey y también el Güero Franco. El padre Sebastián no, ése ya nos había condenado a todos nosotros y nuestra descendencia. La

verdad yo me imagino que quiso maldecirnos a nosotros y nuestra ascendencia, pero debió de haber estudiado en un seminario de gobierno. ¿Se acuerdan amigos cuando nos aventó aquellas palabras tan fuertes que no entendimos, pero que por la cara que hizo y por haberse metido a la sacristía pensamos que eran durísimas?

—Malditos sean ustedes y toda su descendencia — ya quedamos que quiso decir ascendencia, porque daba a entender que por culpa de nuestros padres éramos tan malentendidos y majaderos. Y nos aventó esa ofensa levantando la mano como cuando nos daba la bendición.

Y es que nosotros tuvimos la culpa, pues claro, íbamos a misa de ocho de la mañana, que era para niños, pero la mala tanteada, además de que Dios quiere más a los pequeños que a la demás gente, era que nos juntábamos todos. Unos amigos, otros enemigos, otros ultra enemigos, pero todos juntos. A eso habría que agregar que Chuy Belén tenía siempre bien enceradito el camino por donde hacíamos fila cuando ofrecíamos flores, resbalosito, sabroso para agarrar vuelo y patinar. Pues ese famoso día (se hizo más memorable después, nosotros no sabíamos la que nos esperaba) entramos a tiempo de empezar la misa, luego los saludos, los aventones, los chinga tu madre y cositas así. Pues que le empezamos como en el boliche, a correr, patinar y a tumbar cabrones.

—Ahí les voy chiquitos.

Y jajajá, pues claro, era bonito aquello. Que empieza la misa.

—A ver niños, guarden compostura, están en la Casa de Dios. Antes de comenzar los Sagrados Misterios, niños, por favor, sentaditos, guarden silencio, no estén jugando. Todos sentaditos, calladitos, bien atentos a la celebración. Por favor niños, calladitos, están en la Casa de Dios.

Y siguen los aventones, los chinga tu madre y los “voy derecho y no me quito” y las risas, y los gritos y las burlas.

—Niños, por favor sentaditos.

—Ujuuuuuuuuu, ahora yo te voy a tumbar, a chingar a tu madre.

Cuando, después de unos diez minutos de súplicas para estar silencios:

—Malditos sean ustedes y todos sus descendientes — (familia: no les vayan a enseñar esta parte ni de regalo de cumpleaños a sus hijos o nietos porque los van a acalambrar) y como ya quedamos, así levantando la mano como cuando decía: podéis id en paz.

Bueno, ahora una pregunta ¿por qué eso del español de España? Claro, antes, y a mí me tocó verlo, las misas eran en Latín. *Lusia demos lusia deis, Requiestcat in pace, amén* (este último es pace de paz pero se pronunciaba como pache, no es que los padres hablaran como cantaba Chico de Ávila. ¿Se acuerdan mis amigos de la secundaria que gritaba: “vivir sin chí, es perder tuo cariño”?). Digo ¿para qué el castellano antiguo? Nosotros cuando llegábamos a misa no decíamos:

—¿A qué horas habéis llegado?

—Tengo como diez minutos, ¿no me habéis visto? Decidme la verdad.

Claro, tengo muy presente que nos aventamos todos los años de primaria aprendiendo los verbos con todos los tiempos y con todas las personas, y la de “vosotros” nunca la utilizamos en la vida cotidiana, pero teníamos que aprobar Español sabiéndonos todos los verbos en todos los tiempos: “vosotros habéis venido”, ¿se acuerdan todos? Así los aprendimos. Pues así eran las misas, se acabó el Latín, pero siguió el Español de España.

Ya para terminar con el robo de mi pelota, porque no fue otra cosa que un robo, ¡¿cómo que se la dieron a Rafe-

lito Saldívar?! Digo yo, ¿con qué derecho? Éramos majaderos (éramos), pero ¿para qué le dieron mi pelota a ese joven (entiéndase joven por: ¿=()/\$\$#""%\$&&&%\$##"\$%%)

Llegué a la casa muy espichadito (no he encontrado esa palabra en la Real Academia de la Lengua Acatiquense, RALA, por sus siglas en inglés) pero recuerdo que mi abuelita materna así nos decía. Entré muy espichadito y le dije a mi mamá:

—Mamá.

—Por la cara que tienes, no traes buenas noticias.

—Es que... estábamos jugando en el atrio y el padre Sebastián se enojó y nos quitó el balón (es decir, nos quitó mi pelota).

—Pues eso y más mereces por pendejo, ¿no te he dicho que si estuvieras aquí sentado nadie vendría a quitarte nada?, ¿o no?

Claro, nada más eso me faltaba, que Rafaelito Saldívar entrara a mi casa a quitarme la pelota. Na, na.

Ese Rafaelito era toda una personalidad, el profe Daniel nos dejó de tarea una plana con nuestro nombre. A la hora del recreo, el *Eques* traía la libreta de Rafaelito, “vean”:

—Éste se llama Rafaelito Saldívar, nosotros somos pobres: Rigoberto, Saúl, Ramón, Alfonso, pero éste es “Rafaelito”.

—Ah, jajajajaja ¡puto!

El *Eques* se ganó su apodo en una clase con la señorita Del Morillo. Le preguntó:

—¿Sabes cómo se escribe el nueve en números romanos?

—Pos un palito y una eques.

Pues ese de la plana con su nombre en diminutivo se quedó con mi pelota. Yo le lloré toda la noche a mi balón, pero ya quedamos que mi mamá tenía razón, yo era muy pendejo. Si hubiera sido posible recuperar mi pelota, yo era capaz de entrar al curato a escondidas y sacarla. Luego



me confesaría con el padre Pancho, él no dejaba ni terminar a uno de decir sus pecados cuando decía:

—Reza tres padres nuestros y arrepíentete de tus pecados.

Al único que no se la perdonó fue a Chema cuando se lo encontró en el atrio:

—¿Me puede confesar padre?

—Yo confieso jueves y sábado nada más.

—Es que se me olvidó que era vigilia y comí carne.

—Ah, eso no es problema.

—¿No necesito confesión?

—No, nada, para los animales no hay vigilia.

Les decía líneas arriba que el día en que nos maldijo el padre, quedó inscrito para la historia de Acatic. Primero el desconcierto.

—¿Qué pasó?

—Se enojó.

—Claro que se enojó, por eso se salió. Pero, eso que dijo ¿qué significa?

Y los niños más grandes, no es que fueran muy cono- cedores del Evangelio, pero como que sí se la maliciaron de algo muy malo por aquello de que “¡Malditos sean!” eran cosas fuertes y venían nada más y nada menos que del Representante de Dios. ¡Ah, caray!, ¿y ahora qué hacemos? Pues primero a ir cada quien a su casa. El resto era fácil de interpretar.

—¿Qué pasó?, ¿no te mandé a misa?

—Pues sí, pero el padre Sebastián se enojó y se salió.

—¿Cómo que se salió?!

Y luego, pues a tratar de explicar lo verdaderamente inexplicable ¿podría ser?: “es que nos portamos muy mal, gritábamos muchas majaderías en el templo y el padre nos pidió muchas veces que guardáramos compostura, pero seguimos gritando pendejadas y burlándonos hasta que nos maldijo”. ¿Maldijo?, es una palabra muy fea y que además no entendíamos. No, no lo explicamos. Tratamos de dar nuestra versión que iba más o menos así:

“Pues estaba por empezar la misa, pero el Carricillo, la Oveja, el Coqueno y Mon de la Luna estaban muy, pero muy majaderos gritando. Yo estaba callado, poniendo atención. El padre les dijo que se sentaran y ellos, además de gritar, se estaban aventando unos a otros. Yo, silencio. Les volvió a pedir por favor que guardaran compostura y ellos siguieron gritando groserías y corriendo de una orilla a la otra. Yo, sentado. Cuando en eso dijo el padre algo así de que nos teníamos que ir todos al infierno. Yo digo, ¿y por qué todos? Si los que se portaron mal fueron nada más esos.”

Ese mismo día empezó el desfile, iban los padres de familia acompañados de sus hijos a pedirle perdón al padre. Por lo que a mí respecta, eché como cinco vueltas, porque Poncho, mi vecino, decía que más valía asegurar, que si

por algo no valía un perdón, mejor remachar con otras vueltas. Entonces, además de cuando nos llevó mi mamá (íbamos como cuatro familias, es que, quiérase que no, tener hijos majaderos es vergonzoso), yo estaba listo en el atrio, y cuando veía que iba un grupito, me acercaba así como no queriendo y luego el padre echaba la bendición y ahí me alcanzaba a mí también.

Los aviones que dejaban caer papeles



Fueron días aciagos, estábamos a varios fuegos. Lo del padre Sebastián fue una de tantas, porque en esa época empezaron a aparecer aviones que daban vueltas en círculo en el pueblo. Todo un gran acontecimiento, y luego dejaban caer papeles, volaban bajito, alcanzaba uno a ver al monito que iba de piloto. Pero ahí venía el enigma, nos decían nuestros padres:

—Nomás que me entere de que andas leyendo alguna hojita de ésas y te enchilo.

Y claro, cuando le dicen a un niño, “no hagas eso”, inmediatamente va a hacerlo. Nos las ingeniábamos, porque las que caían en la calle, las recogían los adultos y las quemaban. Luego, entre los grandes murmuraban entre ellos. A veces, muy tímidamente alguno preguntaba:

—¿Y por qué no los podemos leer?

—Porque los mandan los masones.

Masón, en esa época y en ese lugar, era sinónimo de ateo, protestante, cosa del diablo, comunista. Pero nos las ingeniábamos y alguien pasaba la voz:

—Que el *Fito* trae un papel porque se subió a la zotera, lo dobló y lo escondió bien. Que si vamos a La Villa para leerlo.

Pues claro que íbamos a La Villa, así, en grupitos de a cuatro o cinco. Ya en La Villa veíamos con gran asombro el

papelito, que de tamaño no pasaba de media página, pero que decía cosas muy mensas, como:

—Del cielo caerá fuego.

—El Día del Juicio viene.

Mmmmmm, pues no nos sacaban de ninguna duda. Pero nos poníamos de pechito porque, aunque “no habíamos leído ninguno”, les preguntábamos a nuestros padres:

—¿Qué quiere decir que del cielo caerá fuego?

—Pues que viene la guerra.

—¿Ah sí?, ¿y de dónde?

—De Cuba. Van a venir aviones y van a aventar bolas de fuego.

Ah caray, eso sí estaba mal. Pero, ¿por qué iban a hacer eso los cubanos? Pues por cosas del diablo. Dios nos iba a castigar por lo mal que nos estábamos portando. Y nosotros mentando madres en el templo y luego expulsados de la Casa de Dios como a los comerciantes que sacó Jesús. Ufff.

Fueron días difíciles, y noches peores. Los dichosos aviones tiraban volantes con parábolas de la Biblia, algo así como, Hechos 21: 3-4; Juan 21:18-19; Mateo 21:18-22; y con frases muy cortas. Al paso de los años nos enteramos de que algunas iglesias protestantes trataban de llevar agua a su molino. Pero de que nos tuvieron a un paso del infierno, nos tuvieron. Fue poco después de la Crisis de los Misiles, cuando la operación Peter Pan.

La muerte de Abel



Pocos eventos han conmocionado tanto al pueblo como el asesinato de Abelito, era un muchacho muy joven, bien hecho, aunque un poco guanzarón (voluminoso, de acuerdo con la Real Academia de la Lengua Acaticuense). Eran las fiestas de Paderones a mediados de enero, un poco antes de La Candelaria del 2 de febrero, en Acatic. Paderones, la única Delegación de Acatic, de manera oficial se llama Villa Gustavo Díaz Ordaz, en honor a un presidente al que le gustaban mucho los estudiantes. En 1968 pasó en el autobús presidencial y se bajó tres minutos a saludar y a agradecer que le hubieran puesto su nombre al poblado. De entonces para acá, no se acuerda nadie del nombre y nunca lo utilizaron para nada. Uno de los integrantes de la comitiva que pretendía un puesto gubernamental, habló dos minutos y dijo una frase muy trillada:

—Estoy muy contento de visitar esta tierra famosa por sus hombres hermosos y sus mujeres trabajadoras.

—Clásico Acto Fallido Freudiano —dijo don Sergio.

Estábamos en las fiestas de Paderones (algunos le dicen Paredones, pero deben de estar equivocados) y un muchacho se acercó y le dijo a uno de nuestros acompañantes:

—Tú, culero, debes de ser de los Padilla.

—No, no soy Padilla, pero tampoco soy culero —esta palabra significa persona que tiene la cola muy adornada.



Ese amigo nuestro murió muy joven, como cinco años después de que lo confundieron con los Padilla. Su sepelio fue coincidentemente también en las épocas de la fiesta de Paderones y, a manera de homenaje, un grupo de amigos, deberíamos de haber sido como 10, fuimos al panteón varios días después de su entierro a mostrarle nuestros respetos. Pero a quien le mostramos nuestra irreverencia fue a un señor que tenía un puesto de tacos a nuestro paso para ir al cementerio; el Mono, que iba con nosotros y de quien se comentó que corría cuando se emborrachaba y que le asustaron la yegua con tres herraduras a la salida del cine, en esa ocasión traía un tremendo hipo. Entonces, el señor de los tacos al ver el grupo numeroso de posibles clientes y al vernos en las condiciones en que íbamos, nos dijo:

- Vénganse a los tacos jóvenes, para que se alivianen.
- Chinga ¡hip! a tu madre ¡hip! —le contestó el Mono.

Pues en Paderones ya se iba a armar otra fiesta dentro de la fiesta por haber confundido con un Padilla a nuestro amigo, cuando llegó la noticia: “mataron a Abelito”. Todo fue desconcierto, muchos llorando y asustados porque los matones se refugiaron en el Palacio Municipal (ya queda-



mos que es la Presidencia) y parecía que no había terminado todo ahí. Todo mundo a regresar, a esconderse y a meterse debajo de la cama en casa y no aparecer hasta otro día a ver si ya amainó el temporal. Las versiones fueron:

—Iba caminando a media plaza, del brazo de su novia —una rubia preciosísima, de la misma edad que él; si eran mayores de edad, apenas la rebasaban— y lo encontraron los dos policías. Sin avisar, ¡pum, pum, pum! Lo dejaron herido. La locura total, todo mundo corría sin rumbo, no sabían qué hacer. Llamaron a su hermano que tenía carro, lo subieron, lo tenían que llevar a Guadalajara porque era el único lugar donde podrían atenderlo si llegaba vivo, y no llegó. En el Puente de Calderón, donde Hidalgo perdió la batalla, ahí dejó de existir el muchachito. Duelo nacional. Digo nacional porque en Acatic decían:

—¿Ves a ese muchacho? Es sordo de nación. Y el hijo del Güero Jiménez, es bizco de nación. Como nacieron en Acatic, yo creo que la nación es Acatic. El duelo fue nacional, en todo el pueblo.

Dicen que Abelito dio su último aliento a la altura donde está el monumento al Padre de la Patria. Don Ca-

chetón Jiménez, el que nos lazaba en la plaza y nos quería arrastrar, en una ocasión reprendió a un par de muchachos que no sabían nada de historia:

—Se me apagó el carro ahí donde está Cristóbal Colón.

—¿Qué,?! ¿cuál Cristóbal Colón? Es el Padre de la Patria, Don Miguel Hidalgo y Costilla.

La muerte de Abelito fue tan trágica y llenó de tanto pesar al pueblo, que la de *Chuchuy* en algo se le pudo comparar. El señor, de origen muy humilde, vivía de vender por las tardes semillas de calabaza y garbanzos dorados (muy sabrosos) por la calle, con dos baldecitos, y encender las luces del pueblo en un apagador que instalaron en la esquina de con Lalo Bravo, y por las mañanas, acarreaba agua que le encargaban algunas madres de familia. Fue cerca del mediodía cuando se escucharon tres balazos, Chuchuy quedó muerto en el patio de una casa del Barrio de Arriba. Triste, aberrante, insultante fue la acción. Sin ninguna provocación murió un señor que, si alguien podría llegar a ser santo en Acatic, debería haber sido él. Abelito y Chuchuy dejaron dos grandes cicatrices en el pueblo, sus duelos fueron nacionales, ahí habían nacido los dos.



Significado de Acatic



El vocablo proviene del noruego y quiere decir “el ombligo del mundo”. Aca = el ombligo de; tic = ‘l mundo; Acatic = el ombligo de-l mundo.

Existe una canción dedicada al pueblito y en una estrofa atinadamente dice: “en ti los aztecas plantaron sus huellas”. Debió de haber sido entre 1541 y 1542, porque los españoles hicieron una leva de indígenas de todas las regiones para atacar a los chichimecas que se defendieron en el cerro del Mixtón ubicado en el Cañón de Juchipila, cerca de Tecualtiche (el Chelelo *dixit*). De acuerdo con las crónicas escritas por Fray Antonio Tello, cuando pasaron por la región donde se ubica Acatic, la leva fue tan severa que mataron a quienes se negaron a luchar, tan rigurosa que “de los seis, murieron los cinco” (hay voces tan exageradas que aseguran que “de los cinco, murieron los seis”). En esa leva debieron de haber traído aztecas, y fue entonces cuando plantaron sus huellas.

La llamada Guerra del Mixtón fue muy importante, tuvieron que traer a 15,000 indígenas para que lucharan contra otros indígenas, los españoles además de ser pocos, eran muy inteligentes, si los que entraban a los moquetes eran los indígenas, ¿para qué meterse ellos? Al final, los indígenas fueron derrotados, los que ganaron fueron los otros indígenas: tlaxcaltecas, purépechas, aztecas (hasta plantaron sus huellas) y muchos otros más. El líder de los

chichimecas, que no era una tribu, sino que los aztecas les llamaban así a los grupos que ellos no podían dominar, era Francisco Tenamaxtle, de origen cazcán. Después de muchas peripecias, y que no habían podido dar con él, se entregó a una autoridad eclesiástica y fue llevado a España. Estuvo prisionero en Morelia (hoy Valladolid), donde hizo amistad con Fray Bartolomé de las Casas, y luego fue juzgado en Sevilla. Se sabe algo del juicio, pero no de dónde y cómo murió.

Francisco Tenamaxtle significa, de sus raíces del náhuatl: Fran = líder de lo; cisco = s cazcanes. Francisco = líder de lo-s Cazcanes. Te = que le gusta; na = el pozole; max = con; tle = chilito. Tenamaxtle = que le gusta el pozole con chilito. Entonces: Francisco Tenamaxtle = líder de los cazcanes que le gusta el pozole con chilito.

A los cazcanes (parte integrante de los chichimecas) les gustaba mucho el pozole, principalmente de cabeza; cuando había guerra se hacían de los cuerpos de los adversarios y se los comían. Gente muy bárbara, sin comparación en el mundo. Quienes podrían acercárseles un poco fueron unos europeos que hacían fogatas públicas y quemaban vivos a los que no profesaban las ideas en las que ellos creían.

El cacique que pastoreaba lo que había en el Acatic de entonces, se llamaba Xiconoque, algunos le decían Xiconoqui, igual que hay gente que dice Paredones en lugar de Paderones. El origen semántico de la palabra Xiconoque es griego y significa: Xi = persona que; cono = vive frente a la plaza y le gus; que = ta rascarse la planta de los pies. Entonces: Xiconoque = persona que vive frente a la plaza y le gusta rascarse la planta de los pies.

Pero eso fue hace mucho, en el siglo XVI. Tiempo después llegaron los franceses y también plantaron sus huellas. Acatic es todo francés, se nota desde el momento en

que alguien lo visita por primera vez. Lueguito se siente todo, todo, francés. Hace años fueron invitadas unas familias francesas a conocer y dijeron: “nos sentimos como en nuestra casa, todo francés”.

A la tribu que pastoreaba Xiconoque se le conocía como Tecuexe. La palabra proviene del Sánscrito y quiere decir: personas que poblaron San Juan de Acatic.

El padre Pancho



Quien esto escribe considera que el padre Pancho debió haber sido caso único en toda la república. Fue militar en sus años mozos y luego entró al seminario. Llegó a Acatic a finales de los años sesenta y pronto pasó a formar parte del inventario social (igual que la Chicota, digámoslo así). Todos los feligreses querían asistir a sus misas y sus rosarios porque los terminaba en menos de la mitad del tiempo de cualquier otro sacerdote. Sin duda, la característica que mayor resaltaba en su persona era su lenguaje, que aprendió en su previa y corta profesión de soldado.

—Oiga padre, ¿por qué termina las misas tan rápido?

—Para que no se me duerma la bueyada.

Después de servir en Acatic fue a Lagos de Moreno y luego a Jalostotitlán. Hasta su muerte, era visitado por los devotos del pueblo.

—Dónde iba a creer yo que viviera tanta gente fuera de Acatic —se le escuchó decir a *Chava el Calandrio* en una de las visitas que hacían en trocas de redilas—. Es tan lejos ese pueblo, que el sol no sale por donde mismo que aquí (que salga el sol por Antequera y que se meta por donde quiera, pensó don Sergio, pero no dijo nada porque ya sabía que la respuesta del Calandrio iba a ser inaudita).

El padre Pancho hizo una amistad envidiable con el señor cura Ramos, que, a decir verdad, eran las dos caras

de la moneda. Cuando uno era serio, formal, discreto, callado, el otro era todo lo contrario.

—Tengo antojo de una nieve de jamaica —le dijo el señor cura Ramos al padre Pancho, en el atrio. Ahí enfrente la vendían.

—A mí se me antojan más unas nalgas de señora.

—¡Francisco!, ¡no digas barbaridades!

—De veras, es que me ponen cuatro inyecciones diarias, a mí me gustaría tener nalgas de señora.

La conversación tuvo lugar en el atrio del templo, ahí donde había todavía tumbas, porque los panteones estaban a la salida del templo. Fueron prohibidos a principios del siglo xx y, en el caso de Acatic, se construyó otro en el barrio de Abajo, allá para los Sabinos, pero fue por poco tiempo, luego se cambió a donde está el actual, allá por donde termina la calle Andrés Figueroa. El atrio contaba con una barda hecha para robarse las naranjas. Yo considero que fue una inversión exagerada porque de los naranjitos, nada más uno daba fruta dulce, los otros no servían ni para remedio. Debieron haber construido entonces una escalera y no una barda que rodeara todo el atrio. Otra característica que nunca me pude explicar, cómo había tantos excrementos humanos si estaba prohibido, y además porque no había ni cómo esconderse. O tal vez se inspiraban en los baños romanos, aquellos donde además de ir a bañarse, hacían caca sentados muy juntos y hasta platicaban mientras la realización. Otra posibilidad es que la gente hiciera sus necesidades y luego fuera y las depositara ahí formaditas con algún cartoncito ¿o, qué? El señor cura Magallón fue visionario (significa: fantasioso, soñador, quimérico, iluminado, fantaseador; bueno, nada más visionario). Él consiguió recursos y construyó el Templo de San Juan Bautista, y atrás del templo, unos sanitarios para evitar que la gente hiciera caquita en su casa y luego la llevara en cartoncitos a depositar en el

atrio. El templo y los sanitarios, todo un acontecimiento del que los acatiquenses siempre debemos estar agradecidos. Por lo que a mí respecta, solamente una observación (en la prepa nos enseñaron a decir “crítica constructiva”, pero no existen las críticas constructivas, es como decir,, “te voy a pegar pero va a ser jugando, ¿eh?”): el letrero que pusieron a la entrada de los baños era discriminatorio: “Di no a las drogas, paga antes de cagar”.



Cuando el padre Pancho dejó el pueblo, le hicieron una entrevista y le preguntaron si había dejado el corazón en Acatlic.

—No, nada más el apéndice, estando aquí fue cuando me operaron.

Dicen las malas lenguas, y es mejor creerlo que averiguarlo, que al dar inicio a una celebración en Jalostotitlán dijo:

—Antes de comenzar los Sagrados Misterios... ¡Ay cabrón!, ¡me dio toques!

El señor era moreno (mi tío decía cuando se refería a alguien de ese color: “pasó hace rato un Tepalcate”), regordete y pelón. Tenía solamente 32 cabellos junto a las orejas

y en la nuca. Cuando el peluquero se quería pasar de listo, como lo hizo el que tenía su negocio enfrente de con las Sandoval:

—Oiga padre, ya le corté el cabello, ¿arriba qué le hago?

—Pásale un trapeador.

No les fue mejor a los viejitos que salían a asolearse y a platicar sentados en el brocal de una fuente en Jalostotitlán. Venía del curato y les comunicó:

—Voy a bendecir esta pila —todos se levantaron, se descubrieron la cabeza y voltearon la mirada a la pequeña fuente—, a esta “Pila de Huevones”.

—Ay, padre cómo es.

—¿Seré mentiroso?

Ahí estaba don Severiano, a quien ya le había hecho una parecida y ni así tuvo la malicia de imaginar por dónde venía. Él llevaba religiosamente a diario un pequeño balde de leche a su madre y pasaba frente al curato.

—¿A quién le llevas leche, Severiano?

—A mi mamá, padre.

—¿Y no podrías traerme a mí también?

—Claro, con mucho gusto, a ella le traigo un litro, ¿a usted cuánto quiere que le traiga?

—Un litro también.

—¿Tendrá un recipiente o yo se lo consigo?

—No, ahí mismo me lo traes, del que le dejas a tu mamá. Nada más me vacías mi litro antes.

—No, le consigo otro baldecito para que cada quien tenga el suyo.

—Que no, lo quiero del mismo que le llevas a tu mamá, así, si quieres chingarme a mí, chingas a tu madre.

Para confesar era igual que para dirigir el rosario, rápido y con penitencias livianas. Desde lejos se sabía cuál era la fila con él o con otros.

Cuando el que esto escribe era acólito y acompañaba al sacerdote a llevar a Dios a los enfermos, nunca me tocó servir al padre Pancho, pero tengo la seguridad de que el recorrido lo terminaría en la mitad de tiempo que cualquier otro presbítero (¿presbítero? Cuando trabajé en la delegación de Hacienda se recibían pagos por expedición de placas de autos y era obligatorio llenar un formulario, entre una de las preguntas después de estado civil, domicilio, ocupación, estaba si sabían leer y escribir. Un día que le pregunté al contribuyente cuál era su ocupación, “presbítero”, me dijo, “¿y sabe leer y escribir?”. Mi patrón me echó unos ojos de ¡vas a velo!, como se dice en Acatic; bueno, yo sabía lo que era tablajero, tendejonero, labriego, usurero, pero presbítero, no). Dos tragos amargos que sí me tocó saborear cuando ayudaba en el servicio religioso al padre Pancho, fueron, el primero, cuando a Jorgito Plascencia le tocó el incensario (había cuatro puestos, y el más importante era el del incensario), era muy volado, si le decía a uno con una seña: “dale una vuelta cabal”, al brasero, lo hacía. Ufffff, aventaba mucho humo, tenía una cadenita que servía para dejarle entrar aire al carbón, o incluso para ponerle el incienso, y nos tocó la de malas que cuando le dio la vuelta completa, se atoró la cadenita y volaron los carbones. Pues al ratito volaron los cabrones, porque salió Chuy Belén enojadísimo y obligó a Jorgito a tomar cada una de las brasas y echarla al incensario; había un tapete muy bonito, porque era por donde caminaba el sacerdote para sus responsabilidades. Rápido se tenía que levantar cada una de las brasas para que no agujerearan, los otros tres acólitos ayudamos como pudimos porque el regaño iba a ser para todos, ya nos había visto Chuy en varias ocasiones que volábamos a Jorgito para que le diera sus vueltas de 360 grados al incensario, y en ocasiones se aventaba un triple mortal: le daba tres vueltas seguidas y

¡ajuuuuú! nos tenía contentos a todos. Siempre apoyá-
bamos cuatro acólitos, dos de infantería que deberían estar
al tanto de una vela nada más y que la llevaban de dentro
hacia fuera cuando empezábamos y de fuera hacia dentro
cuando terminábamos, era lo más fácil pero lo más enfa-
doso, lo mero bueno estaba entre el que llevaba el incen-
sario y la credenza, cosa, esta última que nunca supe qué
significaba, pero sí me aprendí mis obligaciones. Cuando
nos bailó Chuy Belén, digo nos bailó porque nos quema-
mos, salimos la talla, pero al terminar la ceremonia nos
levantó a cada uno de las patillas, como era su costumbre.

El segundo trago amargo fue por culpa de Chepe el
Tejón, que era muy miedoso, era el más chico de los cua-
tro, y claro, lo dejábamos de infantería, que esté sentadito
o hincadito cuidando su vela. Apenas habían pasado los
tiempos de aguas y empezaron a aparecer las mariposas
negras, pues al muchacho le dio por tenerles pavor y en-
traba al templo y se la pasaba volteando, dónde había al-
guna, para no dejar que se acercara, pero el canijo de Al-
fredo, al que en esa ocasión le tocó credenza, me hizo una
seña de que si asustábamos al Tejón. Sí, claro, para que se
vaya enseñando a hombrecito. Pues se paró a un lado de
Chepe, no tan cerca y le dijo:

—¡Aguas, atrás!

—¿Atrás qué?

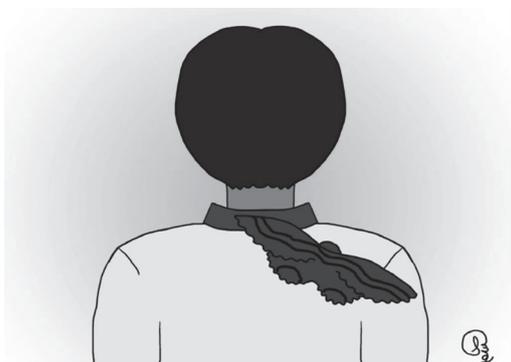
—La mariposa, la grandota, la traes en la espalda.

—¿Qué?

—La mariposota, la traes bien pegada en la espalda.

Y empezó a gritar y a quitarse la ropa, bueno, el atu-
endo que iba por encima de lo que llevábamos puesto. Aven-
tó el camisón blanco y empezó a desabrocharse la sotana
roja que cubría todo el cuerpo.

—¡Ay, ay, ay, la mariposa!



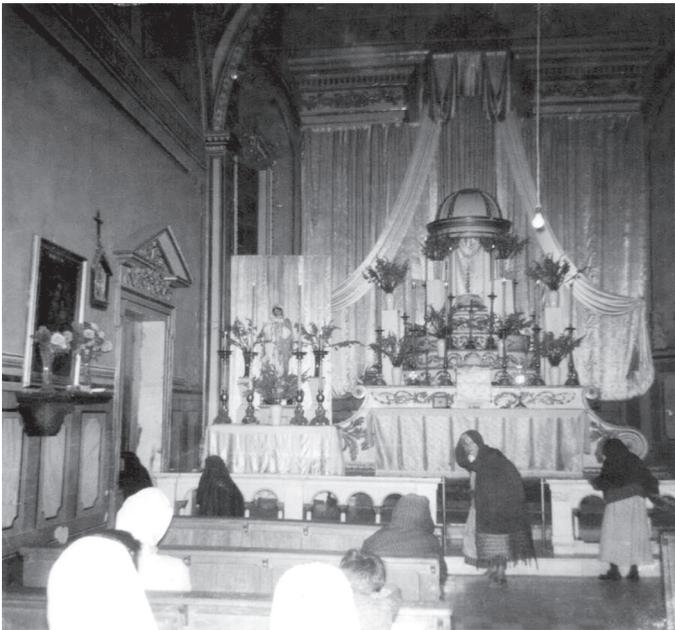
Y que sale Chuy Belén. Guardaba en todo lo posible no obstaculizar el libre desenvolvimiento de la ceremonia, pero en esa ocasión fue imposible, el Tejón estaba inconsolable y gritaba. Nosotros nos carcajeábamos, bueno, el ratito que se pudo, porque después empezó el sufrimiento.
—A ver, vengan chiquitos.



No era necesario interrogarnos, ya sabía quién había sido el culpable, pero también sabía quiénes éramos su séquito. Otra vez a estirarnos las patillas y a pellizcarnos los brazos y las piernas.

—Me da tanta rabia que no respeten la Casa de Dios.

Pero al único que no habíamos respetado era al Tejón, y ni tanto que fuera falta de respeto, lo que pasa es que el muchacho era muy miedoso. Años después se fue de norteño, aprendió a tocar en un mariachi, allá le fue mal también; en una fiesta le correspondió salirse con la corneta para contestar en la melodía esa del *Niño Perdido*, no traía papeles y afuera lo agarró Migración. “No contesta el de fuera, no contesta”, ¿pues cómo?



Ya me imagino cómo nos hubiera ido si nos hubiera agarrado en aquella ocasión que tocamos el órgano con el que

ayudaba en las misas *Cuco el Cantor* (nótese: cantor, no cantante; nación, no nacimiento; altor, no altura; bueno, hay mentadas que no son de menta). Cuidamos bien que no nos viera nadie, tocamos el órgano y cantamos:

“Aturdido y abrumado, por la duda de los celos
se ve triste en la cantina a un bohemio ya sin fe,
con los nervios destrozados y llorando sin remedio,
como un loco atormentado por la ingrata que se fue.
Se ve siempre acompañado del mejor de los amigos
que le acompaña y le dice, ya está bueno de licor,
nada remedia con llanto, nada remedia con vino,
al contrario la recuerda mucho más tu corazón.”

Ahí no hubo problema, nunca se enteró. De la que no se salvó Alfredo fue cuando Chuy estaba tocando las campanas. Me dijo, pregúntale así:

—Chuy Belén, ¿estás dando la segunda o ya es la tercera?

—¿Cómo?

—Así nada más: “Chuy Belén, ¿estás dando la segunda o ya es la tercera?”

Yo era muy mandable, aunque mis amigos me decían de otro modo, y fui. Mi sorpresa fue que cuando dejó de tocar se fue directito con Alfredo, a mí ni me tomó en cuenta y lo agarró de las patillas.

—Para que te enseñes a respetar, baboso. Yo me llamo Jesús Jiménez y no Belén, ¡qué gran dicha fuera la mía si hubiera nacido en el mismo lugar donde nació Nuestro Señor!, pero no, me apellido Jiménez y a ti ya te tengo bien medido.

El señor era gordito, moreno, de lentes verdes, muy serio, muy respetuoso, pero mis amigos no. Siempre calzaba huarachitos, así como de mujer.

Llegó la luz



El año de 1967 se inauguró la luz eléctrica en Acatic, yo tuve un patrón que decía que el hombre había llegado primero a la Luna que la electricidad a mi pueblo, pero era falso, nos adelantamos dos añitos. Cuando empezaron a instalar los postes, era todo un acontecimiento social, se corría la voz cuando íbamos saliendo de la escuela (la Urbana Foránea número 199 para Niños. Había otra para Niñas, era impropio que estuvieran los chiquillos revueltos, ¡qué indecencia!, no, no. Con la señorita Lucita sí, pero ahí se atendían los primeros grados).

—Están en la esquina de con Lino el que se le olvidó la esposa en la gasolinera —alguien decía, y todo mundo a correr.

Se juntaban tantas personas, que hubo la necesidad de hablar fuerte:

—¡Quítense mitoteros, no dejan ver!

Todo un espectáculo, llevaban un camión con un equipo para hacer los hoyos (horadaciones, decían don Sergio y don Pancho). Un enorme tornillo sinfín que entraba en el suelo, sacaba tierra y aventaba para todos lados, pero no nos importaba que nos ensuciara, era como un trofeo.

—Mira lo que me aventó la máquina, esa que hace los agujeros para poner los postes de la luz —presumían los muchachos como si estuvieran estrenando bicicleta.

Luego, la instalación de postes, que “ahora andan por la Esquina de la Palma” y allá vamos todos (chicos y grandes, no era exclusividad para los niños) a observar cómo se ponían los postes, cómo se nivelaban y cómo les ponían un cable para que hiciera soporte. Ufff, ya faltaba poco para que pudiéramos jugar canicas en la noche. Los que habíamos ido a Tepa algún día ya tarde, regresábamos admirados de la iluminación que tenía la ciudad, eso sí era desarrollo.

La verdad es que el progreso había llegado más de cuatro décadas antes, pero como somos buenos para echar a perder todo, no se desaprovechó esa ocasión. En 1923 se instaló una planta hidroeléctrica en Támara, un rancho de Acatic en la Barranca del Río Verde, y generaba electricidad para Tepatitlán, pero aprovechando el vuelo, y como la plaza de Acatic estaba más cerca, se colocaron cuatro postes con su respectivo foco cada uno, y en aquella época ya se iluminaba por lo menos el lugar donde había desayunado Miguel Hidalgo. Pero resulta que unos bárbaros iniciaron una trifulca y empezó la Cristiada (unos bárbaros que estaban de un lado y otros bárbaros que estaban del otro). Como a la hidroeléctrica iban muchos trabajadores y otros a vender comida, en un vuelo de reconocimiento que hizo un aeroplano, el piloto observó que en un lugar tan alejado de la población se juntaron varios “alzados”, les arrojó una bomba, las aventaban con la mano y no volaban muy alto, con la desgracia de que varios resultaron muertos. La cifra nunca se supo con exactitud, pero algunos la calculaban en dos dígitos; como era imposible comprobar, se dejó al arbitrio del populacho, que exageraba los datos. Por ese desafortunado motivo se canceló el servicio de electricidad tanto para Acatic como para Tepatitlán.

Se puede encontrar mucha bibliografía sobre los hechos de la Cristiada, donde se exageran las acciones. Habiendo pasado ya tanto tiempo, siguen existiendo segui-



dores principalmente de los cristeros quienes magnifican los hechos y las cifras. Algo de eso sucedió el 8 de agosto de 1928 cuando entraron los cristeros a tomar el pueblo. Dicen que los guardias se protegieron en las alturas del templo y que los cristeros pasaban a toda velocidad en sus caballos, hubo muchos disparos, muchos gritos, exageradamente muchos insultos, pero afortunadamente ninguna pérdida humana que lamentar. Habrá quienes hagan cálculos de la cantidad de muertos, pero en Acatic, en muy pocas ocasiones hubo pérdidas humanas. De las célebres, se conoce cuando murió el señor cura Elías Gómez Loza, quien fuera hermano del ahora mártir Miguel Gómez Loza; se dice que una persona que no gozaba de cabal salud mental (le faltaban gramos para el kilo, como a los calandrios), en una ocasión lo agredió con un cuchillo y, aunque no falleció en el momento, días después en su casa en Paderones sí murió a consecuencia de la herida. Y la segunda muerte fue pre-

cisamente la del asesino del señor cura: entraron los cristeros y fueron directamente contra él, lo asesinaron donde lo encontraron; la calle en la actualidad lleva su nombre en honor a esa persona chiflada: J. Concepción Gómez.

Por los hechos del 8 de agosto se compuso un corrido que todavía circula en el pueblo porque don Pioquinto Moya (el compositor) dejó amplia descendencia y ellos se han encargado de mantener la tradición. Se llama así, *8 de agosto*, y narra incluso cómo una señora de nombre Ángela Pérez les disparaba a los cristeros desde la ventana de su casa. Se comentaba mucho sobre la Cristiada, pero con datos muy confusos, lo más claro con lo que me quedé yo, fue cuando le pregunté a mi mamá:

—Oiga, ¿y quién gano en esa guerra?

—¿Hay Dios?

—Pues sí.

—Pues ganaron los cristeros y perdió el gobierno.



La introducción de la electricidad tuvo entonces sus antecedentes históricos y después de muchas peripecias, en 1967, se hizo la luz. Cambió la vida de todos nosotros, ya no fue necesario traer agua desde el pozo prieto cargando una burra (no, no, no, aclaremos: una burra es un palo al que se le cuelgan dos botes alcoholeros de 20 litros con dos lazos; ¿cómo íbamos a llenar los botes, acomodárselos a una burra y luego cargar la burra? No, no, la burra, repito, es un simple palo). Eso fue un verdadero alivio, era muy pesado echar tres o cuatro viajes a cuestras a cinco cuadras de distancia, eso no se lo deseo ni a mi peor enemigo.

Dejamos de acarrear agua, jugábamos en la plaza en la noche, aparecieron televisiones en muchas casas. Antes, solamente había con don Chabelo Vargas, don José de la Torre, don Silvano González, don Alfonso Pérez y con Cuca, la de la tienda de la calle General Pablo Rodríguez. Por cierto, ese general anticristero Rodríguez hizo mala fama y bien ganada por ser sanguinario en las épocas y las circunstancias del conflicto. Dos de las cuatro calles más importantes de Acatic llevan el nombre de dos generales anticristeros: el mencionado Pablo y Andrés Figueroa. No conozco otra población alteña que tenga entre sus rúas más importantes el nombre de estas personas.

La televisión



Nuestra vida cambió totalmente con la televisión, un año después de haberse inaugurado el alumbrado público con bombo y platillo, porque un personaje político habló por medio de un micrófono en la plaza el mero 2 de febrero, el Día de la Candelaria, la fiesta más importante de Acatic. Nadie ponía atención, las muchachas dando la vuelta alrededor de la plaza en el sentido inverso a las manecillas del reloj buscando novio, y los muchachos buscando novia en dirección contraria a las muchachas. De esa manera todos veíamos a todas y les podía uno ofrecer flores de papel semejando a las reales. Pues el amigo desgañitándose solo y a nadie le importaba, no eran tiempos de campañas políticas cuando a una señal de ese señor, alguien conectó el enchufe y ¡hágase la luz!

Hubo alegría, lágrimas, gritos y todo mundo a disfrutar la entrada al progreso. Y el gusto duró menos de media hora, porque siendo la primera ocasión y utilizando los materiales que pusieron y colgándose todos los puestos como lo hicieron, tronó el asunto. Se fue la luz, empezaron los cables a hacer corto y a tronar fuerte, entonces la gente a correr. Doble emoción, una a favor y otra en contra (era como cuando pecábamos y nos confesábamos: empatábamos). No hubo otra plática en la siguiente semana que siguió al festejo.

El pueblo vivió lo que se llama “Relevo Patronal” que, sin excepción, los pueblos alteños protagonizaron. Con-

siste en que por diferentes razones, y donde la económica era de las principales, a mediados del siglo XIX, el santo patrón iba perdiendo relevancia y lo ganaba otra representación. En Tepatitlán, por ejemplo, San Francisco era el mero mero, pero fue siendo relevado por el Señor de la Misericordia; lo mismo sucedió en Acatic, incluso el nombre impuesto por los españoles era San Juan de Acatic, respetando el nombre náhuatl, pero incrustándole al principio lo de San Juan Bautista. Las familias que se iban destacando en la minigeopolítica, tenían sus preferidos y los iban insertando planeando celebraciones sociales y de esta manera se fueron asentando los relevos patronales. El caso de Acatic es de 1837 (*circa*) cuando se celebró por primera ocasión el novenario a la Virgen de la Candelaria. San Juan Bautista tiene su veneración, pero la fiesta más importante es, desde entonces, el 2 de febrero, el Día de la Candelaria.



El pueblo cambió con la energía eléctrica, y lo que a los niños y los jóvenes más nos atraía era la televisión. Un año después fueron las Olimpíadas y todo el día veíamos las cosas que no conocíamos. Ya dijimos que solamente había fútbol y florón (léase: voleibol). El trámite era sencillo, se cobraban 20 centavos por entrar a ver la programación.

El dueño (o en algunos casos se pedía la opinión a los espectadores) escogía el canal que se iba a ver: dos, cuatro o seis. Los primeros años empezaba por la tarde la programación, y ya avanzado el tiempo, desde muy temprano y hasta muy tarde. El programa imperdonable y por el que nos desvelábamos muchos fanáticos, era la lucha libre. Eso desde antes del uso de la electricidad porque en las casas de las familias arriba mencionadas, se contaba con un motor a gasolina (¿o sería de petróleo?) que generaba electricidad y con eso funcionaban las primeras televisiones. Se pagaba entonces la entrada, se sentaba la mayoría en el suelo, y a disfrutar. Bueno, a disfrutar quienes podían, otros sufrían los estragos de 20 visitantes de los cuales ninguno se salía al patio a tirarse un pedo, todo quedaba ahí en el anonimato de la conglomeración. Cuando son propios, se soportan, pero cuando se mezclan, no los puede uno distinguir, y entonces todos resultaban repugnantes. Ése era el prietito en el arroz. Cuando queríamos ver una serie gringa (bueno, todas eran gringas), como *Perdidos en el Espacio*, *Batman* o el *Llanero Solitario*, la mayoría (o la dueña) quería ver una novela, pues a ver novela.

La lucha libre se cocinaba aparte, en ésa no había duda, la gran mayoría de los que íbamos a tirarnos pedos, íbamos para deleitarnos con la lucha libre. Y teníamos que gozarla de verdad, porque la salida era todo un espectáculo. Había luz donde veíamos el programa, pero saliendo no había nada (quedamos que era antes del alumbrado público) y muchos teníamos que pasar frente al atrio, donde había muchos muertos y se aparecían. La manera de evitarlos, o de que te hablaran, era que fueras rezando en voz alta y con los ojos cerrados. Era una dificultad grande pasar por todos esos vericuetos, pero el gozo de la lucha libre valía la pena (París bien vale una misa). Nos arrellanábamos bien en el suelo, muy pegaditos porque éramos muchos, y hubo



TRINO

alguna ocasión en que los locutores mandaron saludos a Acatic (“¡SALUDOS A ACATIC!”, UFFFF).

Como la mayoría ejercía su profesión enmascarada, era fácil engañar al público diciéndonos que era la mejor del mundo, que todos los países nos veían con envidia porque teníamos a los mejores deportistas. Bueno, unos eran buenos, pero la mitad eran chafitas, eran *rudos*. Cuando los entrevistaban, ahí nos dábamos cuenta de que venían de cualquier parte del orbe a participar en esa celebración que era nada más nuestra, nadie nos llegaba.

—¿De dónde eres originario?

—De Francia.

—Y tú, Araña Negra, ¿dónde naciste?

—En Rusia.

—Ándele, sí que era grandioso lo que teníamos.

—Tigre Enjaulado, ¿dónde naciste?

—En Italia.

—¿Y cuál es tu comida favorita?

—Me gusta mucho el espagüete.

Jugaban con juego, pero nosotros nos la comíamos completita. Era todo un acontecimiento. Al otro día todos queríamos luchar en el recreo y si conseguíamos una máscara, todavía mejor. Escuchábamos cosas inauditas en las pláticas del sofá en la plaza con don Sergio, don Pancho y los que no invitaban, pero siempre llegaban: los calandrios... y nosotros.

—Ése, el enmascarado que tiene unas rayitas así, es de aquí del Capadero —decía don Sergio.

Derecha.

—Allí luchaba, yo entrenaba con ellos en los costales de rastrojo —Chava el Calandrio.

Izquierda e izquierda e izquierda.

—Rito Romero también es de aquí, fuimos a la escuela juntos.



Derecha.

—Juntos, todos juntos, desde chiquillo le dio por la lucha —ahora Rafa.

Izquierda, e izquierda, e izquierda.

—Hay otros dos de Paderones que luchan enmascarados, pero no quieren que la gente sepa. Se están guardando para ver si llegan a más grandes.

Derecha.

Todo de lujo en la televisión, la algarabía, la discusión y a esperar la pelea estelar; generalmente era de tres contra tres, aunque algunas veces era de dos contra dos. Los *técnicos* eran siempre los favoritos y se la rifaban bonito, ganaban y peleando derechos, sin andar con trampas. Mu-

cho tiempo después entendí cómo, si era la lucha sin límite de tiempo, siempre faltando cinco minutos para las once, se terminaba. Era igual que cuando Alfredo se sacaba el premio más importante en el cinito de la Coca Cola.

—Lucharaaaaán a tres rounds “sin límite de tiempo” —o sea que bien podían terminar hasta el otro día.

Empezaba la estelar y se caldeaban los ánimos, empezaban los gritos. Nuca faltaban las majaderías, porque el réferi nunca veía que hacían trampa los rudos; nunca, eso calentaba a uno. Los técnicos, buenas gentes, aunque era pelea, eran derechos, le ofrecían la mano a los rudos antes de empezar, como debe ser, y los rudos se hacían como que no querían, y por detrás del réferi, un rudo se metía en forma prohibida sin hacer tierra en la cuerda y le daba una patada a uno de los técnicos que estaba descuidado, porque lo único que ofrecía era dar la mano para empezar la contienda como Dios manda. Pero éstos fueron tramposos desde chiquitos, siempre estaban buscando la manera de que no los viera el réferi para hacer sus jugarretas. Llegaba el momento en que uno de los técnicos tenía en espaldas planas al rudo, y cuando el réferi estaba contando, llegaba un rudo y lo distraía, él se ponía a darle explicaciones de que no debía salir de su esquina cuando pasaba el tiempo de contar los tres manotazos en el suelo (estaba acolchonadito). La gente gritaba enojada en la Arena Coliseo; nosotros también, pero era infructuoso, bien podría haberle contado hasta diez en lugar de tres y lo habría rendido, pero aquel baboso se distraía por darle explicaciones al otro rudo que a propósito metía su cuchara. Lo más emocionante era cuando uno de los luchadores que habían perdido la pelea por culpa del réferi, porque llevaba todas las de ganar... pedía que bajaran el micrófono que estaba encima de las lámparas:

—Me jugaron chueco, ustedes vieron que gané, ¿o no?

—¡¡¡Síííí!!!

—¡No, no!, ¡yo gané!, ¡te dominé!, ¿a quién le levantaron la mano?

—Buuuuuu buuuuuu.

Y el réferi quería imponer la tranquilidad, hacía señas para que subieran el micrófono. Ya se había acabado todo.

Hacía señales a todo el público con la mano levantada hasta arriba diciendo que no, como cuando Nixon renunció a la presidencia en Estados Unidos y se estaba despidiendo al subir al helicóptero. Así, haciendo una ola con toda la mano.

—Nooo, nooooo —el público—, déjalo hablar vendiendo cabrón, todo por culpa tuya.

Se presentía algo bueno, y claro, cuando por la insistencia del técnico que había sido robado, bajaban de nuevo el micrófono, y dijo:

—¡Todo mundo vio cómo le gané al Átomo!, ¡y para demostrarle a él y al que lo protege, lo reto la semana que entra una lucha!, ¡ahora él y yo solitos! ¡Máscara contra Cabellera!

Aaaaah, ¡el éxtasis!, ahora sí se les complicó canijos. La gritería. Y no dejaban regresar a los vestidores al Átomo, él y el Murciélagos siempre hacían de las suyas, pero se encontraron un zapato de su horma. Quería quitarse a la gente de encima, meterse rápido a los vestidores, pero tenía que responder con honor a esa petición que estaba haciendo Ciclón Veloz (los ciclones siempre son veloces, si no, se convierten en tormentas tropicales). Ese día la pelea terminó como 10 minutos antes (por casualidad, pero con los otros cinco de la alegata, se acabó igual que siempre), la gente no se salía, habían robado al bueno de la película y tenían que responder como los hombres (bueno, también había luchas de mujeres).

—Ahí te hablan, buey. No te hagas menso, súbete y contesta si vas a luchar máscara contra cabellera, o le vas a sacar al parche.

No, no, no, seguía haciendo la seña el réferi con la mano como una ola.

—Tú no te metas, baboso, todo fue por culpa tuya, porque te haces pendejo, le robaste la pelea. Que pelien (Real Academia de la Lengua Acatiquense) la semana que entra y que pongan a otro, que no dejen subir a ese vendido.

—No, no voy a pelear con éste —por fin subió, no lo dejaban irse al vestidor—, aquí le gané y siempre le he ganado. Si quiere luchar conmigo, que se vaya enseñando. Nunca la ha podido.

—¡Buuuuuu!, ¡rateros!, ¡rateros! Éntrale máscara contra cabellera si eres tan hombre.

—El siguiente martes a la misma hora, en el mismo lugar, pero ahora máscara contra cabellera. No juegues con juego.

—¡Sííííí!, ¡que cumpla!, ¡que no sea zacatón!

El que más participaba diciendo que no, era el réferi. Lo querían linchar.

—¡Pues tantas ganas trais, órale! Nos vemos el martes para quitarte la cortina de vecindad que traes por máscara.

—¡Cállese, pinche pelos de sobaco de húngara! La semana que entra se te cumple para que te quiten tu chinchero —como característica aparte, los rudos generalmente eran muy feos, hubo un caso en que lucharon dos de ellos y le dijo uno al otro: “me tragas o te trago”.

La euforia total, el martes sin falta, ahora sí se puso buena la cosa. Hubo ocasiones que daban por tablas la pelea, pero no podían hacerle otra afrenta al público.

Ahora sí, a dormir a gusto. Aunque perdió nuestro gallo, todos quedamos conformes porque la revancha iba a

ser de recuerdo; nunca faltábamos al programa de lucha libre, el siguiente martes con mayor razón. Ahora quedaba el único pequeño inconveniente de pasar corriendo y con los ojos cerrados enfrente del atrio. Ahí sí que no había cómo sacarle. Era muy bueno ir acompañado de amigos que vivían por el rumbo, y así, si se nos aparecía un muerto, no nos iba tan mal, pero cuando tocaba ir solo... ¡Ave María Purísima! Yo corría con los ojos cerrados, pero un pedacito nada más, los abría para estar seguro de ir bien y luego los volvía a cerrar, eso sí, sin dejar de rezar, porque ésa era la mejor defensa, ¿cómo se arrima un muerto si está uno rezando? Nada, son muertos, pero no mensos.

En toda mi vida de fanático nunca vi gente tan chueca como un par de enmascarados que se hacían llamar los Gemelos Diablo, y sí, deberían ser hijos de la misma madre porque eran tramposos, aventajados, tenían comprado al réferi, ganaban en raras ocasiones, pero nunca a las buenas. ¿Esa gente no se confesaba? o ¿cómo le hacían? Un amigo me abrió los ojos tiempo después, él traía un conflicto y le aconsejé que contratara un abogado.

—¿Un abogado? Son como los luchadores, arriba se pelean y luego se salen juntos a cenar.

La fiesta



Los prolegómenos de la fiesta empiezan antes del novenario, aparecen vendedores de ropa, sábanas, cobijas, cuchillos, franelas y todo lo que se pueda uno imaginar. La gente del rancho baja a hacer las compras (nótese como excepción que no solamente los del Barrio de Arriba bajábamos) porque teníamos que estrenar todo lo que lleváramos encima el Día de la Candelaria. Para atraer a la gente, uno que traía un micrófono redondito exactamente debajo de la nariz (no los he vuelto a ver, se habrán descontinuado), era el que hablaba toda la mañana, se escuchaba muy mormado, seguramente porque el aparato le apretaba, empezaba con un número especial. Todos ya sabían de qué se trataba el negocio, pero al principio traían siempre una cosa diferente:

—¡Pásenle a ver qué es lo que hace el sudor de las personas! Esto que les voy a mostrar, se pasó en un laboratorio por siete centrífugas y coladeras; se separó esto, que es el ácido más fuerte que hay en el mundo.

Luego, dejaba caer unas cuantas gotas en el cemento y se veía burbujear.

—¡Vean lo que hace el sudor humano! Primero lo destilan y luego lo pasan a las centrífugas. Es muy peligroso hasta el transportarlo, yo traigo un frasco muy resistente para mostrarles lo que hacen los laboratorios.

Ya con eso se atraía a los mirones que, de igual manera, nos íbamos a acercar, pero siempre había una especie

de tiro de calentamiento. El Güero Alicate, que vivía en el rancho y bajaba solamente los domingos a misa o en las épocas de fiesta, le explicó muy impresionado a su patrón en turno en su trabajo de dispensador de abono (para estas faenas se contrataban niños para ahorrar en salarios):

—Oiga, ¿no vio el domingo a esos que venden cobijas y sábanas en la plaza?

—No, no los vi, pero siempre hacen lo mismo.

—No, ahora no, traían un muñequito de trapo, así chiquito, ¡bueeeeno pa' hablar!

—Los muñecos no hablan.

—¡Sí!, ése levantaba las manos y decía: “amiguitas y amiguitos”.

Los vendedores, que traían largos camiones, hacían las ventas del año, su trabajo era visitar todos los pueblos en las vísperas del novenario del santo patrono y seguían los mismos trámites:

—Por 50 pesos te voy a dar esta cobija y esta sábana y este pañuelo, y mira, también te voy a dar esta franela. ¡A ver chamaco!, ¡aviéntame otra sábana!, les voy a dar todo este molote por los mismos 50 pesos, aunque se enoje el viejo pelón de la fábrica.

Cada quien iba comprando sus bultos para los estrenos, principalmente la gente del rancho. Los del pueblo, iban a Tepatlán, a Zapotlanejo o Guadalajara. Ya cuando empezaba la fiesta había palenque de gallos, traían puestos con sus ventas de artesanías, para jugar al tiro al blanco, para tirar aros y ganarse cajetillas de cigarros, las ventas de churros, *pancakes* (sabrosísimos y, sobre todo, muy buenos para descomponer el estómago); la rueda de la fortuna, las sillitas voladores, el volantín y las cantinas en la plaza. Como no había sanitarios, tenían un tambo de 200 litros cortado a la mitad y rodeado con una cortinita que no dejaba nada a la imaginación. Y los cohetes, claro, des-

de las 6 de la mañana con su leve susurro nos despertaban. Las fiestas de pueblo son bárbaras, siempre hay tragedias. Conozco a tres amigos que perdieron varios dedos por recoger los palitos de los cohetes que no habían explotado, y coincidiendo en esas lamentables ocasiones en el peor lugar, en el peor momento y en la peor acción: cogían el palito y ¡PUM!, ahí explotaban. Mal negocio.



Piñón, el cácaro del cine, era el que hacía todos los Micky Mouse del pueblo: era relojero, electricista, cácaro (como ya habíamos dicho), pintor, cerrajero y lo que se necesitara. Algunos años, yo recuerdo serían tres o cuatro, algo arreglaba en la torre del templo, debió de haber estado en

su momento de campanero, porque cuando iba entrando la procesión al atrio, Juanito Cordero, en su papel de cohetero (siempre venían de fuera, pero debíamos consumir lo que el país produce, entonces el muchacho incursionó en esa nueva faceta, y yo creo que era muy amigo de Piñón –o muy enemigo–), le apuntaba los cohetes y ¡pum! Ahí va uno, ¡pum!, ahí va otro. Todos los enfilaba para donde se escondía Piñón.

—Hijo de la tostada, casi me pega el canijo —platicaba Piñón cuando bajaba de la torre.



Era gente de antes, de esa que no tenía un diccionario con majaderías. No con impropiedades, pero sí tenía su propio lenguaje, hace más de 50 años se escucha a alguien decir:

—A ver si chapulinea la cachanfrana, como dice Piñón (ambas palabras fueron aceptadas para incluirse en el

diccionario por la asamblea de la RALA en su sesión vigésimo-sexta del año 1972).

Y Juanito, el que le aventaba los cohetes, sería bueno para esa función, pero malo para diferenciar los animales. Le ofrecieron en venta un cócono.

—¿No te interesa? Mira, para que te hagan unos tamaños sabrosos, no hay mejores que los de cócono. Tengo uno grande así, de este tamaño, y te lo vendo bien barato.

—Pues vamos a verlo.

Entraron a un corral y lo anduvieron correteando sin éxito por buen rato. El vendedor agarró una cócona y le dijo: “aquí está tu cócono”. La madre del vendedor hacía señales de que no, que no era macho, que era una de las hembras, que son más pequeñas. “Sí, aquí está tu cócono.” Cuando iba pasando por la plaza, le preguntaban los amigos:

—¿A dónde llevas esa cócona?

—¿Cócona? ¡Baboso!, es cócono.

Con la instalación del volantín a un costado de la plaza muchos disfrutamos, o medio disfrutamos. El de la voz (como dicen en los juzgados) tropezó con la misma piedra alrededor de 4 años consecutivos. Mi tío conseguía pases con la promotora (así le decían al viejito que ponía los fierros de la rueda de la fortuna, del volantín y de las sillitas voladoras. “Ahí va la promotora”, decían cuando se le veía pasar. “Atracciones Valadés”, para ser más preciso). Con el pase impreso, teníamos derecho a subirnos hasta cuatro personas en cada juego. Nos pedían ser prudentes y evitar utilizarlo en eventos continuos. Nos recomendaban:

—Se suben cuatro a la rueda de la fortuna, al terminar el turno (de cinco minutos más o menos) se bajan y se van al volantín; al terminar se van a las sillitas voladoras y luego pueden ir de nuevo a la rueda de la fortuna.

Eso era suficiente para disfrutar y hasta para vomitar, hecho que era muy probable y lo practicábamos frecuen-

temente. Nos recomendaban invitar a Silvia y Sara Lomelí, y eso hacíamos, pero ellas eran muy vergonzosas y nosotros un poquito más (nosotros, éramos mi primo y yo; de hecho, él era el portador del pase siempre). Íbamos con mucha ilusión, y a la media hora ya estábamos enfadados (léase: vomitados), y listo, a dedicarnos a otras cosas.

—¿Qué tienes mijo?, pareces matado de rayo —me dijo un señor cuando me vio todo descolorido y con los pelos parados.



Generalmente iniciábamos los cuatro, pero las niñas se despedían pronto y nosotros lo “lamentábamos mucho”, y entonces le seguíamos nosotros solos. Luego a los churros, a los *pancakes* (ya dijimos, muy buenos para el estómago, especialmente para el cultivo de lombrices). Después, nada, a sentarnos a una banca.

—¿Quieres el pase?

—No, gracias, ya me enfadé.

¿En qué consistió eso de tropezar con la misma piedra? Pues nada, que el niño, pudiendo subir gratis a todo el complejo de la promotora (el viejito pues), hacía cola para entrarle a empujar el volantín. Recuérdese que no había energía eléctrica hasta 1967. Entonces, cuando iba a iniciar el complejo a funcionar, escogían a los primeros que podían empujar las varillas con que se hacía girar el volantín. Y ahí va el menso. El cobrador elegía quién era aceptado y quién no; a los que no le podían entrar en la primera ronda, podían esperar fuera, y cuando se enfadaba alguno de los voluntariosos trabajadores, se le podía sustituir. Cuando me tocaba, ya sabía el trámite.

—Una recia y luego se suben —decía el cobrador. Le empujábamos y ya con vuelo el volantín, nos podíamos subir y disfrutar del paseo.

Las madres son sabias. Decía la mía:

—Cuando Dios hizo a los pendejos, tú saliste con el estandarte.

Otra de las atracciones que tenía la promotora, y que no consistía en subirse a un juego, eran las Dedicatorias de Melodías. Se cobraba un peso y cada quien podía elegir canción y decir para quién iba dirigida. Había un homosexual salido del clóset desde muy pequeño, el más famoso, porque en todos los pueblos siempre es uno de ellos el que mejor representa al gremio. Él era uno de los principales receptáculos de las dedicatorias. Otro, era la Virgen de la Candelaria, muy propio para un buen análisis de psicología social: “Ahora, de parte de un joven que no quiso dar su nombre, *Volver, volver* para Toño de Logio”.

—La siguiente melodía está dedicada a la Virgen de la Candelaria, de parte de Simón Hernández, *La eché en un carrito*.

Bueno, la canción les gustaba y al pagar por escucharla cumplían un doble propósito, que se oyera su nombre en público y reafirmar sus creencias.

—Tánatos señores, Tánatos —decía don Sergio.

—La siguiente melodía va dedicada de parte de Sergio el de Tacha para Toño de Logio, *Grabé en la penca de un maguey tu nombre*.

—De parte de Ramón *la Guayaba* para la Virgen de la Candelaria *Me caí de la nube en que andaba*.

Y el Ramón se pavoneaba, las muchachas lo chuleaban:

—Ya oí Ramón, dedicaste una canción.

En una celebración como ésta fue cuando le dispararon a Abelito, ahí en la plaza. Corrían todos, sin rumbo, no sabían a dónde, por instinto sabían que tenían que correr. Chocaban, gritaban, lloraban. El señor que hacía mover la rueda de la fortuna corrió. Los que estaban arriba no podían bajar. ¿En esas circunstancias cómo se iba a pensar ir bajando a la gente de cada canastilla? Y si se hubiera podido, el nerviosismo colectivo sería el mismo porque tenían que esperar tres o cuatro largos minutos el turno para bajar.

—La voráGINE —dijo don Pancho.

—¿El aboríGEN? —preguntó Chava el Calandrio.

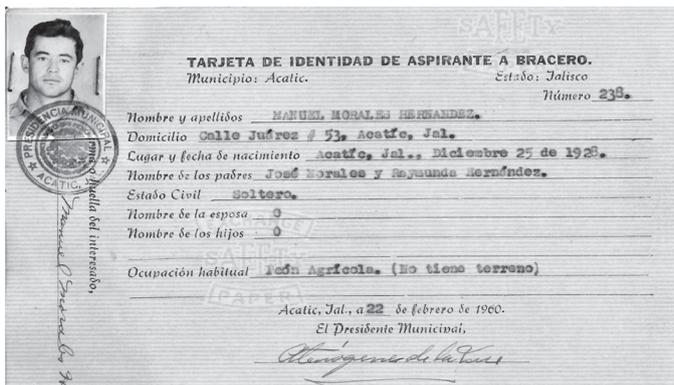
—A estos pobres muchachos bien les pueden robar los dientes postizos como a don Emeterio y ni cuenta se dan —remata don Pancho.

El palenque es otro espacio constitutivo de la fiesta de La Candelaria. Se renta una bodega cercana a la plaza para atraer más público, se instalan tablones a manera de bancas alrededor del círculo donde se sueltan los gallos para las peleas. Los pueblos alteños tienen una amplia y antigua tradición migrante, no hay familia en la que no haya trabajadores que van y regresan a Estados Unidos,

o que se hayan quedado a vivir allá dividiendo la estirpe. Cuando inició el Programa Bracero en 1942, y hasta 1964, los jóvenes que así lo quisieran se podían registrar en el Ayuntamiento y luego eran llamados, se les informaba que habían sido aceptados en una primera etapa, y la segunda consistía en asistir a un Centro de Contratación; a los de Acatic les correspondía Nogales, en Sonora. Se despedían de la familia, en su mayoría estaban casados y tenían familia pequeña; se les daba preferencia a los jóvenes, porque las faenas eran muy pesadas. Hay gran cantidad de testimonios que describen las dificultades que enfrentaban, jornadas de más de 10 horas, trabajos muy extenuantes, como lo era la utilización del azadón chiquito para separar la maleza del cultivo, y debían hacerlo agachados todo el día. Si se utilizaba el azadón normal “se perdía en calidad del trabajo”, era mejor que las manos estuvieran muy cerca de lo que se debería ejecutar. En el Programa Bracero se contrató a muchos trabajadores de la época, algunos de ellos adquirieron la nacionalidad estadounidense, otros regresaban cada nueve meses y otros más no volvieron a ir al país del norte. En 1964 terminó la contratación y los nuevos migrantes ingresaban de forma ilegal. Es bien sabido que las cantidades de trabajadores fueron mucho mayores en la “Etapa Ilegal”, que durante el Programa Bracero en el que se firmaron más de 4 millones y medio de contratos individuales. Con estos antecedentes es común escuchar en el palenque:

- What are you doing?
- What 's up?
- M'hija, tráeme dos sodas.
- ¿Quiere sogas?
- So-das, so-das, refrescos. Dos Pecsicolas.
- Oye, tú eres norteco, ¿sabes hablar inglés?
- Yes.

- ¿Qué quiere decir estriptis?
 —Quiere decir encueramiento.



Cuando se terminaban las fiestas, los puestos que vendían chucherías se quedaban unos días más. Mi amigo Chepe me dijo:

—Mira, escuché al señor del puestito que ya se va pasando mañana y tiene unas navajas muy bonitas, pero valen 10 pesos, si te las vuelas, te doy cinco por una y te quedas con la otra.

—Sí, como no... ¿y si me meten al bote?

—Tú nada más corres... ya se va, ni modo que se quede otra semana para saber quién se las voló.

Pues me la pensé toda la noche. El señor estaba siempre muy atento, no las podía uno coger a la descuidada, tendría que ser algo más atrevido. Los cinco pesos y la otra navaja sí valían la pena. Pues me aventé. Nos pusimos de acuerdo.

—Yo le saco plática, tú las agarras y corres.

—¿Y tú?

—Yo corro para el otro lado, no va a saber ni para dónde darle. Y al otro día, adiós, hasta el otro año.

—Pues le entramos —él, como dijo, le hizo plática; yo, como quedé, agarré mis dos navajas (bueno, las navajas del señor); yo, como dije, corrí; él, al contrario de como quedamos, no corrió. Ave María Purísima. Salió el señor (luego me platicaron), agarró de la mano a mi compinche, lo llevó a la Presidencia y explicó lo del atraco.

—¿Quién es el muchacho?

—Pues fulano de tal.

—Vamos.

Yo estaba cenando un plato enorme de frijoles, deseando que nunca se acabaran, cuando escucho tocar la puerta.

—Señora, su hijo se robó unas navajas.

—Muchacho, ve y busca a tu hermano, ya hizo otra travesura.

(Que se lo lleven, sirve de que yo la libro... —pensé.)

—No, dijo el policía, fue éste.

—Ufffff ¿Y si las devuelvo y ya?

—Señora, nos lo tenemos que llevar.

—No, aquí están sus navajas, y si algo hace falta yo voy después a la Presidencia, pero al muchacho no se lo llevan.

¡Bravo! Hizo bien mi mamá, yo me hubiera muerto del miedo si me hubieran encerrado en la cárcel como a mis amigos cuando sacaron el patito de la Presa de Lino.

Mi castigo fue limpiar el gallinero. Era una tarea para tres o cuatro, pero el mío era castigo, no premio. Ni modo de regatear.

Yo no la veía tan difícil. Aunque todo es difícil, a lo que más temía era a las penas del infierno. El padre Sebastián nos explicaba cuando íbamos a los Ejercicios de Cuaresma para niños, que Dios le había dado permiso a un escritor italiano (Dante) para que visitara el Infierno y

se diera cuenta de lo que había ahí: ¡No, no, no! Lumbre, caca, lamentos, gente mala ahí refundida ¿Cómo iba a ir a dar yo ahí por un par de navajas?

Después de este breviarío cultural, sigo con la presencia de norteños: mucho se paga en dólares y fuera del palenque se contrata música de banda para que las muchachas vean quién es el que va a sufragar. Cuando le gusta a uno la música y escucharla fuerte, se puede poner audífonos, pero lo que importa es saludar a los que pasan, como diciendo: “a mí me gusta esto”. Se organizan los bailes en la calle. En los días más importantes de la fiesta, el día primero, el dos o un domingo anterior, las bandas tocan juntas unas con otras, no importa, lo más interesante es que se sepa quién está pagando. Remesas Prestigio se llaman.



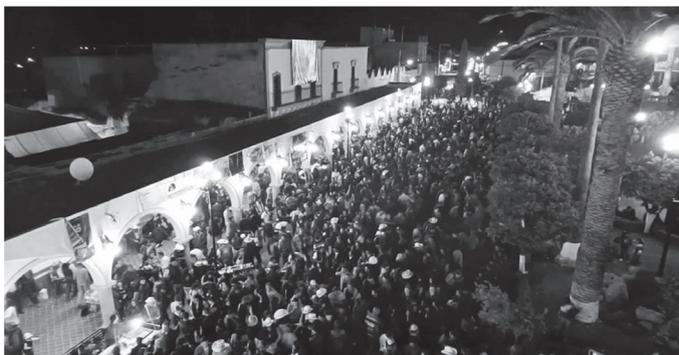
Ésos son los mejores momentos para saludar y encontrar amigos de la infancia que se quedan por largas temporadas o ya hicieron vida allá. La cereza del pastel son las Mañanitas a la Virgen, hay misa de gallo a las 12 de la noche del día primero, es decir, los primeros minutos del día dos se empiezan en el templo con música; ahí también es impor-

tante que se vea quiénes pagan para que se cante dentro del templo. Por supuesto que a no pocos se les pasan los tragos, pero ya no es tan vergonzoso, los llevan a su casa y punto, antes, cuando los hijos de don Pedro el de las Amapolas iban por él, estaba tan lejos que lo tenían que subir en una carretilla con rueda de fierro que hacía mucho ruido y todo mundo se enteraba de que ya lo llevaban. A don Pedro el del Tajo, decían las malas lenguas que su esposa lo buscaba cuando andaba borracho, pero no para llevarlo a su casa, nada más para rociarlo de DDT (cuando se pensaba que no hacía daño) para que no se mosqueara en alguna banqueteta.

Muchas familias no contarían con recursos para la vida diaria a no ser por las remesas que llegan a las casas. Los días del festejo de La Candelaria son apropiados también para que los jóvenes que ahorraron de su trabajo compren una casa, un lote o ganado. La vida no se explicaría en Acatic de no ser por los recursos que llegan de los hijos ausentes; ellos tienen un día apartado en el novenario, se pagan el castillo, los ornamentos en el templo y la música, se acostumbra hacer una Procesión desde el Crucero que es donde entronca la salida principal del pueblo en la carretera de Tepatitlán a Guadalajara. Es el momento propicio para que las muchachas vean las camionetas, las motocicletas y a los migrantes que las manejan, bueno, y hasta a la Virgen. Se acostumbra llevar de visita a Estados Unidos a la “Peregrina”, una versión más pequeña que es llevada en procesión el dos de febrero. Los hijos ausentes se turnan para recibirla en sus casas por tandas y para llevarla a diferentes poblaciones, principalmente en California.

Hay de todo en la viña del Señor. Los migrantes toman muy diferentes caminos: los ahorradores que mandan remesas para que vivan los que se quedan; los que compran bienes; algunos se dedicaron a las drogas y están en la

cárcel; los que ya hicieron vida allá y no regresan; los que cambian de religión. El mosaico es muy amplio. Al final, el saldo es positivo, creo que gran parte de la economía en el pueblo debe su crecimiento al dinero que con muchos trabajos envían los norteros.



La Barranca



En el mismo Río Verde donde se instaló la planta hidroeléctrica en Támara, hay muchos lugares para visitar y traer mangos, ciruelas, guamúchiles y aguacates. Hace un siglo había una buena cantidad de habitantes dedicados al cuidado y la explotación de las huertas, pero desde esa época hacia acá han venido en detrimento. El inicio de la diáspora fue la fiebre española. Platicaban don Pancho y don Sergio que era frecuente ver pasar las carretas cargadas con varios difuntos de la barranca hacia el panteón.



En la actualidad, que ya existe un camino en el que pueden transitar camionetas y bajar hasta el río, han aumentado

las visitas para bañarse y traer frutas. En el bordo de la barranca, donde está el principal acceso, vive una familia en la que han quedado solamente las señoras, los varones hace mucho que cambiaron su rumbo. En una ocasión salieron a cuidar lo suyo porque un grupo de “cazadores” entró de visita a sus propiedades.

—¿Por qué no se van a tirar balazos a otro lugar? En nuestra propiedad no.

—¿Pues como cuánto vale su pedregal? —dijo uno de los visitantes.

—No tienes para comprar un kilo de carne, ¿podrás comprar un rancho?

El caso es que usaban escopetas “pisponeras” muy artesanales a las que le retacaban papel periódico prensado y al disparar provocaban incendios. Ése era el motivo por el que las solas pero aguerridas señoritas cuidaban lo suyo.

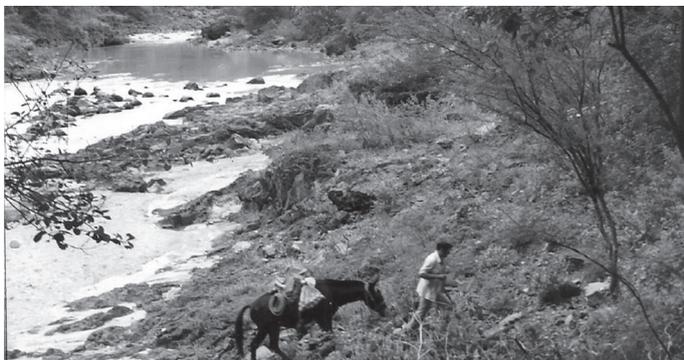
Para cualquier acatiquense es obligación conocer la barranca, al menos el lugar más accesible y cercano al pueblo: las Huertas, ahí se puede uno bañar en el río en el lugar conocido como “el Romance”, el verdadero nombre es El Remanso, pero se ha cambiado, como en otros lugares: en España se le dice Mérida a una ciudad bautizada como Emérita; también Zaragoza es una tergiversación de su original César Augusta. Los profesores de la primaria nos llevaban (a la barranca del Río Verde, no a España).

—Si te ahogas, te pego —decía el profesor Daniel cuando los más traviosos echaban un clavado al río recién llegábamos—. ¿Quién va a juntar leña para calentar los tacos?

—Todos.

—Todos y ninguno es lo mismo, digan quiénes se comprometen.

Comíamos mangos en cantidades industriales, bastaba estirar la mano. Llenábamos dos bolsas cada quien para llevar de regreso. Y todos los íbamos tirando a los



cincuenta metros del inicio; el gusto nos duraba poco, el ascenso es muy difícil y más cuando se cargaban kilos extra. Cuando salíamos de nadar, descansábamos acostados bajo los árboles de mango. El *Yumbo* dijo en uno de esos descansos con la panza para arriba:

—Yo estoy como don Abraham González, desde aquí no alcanzo a ver mis propiedades.

Y era muy propio para hacer reflexiones, siempre había muchos visitantes. El loco de don Severo se quejaba amargamente porque uno de los pretendientes de su hermana tenía inclinaciones de poeta, pero a él no le satisfacía mucho el saber que un muchacho, en ese tiempo y en ese pueblo, se extasiara expresando:

—Amo la Luna desnuda —o también—: a pesar de que hay luna nueva, el césped está candente.

Eso como que no iba con lo varonil que se requería para que una mujer fuera atendida en un pueblo rural como el nuestro.

En los años sesenta, los arrieros llevaban en recuas de burros cajas de mangos, mangarinas (no mandarinas, es una especie de naranja con sabor más a lima que deja manchadas las manos de un color amarillento difícil de borrar. Tienen un sabor muy especial, se aprecia mucho

esa fruta), aguacates de aceite, ciruelas y guamúchiles. Al guamúchil se le conoce también como guámara, cuando nos llevaban de paseo de la escuela, un compañero que conocía poco de la flora dijo:

—Ya vamos llegando, ahí se ven los guámaros.

Don Chema Rubio fue un representante genuino de la vida, el trabajo y las tradiciones de la barranca del Río Verde. Ahí nació y tenía una huerta de la cual llevaba semana tras semana, año tras año y durante más de medio siglo, la fruta que varias generaciones disfrutamos al comerlas; tenía su casa con un local de venta en la esquina frente al templo. Fue testigo de las muertes sufridas cuando la gripe española y sus ingresos los fincaba en la explotación de su recua. Tenía una voz muy ronca y fue muy religioso toda su vida. Dicen que en misa, tal vez todavía dormido, cuando el padre dijo: “Levantemos el corazooón”, él contestó: “Lo tengo levantado desde que me levanteeeeé”.

Don Marciano Raygoza fue también propietario de una recua de burros éticos, serían unos diez, y cuando iba entrando al pueblo con sus animales, muy hambrientos, que veían cualquier especie de manojito de zacate, se salían de la manada y hacían el intento por comer.



—¡Míralo, burro cabrón, en las puras guzgueras piensas!

Las recuas no solamente sacaban la producción de la barranca, que luego se comerciaba en otras poblaciones, sino que buena parte de su labor era proveer de leña, de carrizo, de raja o de pasojo (estiércol de burro) a los hogares. Los fogones se encendían con leña, pero se iniciaban con raja porque era más fácil empezar a hacer la lumbre; se prendía un pedazo de raja (seca, por supuesto) y cuando hacía brasa se le hacía “casita” de marañas (que siempre conocimos por “varañas”) primero y luego de madera “prende el Jogón”, decían las madres de familia. El pasojo servía para la producción de ladrillo, cuando se “rendía el barro”, con los pies se le agregaban las heces de burro y servía de “amarre”, luego se construía el horno y se quemaba para su etapa final. El carrizo servía para hacer zarzos que hacían las veces de refrigeradores antes del uso de la electricidad: se hacía un tendido en forma de cama, de aproximadamente un metro por metro y medio, se entretejía con lazos de ixtle y se colgaba de un murillo del techo que pendía, primero de una sola punta, y luego se dividía en cuatro que se ataban en cada una de las esquinas de la tarima del carrizo; ahí se conservaban los quesos, el chorizo, la carne, si había golosinas, también. Ahí quedaban fuera del alcance de los animales domésticos, de los roedores y de los niños.

Por eso cuando se introdujo la electricidad, la vida cambió totalmente. Los avances tecnológicos provocan cambios culturales en todos los rincones de la vida. Con la aparición de los refrigeradores y las estufas, la vida cotidiana se transformó totalmente. Los burros se pusieron en peligro de extinción, se dejaron de comerciar la leña y los carrizos, y el excremento de vacas y burros no se vendió más. Aparecieron los electricistas, los técnicos en refrigeración, los reparadores de lavadoras y hasta los molcajetes

tuvieron que despedirse del paisaje social. Ya nadie sabe qué es un tejolote (mano del molcajete). Mención aparte merece la tradición de llevar el nixtamal al molino. Todas las mujeres responsables de familia tenían que desgranar mazorcas para poner a hervir cuatro litros de agua por cada kilogramo de maíz, además, aproximadamente 10 gramos de cal. Cuando empezaba a hervir y se despegaba el pellejito del grano, quería decir que ya estaba listo, se dejaba enfriar y se lavaba cuidadosamente para que no quedaran residuos de cal. Cuando se ponía de color rojo y no se le quitaba fácilmente el pellejo, se debía agregar cal, o cuando la cal ya era “vieja” se necesitaba agregar en mayores proporciones. Ya tarde, casi anocheciendo, se llevaba el nixtamal al molino. En Acatic había dos, y muy temprano por la mañana, a eso de las cinco, las señoras recogían su nixtamal ya molido y convertido en masa para hacer las tortillas (aplaudidas, les decían) en el fogón de raja, ma-raña y leña con su comal de barro o de lámina. Cuando se quería ofender a alguien se le decía: “¿vienes del molino, vieja mitotera?”

A finales del siglo tuvo lugar otra transformación de manera subrepticia. Las casas de los ranchos, y en especial de la barranca, se fueron deshabitando y la población se fue congregando en la cabecera municipal. Todas las actividades que se hacían en los ranchos: la ordeña de vacas, la crianza de ganado de carne, las actividades avícolas, la producción porcícola y la agropecuaria, las realizaban los rancheros, la gente que producía, vivía y comía en el rancho. Ahora viven en el pueblo y salen por las mañanas a realizar esas labores, la mayor parte de ellas como empleados de grandes empresas, no como propietarios.

El bordo del Carricillo



Entre los años cincuenta y sesenta se iniciaron los trabajos de construcción de un bordo ante las crecientes necesidades de agua para la población. El señor cura Ramos lideró la última parte de las actividades y mandó llamar a todos los habitantes del pueblo: los de los ranchos y los de la cabecera. Se necesitaba agua entubada porque la producción natural de los pozos se tornaba cada vez más insuficiente. Al llamado de la Iglesia no se podía decir que no, y menos en voz de un líder carismático. Organizó lo que él llamaba “las faenas” y que consistían en organizar grupos por rancho, barrio, o por afinidad. Se compraron picos, palas y carretillas suficientes para ir excavando las zanjas que se requirieran para traer el agua rodada desde el Carricillo hasta la población (alrededor de cuatro kilómetros), y luego construir la red interna en las calles principales.



Antes, con cien carretas y doscientos bueyes se había trabajado por mucho tiempo y con mucho esfuerzo en construir una represa que contuviera el afluente del arroyo del Capadero. Al final de la etapa ya se podía contar con camiones de gasolina, con tractores y algún equipo especial. Cuando quedó terminado, se inició la segunda etapa consistente en la instalación de hidrantes en las principales esquinas del pueblo e incluso en llaves para algunas casas. Lo mismo sucedió con la existencia de teléfonos privados: primero se construyó una caseta pública y luego se dio servicio a una veintena de casas.



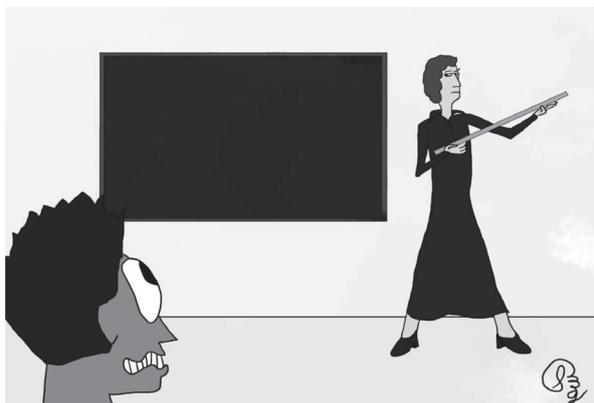
La nieve que venden las Mayoral tuvo su origen en las obras del bordo del Carricillo. Los domingos, cuando don Miguel Ramos juntaba a los trabajadores y les asignaba tareas, don Guadalupe de León preparaba bebidas a base de hielo raspado y almíbar (de jamaica, limón, leche) y se las regalaba a los asistentes. Años después, los hijos de Elías Mayoral y Carmen de la Torre aprendieron a hacer la preparación y pusieron su propio negocio; tienen medio siglo vendiendo la nieve que se originó en la construcción del bordo del Carricillo.

Cuando íbamos a la escuela, nos revisaban las manos, que las lleváramos bien lavadas. En la casa se encargaban de que fuéramos en esas condiciones, pero en el trayecto, jugando canicas, trompo o arrimaditos, las dejábamos en no buenas condiciones. Entonces, antes de entrar a la escuela nos volvíamos a lavar las manos en los hidrantes del agua que venía del Carricillo, el líquido que salía venía con lodo y era un agua colorada con la que no mejorábamos nada. Alguien había recomendado que usáramos unas bolitas de un árbol que al frotarlas “hacía jabón”, pero ni con esa agua ni con ese jabón pasábamos la más sencilla prueba de higiene y nos daban nuestro respectivo varazo en las palmas de las manos. Al siguiente día, bien revisados en nuestras casas, a jugar canicas antes de entrar a la escuela, a lavarnos con agua del Carricillo y jabón del árbol, y otro varazo. En una veterinaria vendían un polvo que se agregaba al agua que se almacenaba en tambos y quedaba cristalina, pero en la parte de abajo quedaba un sedimento lodoso de casi 20 centímetros.

El drenaje tardó mucho tiempo después de instalarse, que el agua del Carricillo. Cuando construyeron la nueva escuela de niños, el ingeniero responsable informó: “Aprovechando que vamos a traer el agua para los baños de la escuela, vamos a meter el Trenaje”.

Antes de la escuela, sería como en 1970 cuando construyeron lavaderos públicos y baños en la parte trasera de la Presidencia. Ahí también pusieron “Trenaje”, debió de haber sido el primero del pueblo. Salía entonces de la Presidencia y desembocaba en propiedad de Alfonso Pérez, en el arroyo que venía de La Villa. Los lavaderos, en su modalidad de comunicación social, vinieron a sustituir en parte las ausencias a la recogida de la masa en los molinos de Ignacio González o de Benjamín Sánchez.

El desarrollo traía, además de cosas nuevas, lenguaje distinto. Y vaya que hacían tanta falta el Trenaje como el agua entubada. En la antigua escuela de niños, la Urbana, Foránea 199, había unas letrinas espantosas cuyo único trabajo de mantenimiento consistía en echar un puño de cal sobre la gran cantidad de heces que se acumulaban. Había siete grupos y cada uno con alrededor de 60 muchachos, ¡vaya que los tres excusados que se utilizaban eran totalmente insuficientes! Cabe la mención de que no sé a razón de qué, caían palomos en el producto de los sanitarios, no podían salir, lo intentaban pero no podían salir, y cuando íbamos a hacer uso del baño, se asustaban y aleteaban esparciendo el producto por todas partes. Mal negocio. Si al de la voz le daba nostalgia recordar el cine Roma y sus aristas, los recuerdos de la escuela por sus sanitarios, sólo me daban náuseas.



Otro de los malos recuerdos era el murillo de la señora María. Se le conocía como la *señorita del morillo* porque utilizaba una tabla muy grande en forma rectangular que hacía las veces de una viga del techo (murillo, pero al igual que el drenaje, se utilizaba una palabra errónea. Recuérdese el

“Romance” en el Río Verde). Con ésa nos sonaba cuando llegábamos con las manos “limpias” con agua del Carricillo y jabón del arbolito. En descargo de lo que hacía con su morillo (que no era un pequeño moro), la señora tenía una forma muy especial de enseñarnos historia.



—¿La Historia es el hombre y su circunstancia don Pancho?

—Mira —a sacar su cigarro, a buscarse el encendedor en la bolsa que sabe que no lo tiene, a “encontrarlo en otra”, a darle tres cerrojazos hasta prenderlo, a darle tres buenas chupadas, y luego—, la Historia son fechas, datos y acontecimientos, lo demás son puros chismes.

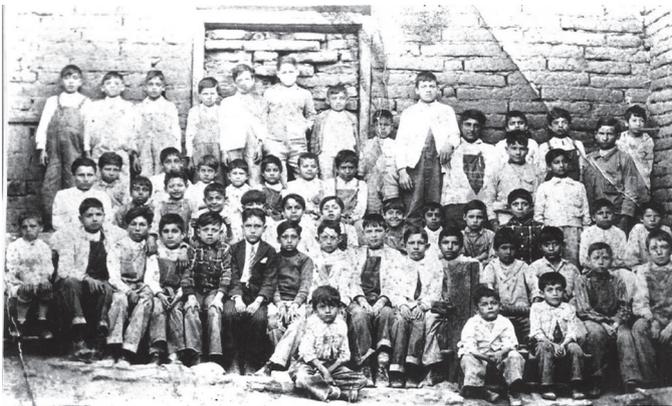
Sin seguir el método de Unamuno, la señorita María tenía una forma muy especial de explicarnos los hechos que dieron lugar a la Independencia de México. Se emocionaba, lloraba, nos escupía cuando hablaba rápido, nos tenía muy atentos y, a decir verdad, eso era exageradamente difícil. Nos explicaba cómo Josefa Ortiz de Domínguez, de origen ibérico, formaba parte de la conspiración que se estaba fraguando en su casa, la del Corregidor de Querétaro. Hidalgo tocó las campanas de Dolores en Guanajuato y llamó a los indígenas a sublevarse contra los españoles que no nos dejaban prosperar, era necesario independizarnos para que México pudiera tomar su camino de felicidad. Lo siguieron muchos, y uno de sus principales logros fue tomar la Alhóndiga de Granaditas, en Guanajuato. Ahí convencieron a un muchacho muy inteligente para que se atara una piedra a la espalda y se fuera a gatas a incendiar la puerta principal porque estaban resistiendo mucho y no era posible acercarse. Ese muchacho, el Pípila, se dejó amarrar una piedrita que le cubría toda la espalda para que no le entraran los balazos. Ése era muy buen ejemplo para nosotros los niños porque nos hacía suponer que podríamos participar en batallas importantes. También nos relataba con su voz entrecortada (y aventando saliva) cómo el Niño Artillero (de ése no se supo el nombre, pero fue más o menos como el Pípila, que entró en razón y luchó por la independencia de nuestro país). El Niño Artillero caminó entre las balas enemigas y encendió la mecha de un cañón que habían abandonado los grandotes porque tuvieron miedo y pensaron que iban a perder la batalla, pero dijo el chamaco “¡¿Que qué?! ¡Nada!, ¡yo les aviento un fogonazo!”, y fue como se ganó en esa ocasión. ¿Y qué decir de los Niños Héroes? No, no, no, el ejército más poderoso del mundo, el gringo, al atacar el Castillo de Chapultepec, el mero centro administrativo y militar de nuestro país, se

quedó avergonzado cuando seis niños se abrazaron a la bandera, se arrojaron al precipicio y prefirieron perder la vida que ver la Patria en otras manos.

Todo el amor y las enseñanzas de la señorita del morillo se olvidaban cuando no cumplíamos con nuestras tareas. Cuando iniciaba el ciclo escolar, recién terminada la época de lluvias, el patio de la escuela quedaba intran-sitable con un zacate muy crecido y tupido. Entonces se armaban grupos de “voluntarios” de cuarto y sexto gra-dos, porque eran los más grandecitos y más apropiados para esas faenas. Se elegían entonces de cada grupo y no asistían a clases normales junto al resto. La señorita María siempre tuvo el cuarto grado y de ahí salían cuatro o cinco “voluntarios”; cuando le tocó al Eques, con inconformidad le entró a la faena, pero cuando se hizo la repartición de los aperos, a él no le tocó nada, entonces regresó al salón y desde la puerta con las piernas abiertas como compás, sin pedir siquiera permiso, preguntó:

—Sánchez, ¿on'tá el azadón?

—¿Qué dijiste insolente? ¡A ver, ven acá! —en ese ca-lendarario escolar, fue sobre Eques que se estrenó el morillo.



En el salón, por las fechas, por la cantidad de pupilos y porque muchos calzábamos botas de hule apropiadas para el tiempo de lluvias, había una mezcla de olores no muy exquisitos. Nos obligaba a quitarnos el calzado a todos y dejarlo en la puerta de la entrada. Aquello recordaba a olores no propios de Ralph Lauren. La señora María tenía como una de sus principales normas, que cuando olía a Teresita (así llamaba ella a los pedos, yo creo que nunca se pudo aprender el nombre), nos pedía de la manera más atenta que pusiéramos las narices cercanas al rabo del compañero que estuviera delante de nosotros. Eso era una verdadera viacrucis, porque se juntaban dos mesabancos para dos estudiantes cada uno, pero nos metía a cinco en el espacio de cuatro porque no había ni suficiente espacio ni muebles. La cantidad era más importante que la calidad. Entonces, con grandes dificultades nos agachábamos todos para alcanzar a oler el espacio cercano a la posibilidad de alcance de un pedo de nuestros compañeros, y luego:

—Éste fue seño.

—Éste también.

—Y éste.



Aunque fuera un evento, resultaban siempre tres o cuatro “culpables” que pretendían esconderse en la multitud para hacer sus fechorías. Era algo así como la época del terror de la Revolución Francesa cuando bastaba un cargo formal contra alguien a quien se le había descubierto que era contrarrevolucionario, para cortarle la cabeza con la guillotina. En esa época, muchos aprovecharon las disputas, cualesquiera que hayan sido, para imputarle delitos a un vecino y cortarle la cabeza: “lo escuché decir que vivíamos mejor con Luis xv que ahora con la revolución”, “¿ah, sí? ¡Pues córtente la cabeza!”.

—¿Ustedes fueron? Sálganse a repartir su olor en el patio. No regresen en 15 minutos. —Más que el supuesto pedo, era la vergüenza de que lo vieran a uno los estudiantes de los otros grupos.

—¿De modo que te echaste una Teresita?

—Cuando salgamos a recreo, no te me arrimes ¡cagado!

Debido a los reclamos de varios padres de familia, se había intentado prohibirle a la señorita María el uso de semejante garrote, y en principio ella había accedido, entonces los primeros días de clases pedía voluntarios para ir al Jaral del *Chango* (no es que hubiera un chango, sino que el propietario tenía ese apodo) a escoger una docena de buenas varas para que nos sonara cuando nos echáramos una Teresita o por algún otro buen motivo. Era común que las jaras elegidas por los voluntarios, se estrenaran en ellos; ahí gozábamos como José Martí:

Gocé una vez, de tal suerte

Que gocé cual nunca: —cuando

La sentencia de mi muerte

Leyó el alcalde llorando.

O cuando el Karma hacía presencia. Había un compañero de apellido Plascencia que tenía la fortuna de utilizar una mesita de madera muy bonita. No compartía espacio

con nadie porque era de su propiedad y era de los principales chimoleros (la palabra chimolero proviene del Latín: chimo = persona que dice; lero = lo que hacen otros; chimolero = mitotero). Cuando sucedía algo, él, que tenía una posición privilegiada al sentarse hasta atrás de todo el grupo y con su espacio exclusivo, decía:

—Fue el Casquillo.

—¿Cuál? —es que había dos Casquillos, eran hermanos.

—El más feo.

—¿Cuál?

Que alguien tomó un dulce que habían dejado en tal mesa.

—Fue el Jilote.

—A ver, Jilote, me vienes para acá —le decía la señorita María con su morillo (o jara) en la mano.

No recuerdo de quién sería la idea, pero en una ocasión en que salimos a las compras antes de ir de recreo a jugar en el llanito frente a la escuela, escribieron con un clavo en la mesa de Jorgito: “chinje a su madre María Zanchez”. La ortografía no importaba, en lo que sí se veía la mala saña fue en que no pusieron, por ejemplo, “la seño del morillo”, o “la que nos escupe cuando nos relata la historia del Niño Astillero”, o algo así, no, no, “María Zanchez”. Ardió Troya.

—Seño, mire lo que dice aquí.

—¿Dónde?

—En la mesa de Jorgito.

—Condenado muchacho, ¿dónde está?

Luego volaron los voluntarios, todo mundo al patio:

—Jorgito, Jorgito, te habla la seño.

Pues que entra Jorgito y lo jineteó la seño del morillo, lo agarró del cabello, lo estrujó fuertemente y se le sentó encima. Esa cualidad tenía la seño, pegaba con lo que había, y si no había, pues con las manos.

—Seño, ¿cómo cree que iba yo a rayar mi mesita? Me echaron la culpa.

—Cállate indino.

Le aplicamos la ley del hielo como una semana, no por habernos puesto de acuerdo, sino para no dar la menor pista de quién había escrito en su mesa. Nos podía preguntar o incluso pedirnos de la manera más atenta torciéndonos una mano. Entonces, todos y sin ponernos de acuerdo, cuando nos lo encontrábamos, pasábamos chiflando y como pateando terrones, volteando para otro lado. La venganza fue dulce.

La discriminación estaba a flor de piel e iba en escalerita. A los que venían del rancho les decíamos “ranchero pajón” y ellos nos decían “tapatío cursiento”. Eso lo recordé mucho en la prepa porque allá nosotros éramos los rancheros y los de Guadalajara los tapatíos cursientos. Mis amigos los norteños dicen que en California se extendía también la escalerita: allá los latinos eran mal vistos, y aunque algunos de ellos fueran citadinos en México.

Los padres de familia, aunque no lo parezca, eran muy rígidos, casi como la señorita. Cuando nos íbamos a matricular (a inscribir, pero antes decían eso, como ahora en los bancos cuando se va a abrir una cuenta preguntan: “¿va a aperturar?”). Sí, vine temprano pero la puerta no estaba aperturada), le hacían saber a los profesores:

—Aquí se lo dejo. Acuérdesse que se lo traje con todo y nalgas, cuando haga algo mal, suéneselo —Y sí, nos bailaban a cada rato.

Tan difíciles eran los padres que en una ocasión yo escuché decir a uno cuando llevó a su hijo a matricular:

—Siempre pasa de panzazo, se queda en la pura rayita. Yo quisiera que estudiara todo, que agarrara una carrera, pero lo voy a seguir observando, si de plano veo que no sirve para nada, lo meto de veterinario.

La Camioneta de Lino



Lino de la Torre fue un hombre heredero que casó con Beatriz, con la misma característica; no tuvieron hijos y con su dinero vivieron con todas las comodidades posibles. Lino compró una camioneta y viajaba a diario a Guadalajara a comprar las mil cosas que le encargaban y a llevar encargos para allá. Sus ranchos estaban cuidados por medieros, sus empresas por trabajadores que él buscaba fueran siempre familiares. Felipe (*Lipe*) de Rosas le pidió que llevara a vender siete chivos que previamente había tratado, los entregó, cobró, y por la tarde, al regreso, ya lo estaba esperando Lipe para hacer las cuentas, bueno, a no hacer las cuentas:

—Mira, Lipe, fueron siete chivos, a siete pesos cada uno, siete por siete son 49, aquí están tus 49 pesos.

—No, no, cuentas claras, amistades largas. A mí hazme mis siete montones de a siete pesos, ¿para qué entrar a discusiones?

Lipe tenía un coamil pegado al panteón y un dicho tan viejo como el mismo Lipe, era el que se decía cuando había una causa perdida:

—Lo mandaron allá para donde siembra Lipe de Rosas.

Al pobre hombre lo convencieron de que comprara una bicicleta: era mejor que ensillar un macho, no se le tenía que dar de comer, no se enfermaba y era fácil de montársele. Bueno, relativamente, porque como el señor



ya estaba entrado en edad, se le dificultó un poco enseñarse. Hubo ocasiones en que venía en su bicicleta muy concentrado y le decían:

—Buenas tardes, Lipe.

Pero al voltear, se destanteaba y generalmente iba a dar de panza en el empedrado. Entonces, sabiamente, cuando iba en su bicicleta y le saludaban, seguía derecho y no volteaba a responder el saludo:

—No soy tu buey, Bermejo —tomó como dicho favorito, y evitó sabiamente las caídas.

Beatriz y Lino tenían muchas propiedades, pero la señora prefería vivir en Guadalajara más que en Acatic, entonces se pasaba largas temporadas en la casa de la plaza de La Bandera y venía al pueblo sólo para eventos especiales. Como Lino iba a diario a Guadalajara, aprovechaba para comer en familia y por la tarde regresaba. En una ocasión le dijo Beatriz:

—Me voy contigo —como ya dijimos, para algún compromiso.

—Bueno, recojo los encargos, comemos y nos vamos en la tarde.

Con la camioneta cargada, cuando cargó gasolina, le dijo Beatriz: “Voy al baño”. Acostumbrado a que siempre iba solo, pues fue y ahí se quedó. Lino pagó y manejó hasta Acatic. Ya en casa, que la esperaban porque había avisado que llegaría:

—¿Y mi tía Beatriz?

—¡Ah, se me olvidó!

Parece que los gustos musicales de doña Beatriz estaban bien fundamentados. Cuando la fiesta de La Candelaria, a la que por supuesto sí asistía la señora, siempre pedía al maricachi que le tocaran la canción *Me importa madre*.

Entre los negocios de la pareja, estaba la venta de gasolina y petróleo en un depósito al otro lado de la casa principal en contra esquina del templo. Por las tardes, cuando esperábamos que iniciara la programación de la televisión, jugábamos a lo que estuviera de moda (canicas, trompo, volados) frente a la casa donde íbamos a pagar para sentarnos a tirar pedos frente a la televisión. Y cuando iba a ser hora, siempre estábamos al alba:

—Ya viene *Chori* con el bote del petróleo.

Y una comitiva de voluntarios enjundiosos corríamos a acompañarlo para ayudarlo en tandas a cargar el bote. Urgía entrar a ver nuestros programas favoritos (o los que escogieran otros, nada más había una televisión). Se procuraba encender el motor lo más retirado posible de la televisión para que el ruido no interrumpiera lo que veíamos. El negocio ese de la venta de petróleo era próspero porque todas las casas, sin excepción, encendían los aparatos de ese combustible para iluminar la casa, generalmente mientras se servía la cena y se rezaba el rosario en familia, luego se apagaba y buenas noches.

En otra de sus facetas, don Lino fue presidente municipal, una obra por la que todavía se le recuerda, fue la construcción de la presa a la salida del pueblo y que lleva

al panteón municipal, “el Nuevo”, que ya tiene más de un siglo. En épocas de lluvia, el cauce del arroyo Colorado era considerable. Don Lino construyó con la concurrencia de muchos voluntarios una presa para evitar cruzar a pie las crecidas, se hizo un puente y en los cimientos se dejó un espacio para colocar maderas y con eso contener el paso del agua. Ahí nos echábamos buenas embarradas de lodo colorado porque había más de eso que agua. Un día, saliendo de la primaria, se organizó un grupo para irse a echar clavados a la presa de Lino, siempre andaba un patito solitario, no sé cómo estuvo que lo mataron y uno de los muchachos nadó hasta el trofeo. Recogió el patito y fue todo un acontecimiento, pero más novedad fue que alguien se quejó porque había muchachos bañándose sin ropa (ni modo de meterse con el uniforme del desfile) y se llevaron presos a los niños. Eran mis compañeros del salón, de 10-12 años de edad, y los encarcelaron como a cualquier delincuente. (Fragmentos del *México Bárbaro* de Kenneth Turner.)

Las idas a Yahualica



Cuando empezaba a hacer calor, se organizaban grupos de vecinos y profesores para llevar alumnos a las albercas del puente de Yahualica. Todo un acontecimiento. A nosotros, que nos correspondió acarrear el agua en burras desde cinco cuadras a la casa y varios viajes, no sólo uno, ver cómo entraba aquel exceso de agua a las albercas (la grande, la mediana y la chiquita) y luego salía hasta juntarse con el río, se nos hacía algo verdaderamente fuera de serie. Además, poder echar clavados en competencia con los amigos, era como ir a Disneylandia. El transporte, claro, era una troca grande de redilas, de las que llevaban el ganado. El periplo y sus intrínquilis ya bien conocidos. Teníamos que cooperar de a como tocara y ahí no había de que no traigo o luego te pago. Porque, como todo, había algunos que no le daban agua ni a un gallo retratado. Al llegar a la gasolinera de Yahualica a llenar el tanque por trámite, porque el agente en turno (había una caseta de la Policía Federal enfrente), se acercaba a revisar, se le entregaba la cuota y él se percataba de que el camión iba vacío. De ahí, derecho (bueno, no derecho, había muchas curvas) hasta el rancho Nido de Águilas, que es por donde se entraba al bañario (decía el amigo Javier que si había baños, era bañario, así como las cosas que se ponían en las axilas para evitar el olor, eran desolorantes). Pues se llegaba al bañario, se pagaba la entrada por persona, se utilizaba el vestidor y,

de ahí, derecho a la alberca (a cualquiera de las tres, de acuerdo con las preferencias). Al bajarse, un poco de sufrimiento, sería por las curvas, por el olor a combustible o por rancheros, pero hacíamos fila para vomitar. Pasando ese inconveniente: a disfrutar de la vida.



Además de bañarse en alberca, la comida, ¡uff, la comida! Nos arreglaban lo que íbamos a consumir y como no íbamos a preparar, nunca faltaban (mejor dicho, no había otra opción) la lata de sardinas y el Pan de Agua o, en su defecto, Pan Bimbo, y para tomar, una Pepsi. No puedo decir qué era lo que más disfrutaba de las dos cosas tan especiales: bañarse en la alberca o comer sardinas con Pan de Agua. Además, algo inconfesable, veíamos a las muchachas en traje de baño, ésa era la única posibilidad en todo

el año que teníamos para regocijarnos. Por la tarde, ya cansados y con la panza como de vaca, subíamos a la troca y no queríamos que nadie se nos acercara, lo quemado del sol duraba una semana y dolía todas las noches. Llegando al pueblo nos decía el padre Pancho:

—Parecen cucarachas pisadas.



Todos los años era similar, si íbamos con los compañeros de la escuela, los que iban a fastidiar, fastidiaban; los que gozaban más de comer que de nadar, antes de bajarnos de la troca ya se habían echado su lonche, y por la tarde a conseguir aunque fuera de a poquito con los cuates. Los que se iban a descalabrar, se descalabraban. Siempre había a quien le abrieran su alcancía. El de la voz, por desconocimiento, pisó unas brasas que ya se veían apagadas, y valió gorro, se me ampollaron las plantas de los pies y no disfruté como en otras ocasiones. Entonces a agregar: los

que iban a pisar brasas, a pisar brasas. Pepe aseguraba que nunca había ido al puente de Yahualica.

—Claro, vinimos el año pasado y el antepasado.

—No, yo nunca he ido al baño a Yahualica, nada más al Saltillo y a la Cofra.

—Que sí has venido, nos trajo el profe Daniel las dos veces —y cuando llegamos dijo:

—Ah sí, ya me acordé, aquí me ahogué el año pasado.

Bañarnos en el Saltillo era más silvestre. Había piedras, ramas con espinas, nos salían a veces culebras que, aunque no eran mortales por necesidad, sí nos asustaban mucho. Luego, a Yahualica llevábamos traje de baño y nos vestíamos en el lugar destinado para eso, en el Saltillo no. No podíamos llegar a casa con los calzones mojados, entonces nos teníamos que bañar el puro virote. El baño de la Cofra (apócope de Cofradía) estaba más lejos, y un señor, por encargo de otro señor, ponía alambre de púas en el agua para que desistiéramos de ir ahí. Aparte del alambre, que debíamos revisar muy bien que no lo hubieran puesto, siempre al salir nos debíamos revisar porque a veces había sanguijuelas, unos animalitos como de tres centímetros que se pegaban cerca de los testículos (o en los testículos mismos), y para despegarlos los teníamos que quemar con cigarros. Esto último era lo de menos porque todos fumábamos a nuestra edad de entre 8 y 12 años.

—El arroyo es libre —decía Nando, uno de los infaltables acompañantes cuando no nos querían dejar bañar. Afortunadamente nunca vivimos una tragedia como la sucedida en la presa del Mocho: un amigo de nuestra edad, Vicente, se echó un clavado y no salió. Fue un susto terrible para sus acompañantes y una tragedia grande para la familia.

Pues sí, el arroyo sería libre, pero el señor que mandaba al otro señor a que instalara los alambritos no había leído

nada sobre Abraham Lincoln. Cabrón. Entonces, por mayoría de votos, íbamos más al Saltillo que a la Cofra. Ya se nos andaban cebando (así se decía cuando algo se tenía que dejar de hacer) también las visitas al Saltillo cuando Torres, que era muy bueno para tirar pedradas, nos estaba echando competencias.

—Te brindo ese lagartijo.

Y ¡pum, pum, pum!, todos tirábamos al lagartijo, pero Torres era el más certero siempre.

—Te brindo esa tuna, la que está más alta en el nopal.

Y ¡pum, pum, pum!, el que se la bajaba era el Torres.

—Te brindo aquel sombrero que está en la piedra.

—¿Cuál?

—Allá lejos, a un lado del guardaganado.

—No lo veo.

—Allá, lejos, como a tres metros del pilar del guardaganado.

—Ah sí, ahí está el sombrero, pero está muy lejos, ni siquiera le llegas.

No, nadie llegaba la pedrada, estaba muy lejos del alcance de nosotros. De casi todos nosotros: Torres sí alcanzaba. Y ¡pum!, que le llega con una piedra de castilla grande, pesada, estuvo a 10 centímetros de pegarle a medio sombrero, porque tronó como cohete en la piedrota donde estaba el sombrero. Al mismo momento del impacto, que se escuchó muy fuerte, se paró el sombrero con todo y viejito:

—¡Hijos de la tiznada!, ¡me van a matar, cabrones!

¡Ay dios!, ¡a correr! Qué desgracia estuvimos a punto de presenciar... ¿de presenciar? De provocar. Nos tuvimos que confesar todos porque eso sí era pecado capital, atentar contra la vida de otro, aunque fuera sin alevosía, porque premeditación y ventaja sí que la llevábamos. A pesar de que era en los mejores días de la lluvia cuando mejor se disfrutaban los baños a puro tasajo en el Saltillo, nos abs-



tuvimos preventivamente unos días de ir por temor a que se nos apareciera el sombrero con todo y viejito.

Al principio sí, pero pasando el tiempo nunca estuve de acuerdo con el Infierno que nos describía la señorita Lucita:

—Es eterno y la gente se está quemando —¿pero cómo estaba el diablo ahí si hasta tenía pelo como el ganado?, ¿por qué no se prendía?—. La única forma de evitarlo es creer en Dios y estar confesado.

Si pecaba uno toda la vida, pero se confesaba en sus últimos días, ¿ya la libraba? No es justo. Como que es más equitativo el cielo de los protestantes de Weber, ahí se llegaba cuando la gente le dedicaba mucho al trabajo y al ahorro, se hacía una especie de corte de caja al final. Pero con Lucita no, ahí lo mero mero importante era el momento de la confesión. ¿Qué tal que uno se la pase toda la vida sin hacer ningún mal, luego robarse nada más unas navajas y no alcanzar a confesarse y de ahí derechito al Infierno? No, no, no estoy de acuerdo.

Los pleitos



Las contiendas aparecían en diferentes formas, una que mucho practicamos de manera ventajosa era la de las varitas. Íbamos al jaral del Chango, donde proveían de material a la señorita María, la del morillo, y cortábamos un manajo de varas, de las mejores, las más grandes, las que tuvieran mayor elasticidad, que no estuvieran muy maduras, porque éstas se resquebrajaban. Se necesitaba que guardaran las propiedades necesarias para echar guantadas. Pues nos íbamos en dos grupos y en alguna esquina (no sé a razón de qué los más huevones siempre se sentaban en una esquina, no a media cuadra, ni a veinte metros, sino en la mera esquina, por eso el viejito pedía una Pecsí con dos “esquineros” en las tiendas) empezábamos con las habladas.

—Fíjate que a ti te andaba buscando.

—¿Ah sí? Pues el que busca encuentra.

—No me digas.

—Pues sí te digo, ¿y cómo ves?

El público pronto se levantaba y hacía una rueda entre los posibles y muy probables contendientes.

—Pues conmigo a la hora que quieras.

—A mí cuando me digas rana, yo brinco.

—¿Y no brinca tu chingada madre? —le teníamos que poner enjundia para que se viera más real.

—Muy hocicón, como siempre, y ventajoso.

—No te pido chiche.

—Muy bravo con tus varitas, déjalas y vente a mano limpia.

—Yo para ti no necesito varitas. Deténnelas —es cuando le decíamos a alguno del público, al menos peligroso, porque luego podría haber pleito de verdad. Y claro, por ver pleito siempre había voluntarios para detener las varas. Pero las varitas las embarrábamos de caca. ¿Caca de dónde? Pues del atrio, ahí dejaba mucha gente esos productos, a veces pienso que los productores hasta se ponían a platicar porque estaban muy formaditas como a un metro una de la otra, y de la otra, y de la otra.

Al querer agarrar el voluntario las varitas para facilitar el pleito, se quedaba con la mano toda embarrada.

—Vete a tu casa a lavar, aquí no hay donde —los hidrantes del agua del Carricillo generalmente estaban vacíos.

Otro espacio propicio para los pleitos a guantadas era el fútbol, muchos participamos jugando en un equipo que bautizamos como los Cachorros, no por la juventud de los integrantes, sino porque nunca traíamos dinero (¿andas de perro? Se preguntaba cuando no se traía centavos). El torneo se jugaba los domingos y de estos días, en uno sí y en el otro también, peleábamos por la razón que fuera, o porque no había razón. Siempre al primer aventón o a la primera patada mal dada, empezaba el pleito; en muchas ocasiones se suspendía el partido, y en otras, por nuestra estupidez juvenil, hasta las vueltas de la serenata en la plaza.

—¿Qué me dijiste en la tarde en el partido?

—Pues lo que oíste.

—Ah sí, pos éntrale —y le entrábamos de a muchos, tantos, que las muchachas mejor se iban a su casa y la policía venía por los intervinientes. Mal negocio.

Cuando organizábamos el equipo, escuchábamos las opiniones de los compañeros:

—Tu eres muy ligero, deberías ser el delantero central.

—Tu eres bueno para las barridas, rindes más en la defensa.



Chuy, que era bajito y cabezón, preguntó:

—¿Yo dónde rindo más?

Le contestó el Tacuache:

—En el pozole.

Ufff, a veces había pleitos al interior, era inevitable.

Pero los pleitos que más nos unían, eran los que se suscitaban cuando venía “gente de juera”. Si eran los de Arriba contra los de Abajo, ya sabías de quién habrías de cuidarte y se hacían grupos, pero cuando era contra fuereños, ahí se unía todo el grupo. Cuando se armó feo, que era en época de fiesta, tuvieron que llevar al hospital a Leobardo. Y es que se armó la borrasca en una esquina de la plaza, todo mundo a correr; teníamos que ver, lo más seguro era no pelear, pero sí estar presentes. Estaba la cosa en su apogeo cuando venía corriendo Leobardo, brincó el sofá (ah vaya, eso sí que era una proeza, no cualquiera brinca el sofá); fue todo un acontecimiento porque qué mejor apantalle que llegar brincando de tan alto. Pero, como ya se dijo, eran

días de fiesta y los que venían del rancho acomodaban las bicicletas respaldadas en la parte de atrás del sofá. Leobardo brincó muy alto y traía mucho vuelo, pero se ensartó en las bicicletas y fue necesario llevarlo a curar al hospital.

Cuando se hicieron concursos de canto en la plaza, unos de “juera”, los jueces, estuvieron a punto de ser linchados. Un muchacho de Acatic cantó mejor que los otros, pero hubo mano negra. El veredicto, unánime, fue el gane para una muchacha de juera y no al que había cantado mejor. Los que decidieron el gane trataban de explicar en qué basaron el dictamen, pero no había oídos que los escucharan. El muchacho, que cantó como un jilguero, decía (porque así dice la melodía):

—“Edá que duele, que no es lo mismo” —y nada más por eso le quitaron el gane.

Otro pleito que se quedó en la mera rayita fue cuando le estaba echando el caballo encima a un muchacho que le tenía miedo, no iba a pelear. Pero el Güero Jaramillo le dijo al que no iba a pelear:

—No te dejes, contéstale y aviéntatele, si no te animas tú, aquí estoy yo —nos quedamos todos fríos porque ése sí que era de armas tomar y, aunque de forma indirecta, pero le dijo todo lo que había de decir. Entonces Picho le contestó:

—¿Tú te metes por él?

—Sí, ¿cómo ves?

—¿Te digo qué eres?

—A ver, dime, yo te escucho.

—Mitiche —le dijo, pero sin levantar la vista, como que se sintió obligado a decirle algo, pero nada que le fuera a molestar, porque si no, sí que se armaba. Eso fue suficiente, no hubo pleito, uff, mitiche.

En un baile de cobro, hay que aclarar “de cobro” porque de la gran mayoría asistíamos con nuestra gorrita café.

Tuvo buena promoción y se llenó el lugar; era en el antiguo Depósito de la Pepsi, en contra-esquina de la presidencia. Lleno total, ahí andaba un señor que fue chofer del camión “del gobierno” como se decía. Era de turismo y hacía viajes especiales, no seguía una ruta específica. Pues el señor estaba entrado en carnes, pero con un corazón muy juvenil, bueno para bailar y para hacer relajo. Estaba bailando con una muchacha de juera y eso ya era también una proesa; porque bailar, no cualquiera; y con una muchacha que no era de Acatic, casi imposible. Pues andaba muy volado el hombre y le hacíamos ruedita, pues más volado. Entonces entre que va y entre que viene, le agarró abajito de la espalda al *Pinche* (no era ofensa, era apodo), un muchacho joven, de ojos verdes que andaba haciendo sus pininos con otra muchacha de juera.

—¿Qué pasó amigo? Yo no me llevo con usted.

—¿Pues qué pasó como de qué?

—No le busque.

—Ay sí, ay sí, muy bravo.

Entonces aparecieron varios desapartadores porque no convenía que hubiera pleito o se nos acababa el espectáculo.

Pues el señor más volado, bailaba y daba vueltas y gozaba de que lo estuviéramos viendo. Y que se le vuelve a acercar al *Pinche* y le vuelve a agarrar abajito de la espalda.

—Mire viejo cabrón, ya le dije que no me llevo con usted y no me voy a tentar el corazón con un dedo para ponerle unos putazos.

—Ay sí, ay sí, no aguantas un agarroncito, aguantarás un balazo.

Y se armó la tracatera, con la mala suerte de que viendo al muchacho muy joven y el señor ya viejito, todos corrieron a detener al *Pinche* y dejaron suelto al chofer. En-

tonces, ni tardo ni perezoso, le soltó un cachetadón que se escuchó hasta la plaza. Llegaron los policías.

—¿Qué pasó?

—Nada, todo está bien —ya sueltos los contendientes, pero muy cerquita uno del otro, y el Pinche le decía, porque no podía aguantar su coraje:

—Viejo llevado hijo de tu p... madre (lo mismo que le decía la Chicota al Calorón).

Y el chofer, que sentía la necesidad de contestar, pero nada fuerte (como el Picho) para evitar un verdadero desaguisado, le decía bajito:

—Yo soy rígido.

—Chingue a su madre, buey.

—Yo soy rígido.

Cada año, al terminar los cursos de la Doctrina nos regalaban comida, algunas estampitas con santos o presentes pequeños. Nos daban un boleto a manera de comprobante por cada asistencia a las actividades y al final, las comidas o los pequeños regalos iban en proporción con el número de boletos que hubiéramos acumulado. Era todo un acontecimiento, llevábamos nuestros platos de peltre y todos (sin excepción) les pegábamos con la cuchara para hacer ruido. Llegando a casa nos “enchilaban” porque llevábamos los platos todos descarapelados: porque así es el peltre, lo golpeas con algo contundente y se despega. Lo que quiero ahora describir, porque estamos en el punto de los “pleitos”, fue cómo es que llevamos ya en los genes una buena proporción de mitoteros aun y cuando la vida pudiera ir de por medio. Estábamos en el clímax de la celebración en el Salón Parroquial porque ya nos iban a servir nuestro pozole. Ya estábamos dándole duro a los platos de peltre con las cucharas, cuando se escuchan tres disparos de pistola, muy fuerte, a unos pasos de la entrada de donde estábamos haciendo cola para comer. Alguien gritó:

—¡Se la quiere robar!

—¡Ay, ay, ay! —unos gritos terribles.

Salimos todos, todos, no hubo excepción, a ver qué sucedía. Un muchacho, como de unos 25 años, traía a jalones a una muchacha de su edad. Traía la pistola en la mano, él era quien había hecho los disparos. Jalaba a la muchacha queriéndola subir a su bicicleta para robársela (¿¿¿¿?????).

—¡Ay, ay, ay! —la muchacha seguía gritando.

Del joven recuerdo que tenía la cara muy roja, por el susto y el atrevimiento a la vez. Él no decía nada, solamente la traía a jalones.

Todos nosotros corrimos a hacerle ruedita, era un pleito memorable, no nos lo podíamos perder. El muchacho no soltaba la pistola y le hizo el último esfuerzo para subirla a la bicicleta. Ella logró soltarse y corrió, y nosotros ahí, no nos podíamos perder nada de la escena. Finalmente, el muchacho se dio por vencido, se puso la pistola en la cintura, se subió a su bicicleta y “ganó para el otro lado” de donde corrió la escurridiza novia (tal vez ni novia, el muchacho quería hacer lo que se decía en el pueblo: si se molestan mis cuñados y si ella no se quiere quedar conmigo “les regreso el gallo herido”). Pasado el tiempo, creo que si hubiera visto una escena de ese tipo en una película, me hubiera parecido muy exagerada y nada creativa, indigna de considerarse como parte de un contexto social por atrassada que se considerara la comunidad aludida. Pero nadie me lo contó, alrededor de 200 niños presenciamos los sucesos. Cuando logró zafarse la muchacha, nos tuvimos que hacer a un lado para dejarla pasar, lo mismo cuando él huyó en su bicicleta en la otra dirección.

Los camiones



Había tres corridas, una a Tepatitlán y dos a Guadalajara, los nuevos camiones chatos sustituyeron a los trompudos que ya estaba dando las últimas. Tenían a un lado de la puerta una cosa que se parecía al robot del programa de televisión *Viaje a las Estrellas* y que promocionaba las galletas Oreo. Así, tenía cuerpo de metal, redondo, y arriba algo que se parecía mucho a la cabeza que debería de tener ese instrumento. Me dijeron que era como un filtro para el diésel, pero seguramente no funcionaba porque llegando a Tepa todos nos vomitábamos (bueno, casi todos). Era ya como una norma, al bajar del camión:

—Mamá, quiero hacer de las aguas.

—Te dije que mearas bien antes de venirnos. Siempre haces lo mismo, a ver, párate atrás de ese carro y ahí mero.

—Me da vergüenza.

—Pues para otra ocasión te orinas bien antes de subirte.

—Me quiero gomitár.

—No vayas a manchar la camisa.

El chofer, apodado *el Gargajo* (le pusieron el mote porque tenía ojos verdes. ¿Por qué mejor no le decían el Dios de los ojos Glaucos?, digo), al igual que don Lino de la Torre, para ganarse dinero aparte llevaba encargos y cobraba un poco de cada uno. Muchos hacían competencias para ver quién tenía los mejores palomos y el Gargajo le

ganaba al negocio. Las apuestas eran sencillas, los palomos se sueltan de muy lejos y el que mejor se orienta y regresa, es el que gana. Claro, cada animalito regresaba a su nido que le fabricaban en las casas los apostadores. Decían que los más narizones eran los mejores, entonces, se hacían las apuestas y le llevaban un par de animalitos al Gargajo con instrucciones de dónde soltarlos. Al regresar los palomos (si llegaban) cada apostador iba a la plaza con su animal y el que llegaba primero era el que ganaba.

—¿Cuánto nos cobras, Gargajo, por soltar estos dos palomos en el Chispeadero?

—Pues lo que me quieran dar, ahí nomás para los dulces, ¿cómo les voy a cobrar?

La casa del Gargajo estaba muy cerca de la calle de la salida hacia Tepatlán, entonces, el chofer, cuando iba llegando a la esquina de su casa, pitaba. Era inconfundible, primero, no había carros; segundo, si pasaba uno de casualidad, no pitaba como el 04 (no habíamos dicho que el estreno era ya digno de llevar ese número; los anteriores estaban entrando en desuso y se estaban estrenando autobuses para los dos rumbos). Entonces pitaba, la señora escuchaba desde lejos, salía, y cuando llegaba el camión a la esquina de su casa, ya estaba ahí ella.

—Mira, ahí te van estos animalitos, me haces un molito para la tarde que regrese, ¿cómo ven? —les preguntaba a los que iban en los primeros asientos y habían presenciado el trato momentos antes.

Cuando regresaba, estaban los apostadores ahí esperando.

—¿Qué paso?, ¿cuál llegó primero?

—Pues nada, no llegaron.

—¿Cómo que no llegaron? Si cuando los solté, iban a la cucurrucucú y cucurrucucú, y dieron vueltas muy altas y ¡fum!, volaban derecho para Acatic.

—Pues no llegó nada.

—Si quieren mañana me traen otros y yo se los suelto.

Las apuestas de palomos se parecían a las novelas que veíamos en la televisión, no tenían fin, siempre sorprendían con eventos inimaginables. El Gargajo siempre se comía los palomos, pero no faltó algún apostador que llegaba a la plaza con su “ganador”.

—Aquí está, gané.

Pues a pagar, así era la cosa, pero no faltaba algún testigo de que el Gargajo se los había comido, ¿cómo habían hecho para presentarlo en la plaza como ganador?

—¡No es, el Gargajo se los comió!, yo iba en el camión cuando se los entregó a su esposa para que los hiciera mole.

—Éste se parece, me estás haciendo trampa, regrésame mi dinero.

El Gargajo era muy atento con la clientela, cuando le preguntaban:

—¿Traes asientos?

—Sí traigo, ¿no ve esas dos ringleras? Nada más que están ocupados todos.

Cuando se estaba construyendo la presa de Lagunillas, otro evento que fincó un escalón más en el desarrollo de la población, había una mujer que abrió un excelente negocio, vendía comida a los trabajadores, que eran muchísimos, y muy pocos preparaban sus alimentos. Era una buena mujer a quien los desagradecidos apodaban *doña Frijoles*. Y es bien sabido que la mala fama vuela como avión supersónico, todo mundo sabía los apodos de los demás y, en ocasiones, hasta los suyos. La señora tomaba el autobús que la acercaba en su recorrido diario, no llegaba hasta la presa de Lagunillas, pero caminaba menos.

—Oiga, señor Escupida, ¿falta poco para llegar al cruce de la presa? —sabía lo de *Gargajo*, pero no quería ser ofensiva.

—No señora Fideo, ya falta poco —le devolvía el piropo.

El camión para Tepatitlán salía a las 9 de la mañana; quienes vivíamos Arriba nos subíamos en la parte de atrás donde había una escalera para subir la carga al techo y agarrábamos aventón hasta la escuela.

La Presa Lagunillas



Su construcción trajo desarrollo para Acatic. Forma parte del Sistema la Zurda-Calderón, que no se llegó a concretar; estuvo planeado por cincuenta años y constaba de una decena de represas menores de las cuales se concretaron la de el Salto, el Jihuite, la Red, la propia Lagunillas y Calderón. Iban a ser sustituidas por la mega-presa El Zapotillo, que está muy avanzada, pero detenida por litigios.

Cuando estaba en construcción la correspondiente a Acatic, significó una atracción muy grande de visitantes (sabemos que se les dice de otro modo, “juereños”) y llevó varios años su culminación. Ahí podíamos ver las explosiones con dinamita, como en las películas. Había buena supervisión, nunca se supo de pérdidas humanas que lamentar. Igual que doña Frijoles, abundaban los vendedores de frutas, golosinas, tacos y fritangas. El *Tejón* era un viejito que tenía una larga y bien ganada fama de mentiroso.

—Canija corriente, me tumbó el burro con toda la mercancía, nada más alcancé a recuperar la mitad —nos dijo a los chiquillos que íbamos a recoger el cable que sobraba de las explosiones, y es que el proceso era que agujeraban (horadaban, don Pancho *dixit*) las piedras con un cincel hidráulico y depositaban los cartuchos comunicados por cables.

Nos volteamos a ver unos a otros porque sabíamos que unos metros abajo había un tapón para el agua, una pequeña represa de ladrillo. Cuando no era el temporal, la corriente, si había, era muy pobre. Corrimos aguas abajo para recoger la fruta que había perdido el mentiroso, pero nos la volvió a hacer don Tejón.

Hubo mucho trabajo para la gente del pueblo, pero la mayoría venía de fuera. Aunque eran buenos candidatos para pelear (siempre contra los de juera), se les había perdonado porque eran muchos. Rentaron tres o cuatro casas en las que se retacaban de a treinta porque nada más iban a dormir... Y a tomar. En una de esas casas dejaron un letrerito del tamaño de toda la pared: “Acatic querido, de tu presa yo me alejo, si vine fue por engaño y si vuelvo es por pendejo”.

Debimos de haber peleado con ellos, pero eran cobardes, lo escribieron ya cuando se iban, lo hubieran hecho antes y otro gallo les hubiera cantado.

Uno de los choferes milagrosamente salvó la vida una noche de parranda que dio un volantazo a media cuadra y hundió su camión en el Tajo. Se le cortó la borrachera. Eso nunca sucedía en el pueblo, y por supuesto que no había grúas para rescatar el vehículo. Sería como al cuarto día del “accidente”, cuando trajeron equipo de Guadalajara y, como era de esperarse, todo el pueblo estuvo atento de las maniobras. Fue todo un espectáculo ver cómo algunos voluntarios se metían al Tajo nadando para enganchar de algún espacio conveniente el camión “ahogado”. La faena de rescate tomó como dos horas y fueron los 120 minutos muy bien empleados para un enorme público que abarrotó las mejores posiciones para observar tan loable maniobra.

Después de la presa hubo mucho trabajo, ése sí para la pura gente de Acatic; se construyeron los canales distribuidores para todos los ranchos que estaba planeado irrigar.



Se pagaba por destajo y los sábados se formaban largas filas para recibir los emolumentos. “Es día de Nuestra Señora del Águila”, solía decir el Gargajo. Eran trabajos difíciles, pero si alguien destacaba en las faenas fueron *los calandrios*. Sí señor, los calandrios siempre recibieron los cheques más altos. Aparte de buenos para la plática, fueron excelentes excavadores. Dicen quienes los vieron que se tomaban dos cántaros de agua cada uno por turno, pero sin lugar a dudas fueron los mejores trabajadores del canal.

Entre los malos recuerdos que se tienen de la construcción del canal, y correspondió con las fechas del asesinato de Abelito, fue el hecho de que algunos jóvenes amanecieron muertos en las zanjas en varios fines de semana. Siempre se tuvo cercana relación con quienes podrían ser los responsables, pero nunca se hizo oficial.

Las serenatas en la plaza, los domingos, eran diferentes, había mucha competencia, las muchachas tenían más posibilidades de elección y algunas se fueron con los de ajuera.

Pero ya quedamos que ahí no se podía pelear, porque eran muchos y tenían afinidad por su calidad de fuereños.

Las siembras aumentaron considerablemente porque antes eran solamente de temporal, ahora muchos ranchos se incorporaron al riego y se les sacaban dos cosechas al año. De cualquier manera, eso no fue obstáculo para que los jóvenes de Acatic se fueran a Estados Unidos. Cada año ya eran más los que llegaban con sus camionetas o sus motocicletas, desde diciembre empezaba a cambiar el paisaje urbano, se escuchaba el ronronear de los aparatos y la música por todas las calles.



—¡Qué buena camioneta trae esa bocina! —se escuchaba.

Había más dinero, muchas familias pudieron comprar un lote, construir su casa, comprar algo de animales. O pagar la música en la fiesta. Convergieron varios afluentes: el dinero de los migrantes, las “rayas” por trabajar en los canales, las nuevas cosechas cuando empezó el sistema de riego.

El Tajo



Ahí, donde se le ahogó el camión al chofer que trabajaba en la construcción de la presa, era una noria de larguísima tradición. Antes de los hidrantes con agua del Carricillo, el Tajo le daba servicio a todo el pueblo. El agua de tomar se llevaba en cántaros de pozos especiales, pero el Tajo daba servicio para todos los demás quehaceres: para el ganado, para bañarse, para los animales que se tenían en los corrales. Algunos parecían arcas de Noé, contaban con caballos, cerdos, cóconos, patos, gallinas, perros, gatos, burros, borregos, chivos y coquenas. Una señora del barrio de Abajo, doña Paz de la Torre, quién sabe cómo le hizo, pero tenía un coyote amarrado.

El Tajo ocupaba un espacio como de una cuarta parte de manzana, y por el lado donde hacía esquina con las calles Zaragoza y López Cotilla habían dejado unos escalones de piedra para poder bajar a sacar el agua cuando había descendido el nivel. Eso sirvió mucho en 1969 cuando se secó por completo, hubo una sequía tremenda y creo que fue la única ocasión en que se le pudo dar mantenimiento por esa razón.

Don Candelario de Alba, que venía dulces en la plaza, siempre estaba al pendiente de su hijo apodado *la Muerte*, porque le había dado por tomar mucho. Le molestaba hasta los huesos que el joven anduviera de borracho, y una tarde, ya anocheciendo, lo vio pasar caminando a lo ancho

de la calle y parecía que no cabía. Dejó el changarro y se fue tras él. La Muerte, cuando se sintió perseguido, apuró el paso, pero con la guarapeta que se había puesto, no le iba a dar para mucho la ventaja, entonces enfiló hacia el Tajo y llegando a la orilla dijo:

—De que me coman las sardinas a que me chingue Candeciano (así le decía a su padre, por respeto), mejor que me coman las sardinas —y echó el clavado. Cuando salió, porque tenía que salir, de todas maneras lo chingó Candeciano.

El Tajo fue cubierto con cemento y ahora se usa el espacio para actividades deportivas o artísticas. Cambió su forma y se está perdiendo su historia. Siempre se decía que las personas que tomaban agua del Tajo, ya no se iban de Acatic. Pero me consta que el chofer de la presa tomó mucha agua cuando se le ahogó su camión, y nunca se le volvió a ver.

Los Brujos



El año de 1774, consta en actas de la Santa Inquisición, en una fiesta patronal, que en aquella época era para San Juan Bautista, se cobraba por entrar al jaripeo, que consistía en dar premios a quienes pudieran quedarse en el lomo de toros bravos. Había uno en el que ningún jinete se había podido mantener encima. Aumentaron el monto del premio, pero nadie quería hacer el intento, todos terminaban molidos en el suelo y temían por quedar peor. Entonces un mulato de nombre Manuel dijo: “yo le subo”, se arrancó un crucifijo que traía colgado en el pecho, se le montó al toro y ganó el premio. Pero el atrevimiento de haberse quitado la imagen en señal de menosprecio por lo religioso, le valió un llamado de las autoridades eclesiásticas, el señalamiento de ser brujo y el azote público por su temeridad hacia las imágenes santas. Desde entonces se dice que los de Acatic somos brujos. Nunca se ha demostrado algo que vaya en abono de eso. No somos brujos, PERO DE QUE VOLAMOS, VOLAMOS.

En el campanario anidaban las lechuzas, y según las creencias, eran humanos que se convertían en animales para vigilarnos. En la casa nuestra había un limón en el corral, en el que todas las noches, sin ninguna excepción, paraba una de ellas. Su canto parece a cuando alguien hace un llamado a otro (generalmente se hace para hablarle a un niño): “sssht, sssht”; así se escuchaba todas las noches

y nos decía mi abuelita: “es fulano de tal”, una persona que conocíamos, que vivía en la comunidad de los Ranchitos. Mis hermanos le tenían miedo, yo nada más pavor. Era realmente una osadía ir a la casa de otra persona por las noches convirtiéndose en animal y pararse en un árbol como diciendo “aquí estoy”.

Como no había trenaje, todas las casas tenían el corral como sanitario, entonces, por las noches, cuando había necesidad, ¿cómo entrar al corral y sentarse a escuchar el “sssht, sssht”, del señor ése? Y con otra complicación, si lo volteabas a ver, te embrujaba. En la madre. Pero como para todo hay salida, se usaban las bacinillas, ¿han escuchado el proverbio de que: aunque son del mismo barro, no es lo mismo bacín que jarro? Pues por ahí va la cosa (bacinilla, vocablo que proviene del sánscrito y significa: baci = donde la gente; nilla = caga; bacinilla = donde la gente caga). No fueron pocas las ocasiones, porque así son las necesidades, en las que a pesar del temor del señor ese que se convertía en lechuza para ir a dar guerra a la casa, tuvimos que hacer un llenado del instrumento ese del sánscrito y sacarlo a orear al patio. Clarooooo, no entrábamos al corral, lo dejábamos en una escala previa.

Yo había escuchado en la secundaria que había animales anfibios que podían vivir en el agua o en la tierra; que otros usan camuflaje y se pierden frente a tus ojos, pero nunca se habló de que unos animales se pudieran convertir en otros. Chuy Villalobos, para acrecentar mis dudas, aseguraba haber visto una tarde a ese señor de los Ranchitos y a su esposa transformarse en animales:

—Don fulano en tejón y la señora en cócona.

¡En la madre!, yo estaba ya por dejar de creer lo que decía mi abuela cuando le echaba sal a la lechuza.



—¡Ahí te va tu sal, fulano! —le decía su nombre para que supiera que lo teníamos muy bien ubicado—, ¡para que no andes viniendo a dar lata, desgraciado!

En la escuela, ya quedamos que los niños no son la lindura que pensamos, cuando queríamos discriminar a alguien, le decíamos “Brujo de La Villa”, La Villa es una colonia del barrio de Arriba, pero claro, en todo hay niveles (si hasta la basura que es basura, la separan). Entonces una buena ofensa era decirle a algún compañero “Brujo de La Villa”. Pero la verdad es que nunca hubo brujos en Acatic, lo que se dice autóctonos, autóctonos, no; sí venían de ajuera, pero para hacer negocio. Rentaban una casa y los domingos daban consulta, y vaya que eran negocios prósperos, porque la gente hacía fila.

—Dizque este nuevo que llegó es muy bueno, cura con un huevo.

—¿Y qué le hace al otro? —preguntaba la Chicota.

Toda la clientela formada con su huevo en la mano. Para que vieran que no había truco, cada quien llevaba el huevo de donde quisiera, de sus propias gallinas o comprándolo en alguna tienda. La sanación consistía en que el brujo rompía el huevo, lo depositaba en un vaso y, dicen los que fuimos... no, no, no, los que fueron... que agarraba un color negro, feo, como podrido. Ahí estaba muy claro que alguien lo tenía bien clavado, es decir, embrujado. Era fácil quitar el embrujo, pero pagando una módica cantidad. Se pagaba, y la gente desde que salía ya sentía mejoría. Y con otra: que en el pago iba incluido el develar el nombre del que le había hecho a uno la brujería. Pero brujos, brujos, lo que se llaman brujos de esos que recetaban, ninguno era de Acatic. Hubo aprendices que fueron conociendo los intrínquilis del oficio y que intentaron trabajar por su cuenta, pero nadie es brujo en su tierra. Había otros

asuntos, pero éstos sí estaban aprobados. En una ocasión que iba la Chicota a toda prisa, le hablaron:

—Rita, vente a la plática.

—No puedo, voy de prisa, voy a pagarle una misa a las putas ánimas para que me dejen en paz.

Uno de los brujos que hacían cuartel en las torres del templo para salir ya cuando oscurecía a asustarnos en nuestras casas, seguramente se encandiló porque quiso salir más temprano, porque bajó por la tarde al atrio. Era un pájaro grande, con unos ojos redondos enormes, pero volaba (o quería volar) muy descontrolado, dicen que la luz los ciega. Entonces corrimos con ladrillos los que por ahí andábamos a querérnoslo echar al plato. Con la mala suerte de que con las pedradas y el ruido, voló y se le clavó en la espalda al *Abuelo* (así le decíamos al amigo, no es que mi abuelo anduviera tirando pedradas en el atrio). Muy asustado gritaba: “¡Quítenmelo, quítenmelo!”

Era terrible, pensar que el señor ese que conocíamos anduviera de lechuza y pegándose con las garras en la espalda del Abuelo. Pero *Mon de la Luna* (no era de la luna tampoco, así le decíamos porque tenía un cuerpo flaquito, flaquito, y una cabeza como esas que dibujan de Roswell, en Nuevo México) le atinó un pedradón al animal, que dejó aturdido también al Abuelo. Ahí lo pudimos agarrar (eso de “pudimos” es un eufemismo, lo cogió el mismo Abuelo). Como se había formado tremendo alboroto, don Sergio nos mandó decir que le lleváramos el animal para verlo. Porque eso sí, lloviera o tronara, él y don Pancho no se separaban de su sofá en la plaza. Pues ahí vamos.

—Es un gorrión europeo.

Mmmm, y yo pensando toda la vida que era don fulano en forma de lechuza. Al final, lo soltaron y pudo volar a su cuartel. Tuve mucho miedo, pero nos tocó gozar una de cal por las que van de arena.

Los Norteños



Más de la mitad de mis amigos está en Estados Unidos, la mayoría se fue cuando “nos graduamos”; otros, unos diez (terminamos creo que más de 60), estudiaban en la Normal Superior simultáneamente que la secundaria, y se convirtieron en maestros; creo que todos están ya jubilados. De quienes se fueron al Norte, agarraron (como los del equipo Huracán) para California, y en ese estado, quienes se contrataron para trabajar en el campo se iban a Dixon, cerca de Sacramento, la Capital; y a Santa Ana, en el sur de Los Ángeles, quienes agarraron trabajo en la ciudad. Acostumbraban a visitarse mutuamente porque las redes sociales de colaboración están muy arraigadas, muchos de ellos llegaban a vivir con familiares o con otros amigos. Desde el Programa Bracero se fueron dejando las bases para darle continuidad a la migración. Muchas familias están partidas a la mitad, unos viven en California y regresan a México a las fiestas de La Candelaria, otros se quedan en Acatic.

Cuando los de Los Ángeles visitaban a los de Dixon, hacían fiesta y se regresaban hasta otro día, son muchas horas de carretera, imposible hacerlo de ida y vuelta. Se corría la voz, que viene fulano y sutano, vamos echándonos una barajita. René Anaya siempre les hacía la misma vacilada y quienes ya lo sabían no decían nada, para que se concretara la siguiente. Cuando llegaban los visitantes, entraba René con una sandía muy grande:



—¿Ya vieron las sandías que se dan aquí? ¡Mira qué sabrosas!, ¡pruébenla!

Después de comer y de tomar unas cervezas, le pedía al que iba manejando:

—Préstame las llaves, te voy a poner dos sandías en tu carro para que se acuerden de nosotros cuando se junten en Santa Ana.

—Claro, gracias.

Nada de sandías, ataba muy bien dos borregos de las patas y del hocico para que no hicieran ruido y los acomodaba en la cajuela. Imaginen la sorpresa llegando al otro día a la ciudad con dos animalitos de éstos, ¿qué podían hacer con ellos?

Los recién llegados siempre eran auxiliados por sus paisanos porque se pasaba la voz: “que viene fulano, el hijo de sutano, para que si saben de algún trabajo, hay que ayudarlo”. Y sí, las redes sociales por más de medio siglo han dado excelentes resultados para quienes llegan allá con los ojos vendados. Debe de ser muy difícil que llegando sin conocer el idioma, en muchos casos sin documentos ofi-

ciales, se adapten. Pero ya agarrando vuelo, sobran motivos para las celebraciones y para reunirse los amigos. En la actualidad se ha puesto muy difícil, pero en la época en que emigraron mis amigos, lo más común era que en la misma semana en que llegaban les conseguían trabajo, vivienda y, como se dice en el rancho, “cuando se tiene la cama, las chinches se dan de humor”. Ya con trabajo, conseguir carro (o por lo menos un aventón al trabajo a diario) era muy fácil. Con el sueldo de un día se vestían de crin a cola, cosa totalmente imposible para los que se quedaban en Acatic.

—¿Quién iba a decir que la *Tona* del Lais anduviera manejando en la mera Brother de Los Ángeles? —decía Manuel el hijo del Lais, aquel del florón, aunque la calle era Broadway.

Se platicaba mucho que el *Pocamecha*, que se hizo un veterano de los migrantes, en su primera experiencia iba muy asustado, y le dijeron para que se fuera acostumbrando:

—Aquí son muy derechos, se hablan muchas cosas, pero no son ciertas, son buenas gentes; te puede llegar a suceder la mera de malas, que te agarrara la migra trabajando y te regresaran a México, son muy respetuosos. Por ejemplo, si tuvieras cosas de valor, hasta les podrías decir: “llévenme a mi casa a recoger mis pertenencias”, y te llevan, te esperan y, aunque te regresan, sales con tus cosas.

Pues lo comprobó en carne propia: en una redada no alcanzó a escaparse y les dijo: “Tengo un reloj despertador en mi casa, quiero ir por él”.

Lo llevaron, recogió su reloj y no tuvo problema. Los que sí tuvieron problema fueron los otros seis indocumentados que estaban ahí en la casa, también se los llevaron.

Los trabajos en el rancho, es decir, en Dixon, eran muy extenuantes, se ganaba bien, pero se trabajaba mucho. Quienes optaban por irse “para Arriba”, como dicen ellos,

saben que hay turnos de a 10-12 o hasta más horas. Pero los sábados son de baile. Había un casino en Sacramento, a veinte minutos de Dixon, donde acudían los fines de semana, iban muchos varones buscando novia, y muchas doncellas que buscaban novio, entonces no era difícil encontrar pareja. Pepillo, en su primera ocasión que lo llevaron, iba nervioso.

—Es que no hablo inglés, no sé bailar, soy muy miedoso con las muchachas.

—Ellas tampoco hablan inglés, son mexicanas, si no sabes bailar nadie se fija, es muy grande el local y cada quien va a lo suyo. Es fácil.

Pues encontró la candidata y se acercó, la invitó a bailar y sí, no hablaba inglés, aceptó y le dio mucha tranquilidad.

—¿Cómo te llamas?

—Fulana.

—Yo, sutano.

—¿Estudias o trabajas?

—¡Ay mijo!, tengo 12 años de jubilada.

Ese baile fue de muchos recuerdos para varios porque se armó un pleito general que no dejaron mesa en pie, hubo muchos golpeados y tuvieron que salir corriendo, porque a los que agarrara la policía y sin documentos, ni qué contar. Se hizo tradición que cuando había nuevos visitantes que venían de Los Ángeles, le pedían *al Chale* que les platicara la hazaña, porque lo hacía con doble propósito.

—Mira Chale, viene a visitarnos *el Zorro*, pláticale cómo nos fue en el baile de aquel día en Sacramento.

Entonces, se hacía la bolita para la plática, porque ese relato atraía siempre concurrencias.

—Pues fíjate amigo Zorro, que fuimos al baile a Sacramento, siempre nos iba bien porque el que iba a emborracharse, ahí se emborrachaba; el que iba a bailar, bailaba;

y el que iba a buscar novia, encontraba. En esa ocasión nos fuimos en tres carros, eran dos camionetas grandes y un carro chiquito, pero éramos como unos veinte de nosotros, puro conocido, amigo Zorro. Y resulta que en esa ocasión se nos pegó un puertorriqueño que trabajaba en el mismo rancho que nosotros, nos escuchaba de las parrandonas que nos poníamos y nos pidió que lo invitáramos, pues claro, amigo Zorro, ¿cómo no lo íbamos a llevar? Entonces, en el baile, uno de los que iba con nosotros se empezó a dar de empujones con otros puertorriqueños que andaban ahí, pues que se arma la tracatera, muchos golpes, muchos caídos, sangrados y descamisados. ¿Y qué crees, amigo Zorro?, que el canijo puertorriqueño, sin conocer a los que andaban en el pleito, se hizo de parte de ellos, contra nosotros, muchas guantadas, pero él contra nosotros. Desde entonces yo no soporto a dos razas amigo, a los puertorriqueños y a los zorros. No dejes de venir amigo Zorro, aquí nos gusta platicar de las cosas de Acatic, nos gusta acordarnos de lo de atrás.

Una aclaración, las jornadas en el rancho son muy pesadas, pero por el clima, hay épocas en que no se puede trabajar y todo mundo se la pasa encerrado en casa por cinco, 10, o más días. Algunos pierden la habilidad para algunas cosas, por ejemplo, a Melitón, cuando tocaban en su casa, salía a gatas.

—¿Qué te pasó?

—Es que ya se me olvidó caminar.

Las redes sociales ofrecen enormes ventajas a los que migran, pero alguna desventaja también. No son pocos quienes habiendo trabajado por más de 10 años, no hablan inglés, no han accedido a algunos beneficios laborales y no se alejan de su círculo pequeño de amistades. Tal vez por temor, pero no han aprovechado los patrocinios que existen en el vecino país.

El Manguito



La cárcel es el peor recuerdo para muchas personas, y la de Acatic tiene sus historias. Había un carnicero que se molestaba mucho cuando alguno de sus hijos le entraba al trago. Iba con la policía y les decía: “méteme a ése al bote”, lo dejaba una o dos noches y luego regresaba: “sáquenlo”. Sabía bien el camino, pero hubo un cambio de comandante y pusieron a un militar retirado que era muy rígido; tocó el caso de que ordenó que encerraran a uno de sus retoños, y volvió al otro día y le dijo: “sáquenlo”.

—No señor, aquí no es hotel, aquí se paga multa.

En una administración municipal que hicieron una remodelación en la presidencia, le tocó también a la cárcel, entonces cerraron el edificio y se dedicaron meses a los cambios. Rentaron una casa en la que se hicieron divisiones y se trataba de dar todos los servicios que había en el Ayuntamiento. Todo se acomodó, a excepción del presidio.

—¿Cómo le vamos a hacer?, no hay lugar para encerrar presos.

—Pues si hay reclusos, los amarramos en el manguito, lo esposamos en una cadena. No hay de otra.

Y sí, el manguito sirvió de San Juan de Ulúa, por un tiempo. Ahí, a la intemperie y amarrado. Tiempos difíciles. Hubo un presidente que para dar un salto cualitativo en las reuniones de cabildo, decía:

—Esta reunión ya se puso tortugosa —seguramente escuchó en otra que era “tortuosa” y le gustó el modito. Ha de haber dicho, “me estreno en una junta con los míos”.

Yo estuve a punto de estrenar ese método de tortura en el manguito, fue un 15 de septiembre que iba cruzando el atrio, ya con camino a mi casa, cuando me aparecieron dos uniformados, y uno de ellos en especial muy bravo, no sé a ribete de qué.

—¿A dónde vas?

—A mi casa, ¿por qué?

—Porque yo pregunto, ¿no te pareció?

—Ah, sí, está bien, si tú me preguntas.

—Pues de aquí, derecho a dormir.

—¿Por órdenes tuyas?

—Por órdenes mías, ¿cómo ves?

—Está bien, si es por órdenes —llegué a mi casa, me preparé un café, Y NO ME DORMÍ HASTA LAS NUEVE DE LA MAÑANA, JAJAJAJA.

Un asunto bárbaro que se dirimía en la presidencia eran las desgracias. En un hecho trágico murieron dos personas por un pleito, los llevaron en la misma camioneta y los acomodaron a la entrada de la cárcel, a la vista de todo mundo, era muy pequeño el edificio y todas las oficinas estaban apiñonadas. Resulta que en el rancho de Santa Rita una persona vendió algo a otra y hubo desavenencias por los cobros o por el abuso de alguno de ellos. En estos casos, en el pueblito, quién sabe a razón de qué, siempre se manejaban las versiones más encontradas y las más inauditas (como decía la Chicota: ya ves cómo es la gente, hija de su p... -ilegible en el original). Uno de ellos fue a la casa del otro, no recuerdo si el que debía o el que cobraba, hubo insultos y amenazas, y el que llegó de fuera le disparó al residente y lo mató. Iba saliendo de la casa cuando la esposa del difunto lo alcanzó y con una cara-

bina le disparó y lo dejó herido. Con los balazos, y por los antecedentes, se acercaron los vecinos, y quienes eran cercanos al que primero disparó, querían recoger al herido y la señora no los dejó.

—Al que se arrime, lo mato.

—Está herido.

—Pues ese herido mató a mi esposo.

—Déjanos recogerlo.

—No se arrimen porque me los echo.

Ahí se quedó hasta que murió, entonces llegó la autoridad y los subieron a la misma camioneta y los depositaron en la entrada de la cárcel juntos. Los familiares tuvieron que ir a reclamar sus cuerpos y a verse unos y otros.

A dar la Vuelta



Acatic tenía cuatro cuadras del templo hacia cualquier rumbo y ya era la orilla. Era costumbre que los varones nos reuniéramos por las noches y “diéramos la vuelta”, es decir, caminábamos sin rumbo, era fácil elegirlo, cualquiera del grupo decía “ahora vamos para Arriba”, y listo. Caminábamos de acuerdo, como anduviéramos de humor, una hora, dos horas o más. Si era época de lluvias, pues nada, nos íbamos al portal donde Hidalgo se echó sus frijolitos y de ahí cada quien para su casa en el momento que se pudiera. Cuando alguno de los amigos ya tenía novia, pues nos acompañaba un rato y luego se iba. Si alguien faltaba del grupo de amigos del momento, íbamos a buscarlo, era fácil dar con él. Una costumbre arraigada era comunicarnos a silbidos, si faltaba Chente, de ahí frente a su casa el que sabía chiflar más fuerte lo hacía, y pronto salía el amigo. Dando la vuelta encontrábamos a otros grupos que se iban haciendo por afinidad. Eso se hacía todos los días, con la única excepción del domingo, porque ahí correspondía dar la vuelta en la plaza. Y si nos llegábamos a juntar 10 amigos, en la plaza nos separábamos en montones más pequeños porque la tradición era encontrar a las doncellas, pero cerca; si íbamos de seis, por ejemplo, el que iba hasta la orilla no alcanzaba a verlas ni a ofrecerles flores, como era la tradición. Si alguna le echaba ojitos a uno y era de nuestro agrado, comprábamos una flor de papel, que valía

diez centavos (si la queríamos perfumada, valía veinte), y se la ofrecíamos cuando la encontrábamos dando vueltas.



—¿Quiéres una flor?

—Gracias.

Ufff, empezaba bien la cosa. Si le ofrecías una y ni siquiera te escuchaba, mejor irte a pescar. Así se fraguaron muchos matrimonios, ahí empezaron, era el camino más directo. Cuando alguien ya se comprometía con una muchacha, nos hacía falta para “dar la vuelta al pueblo”, y le hacíamos *bullying*. Si lo encontrábamos dando vueltas con ella:

—Hasta que agarraste una con zapatos.

Y teníamos que aguantar porque era la frase que todos usaban. No había de otra. Y cuando se iba en las noches a “echar pegue”:

—¿Ya te jalaron el hilito?

A nosotros nos correspondió una época menos difícil, escuchábamos a los adultos decir que ellos tenían que ir después de las doce de la noche, y la única forma de

platicar con la novia era por debajo de la puerta. Todos se tenían que ocultar, pero todo el pueblo sabía quién era novio de quién. Entonces, los padres se hacían como que no sabían y los cuñados como que tampoco, porque era motivo de pelear si alguien andaba de novio con las hermanas. Muchas madres de familia dejaban de hablarle a sus hijas cuando se casaban. El enojo tenía medida: nueve meses, era cuando se les invitaba de compadres a los papás de la novia y se terminaba el pleito.

—Señora, no debería tenerle coraje al muchacho, está estudiando Ingeniería Química.

—No, aunque se gane el Premio Nobel.

Un juereño que se hizo novio de una vecina era bueno para irse haciendo amigos. Primero empezó por ahí porque de no haberlo hecho ya sabía que llegar a la muchacha sería muy difícil. En las cantinas, les invitaba tragos a algunos; luego, en la calle, cuando andaban los grupitos dando la vuelta, les pedía si los podía acompañar. Entonces, entró por la puerta grande. Cuando iba al pegue, ya tenía el campo abierto. Luego, los cuñados se fueron haciendo menos salvajes y ya permitían que las hermanas platicaran en la puerta. Porque había muchos casos en los que los maltrataban, o hasta los golpeaban. A ese juereño, le decían el *Chayote Pelado a Uña* porque tenía la cara cacariza por la viruela y traía carro, pagaba los tequilas; no... pues tenía todo preparado. Pero era muy decente, una época alguien se especializó en ponerle bocinas a los carros, bocinas con micrófono que se conectaba a la batería, entonces el muchacho pasaba muy amable y, sin bajar los vidrios del auto, nos decía:

—Buenas noches amigos, con permiso, voy a pasar con el carro.

Genial, ¿quién le podría decir algo?

—Ahí viene el Chayote Pelado a Uña, ahorita nos saludan, van a ver.

—Mejor díganme “cucaracho” –había dicho en alguna ocasión.

—Gregorio Samsa —dijo don Pancho dándole sus buenas chupadas al cigarro.

Otra actividad que se llevaba a cabo con frecuencia, era ir a cagar a la orilla. Y tenía su lógica, es que si a alguno de los diez que andábamos dando la vuelta le daban ganas, lo más lógico es que fuera a su casa y lo esperáramos en la esquina. Era más práctico acompañarlo a cualquier orilla porque no había iluminación (en las últimas calles, o no había foco, o si lo había, no alcanzaba a dar luz hasta donde se escogía un rinconcito). Nunca me he explicado cómo era que en el atrio hubiera tanta producción, ahí sí había iluminación. Y no recuerdo nunca que alguien de los que íbamos a dar la vuelta dijera: “Voy a ir a cagar al atrio”.



A quien sí se le escuchó una desavenencia de éstas fue a Arturo. Lo llevaron, sería por primera ocasión a Guadalajara, y llegando a la Central Camionera (no a la Avionera) echó el brinco del autobús y empezó a correr.

—¿A dónde vas?

—Ahorita regreso, voy a ir a cagar a la orilla.

El Restaurante de José de Reyes



A principios de los años setenta se construyó un nuevo kiosco; el anterior, la verdad nunca lo fue porque solamente era un techo sobre cuatro muros, nunca se le dio uso, o al menos buen uso, siempre estaba cerrado con alambre alrededor para impedir el paso. Se dice que mucho tiempo antes un grupo de vagos había subido unos burros sobre unas mesas y las habían acomodado en ese kiosco. Debíó de haber sido muy difícil subirlos, pero más bajarlos. Siempre fue un enigma cómo los subieron. Al de la voz le comentó uno de esos vagos de la época que el método utilizado fue primero subir los burros a las mesas y luego las mesas con todo y burros al Kiosco. La clave principal fue que ellos eran una cantidad muy superior a la cantidad de burros. Y es que en esos años, los dueños de las recuas los dejaban sueltos para que comieran en la noche, solos regresaban a la casa del dueño por la mañana.

Para darle nueva cara al pueblo, y ya encarrerados con el desarrollo, era necesario contar con un kiosco adecuado a las nuevas circunstancias: ya había energía eléctrica, había aumentado el número de habitantes, ya se movía más el comercio. Se construyó el nuevo Kiosco y se aprovechó para que en la parte de abajo se rentaran dos locales para restaurante, uno lo tomó la Chicota y el otro José de Reyes. Los fines de semana eran muy movidos porque retiraron el alambrado y podía uno disfrutar unos buenos lonches,



nieve y hasta tequila. No en pocas ocasiones se armó el baile ahí. Un señor, al que le decían *Tapón* porque era muy bajito, gustaba de echarse su tequila, aunque su diabetes le cobraba caro; era moreno, regordete, con su infaltable tejana (muy pocos podían darse ese lujo).

—Oye José, me sigue haciendo mucho daño el tequila, ya le bajé al refresco como me dijiste, pero me hace unas crudas muy feas.

—Ahora bájale al hielo.

—¿Con eso?

—Claro, vas a ver la diferencia pronto.

En la plaza se daban vueltas, pero un espacio muy propicio para platicar con las muchachas (quienes podían porque no cualquiera), era invitarlas a tomar una nieve o a comer un lonche o unas tostadas. José siempre estaba



atento a la clientela y le ayudaban con la atención todos sus hijos.

—Pásale mi *Trompas de Falopio*, ¿qué te servimos?

—Me llamo David. Quiero dos tostadas de cueritos.

—A ver, llévenle este plato a David, el Trompas de Falopio.

Cuando José dejó el local del kiosco, se cambió a media cuadra a un lugar mucho más amplio, era muy conocido y aceptada su comida en el pueblo. Pienso que si llegara a competir por el Récord Guinness por cortar jitomate, lo hubiera ganado fácilmente, sacaba como 30 rodajas en menos de un minuto, así, delgadísimas. Las tortas de pan de agua, las enchiladas, el pozole, los tacos dorados, todo un manjar de los dioses.

La despedida



Pepe y Héctor son hermanos, en total deben ser más de 10 hermanos. Ya estaban en edad de irse al “otro lado”, al Norte. Son de los más chicos y los mayores ya echaron raíces allá. Fue una mala decisión de su padre el no haber querido “emigrar” (hacerse ciudadano estadounidense) cuando trabajó allá de bracero, y tuvo varias oportunidades. Afirmaba que no quería que sus hijos fueran a sufrir allá, que la mejor vida estaba en México. Iba a hacer todo lo posible porque de sus retoños ninguno hiciera vida en los “Yunaires”. Y nada, que todos se fueron yendo de uno por uno. Pero ahora el caso era de a dos. Los últimos tenían ya todo preparado, pero estaban planeando una buena despedida. Algo que recuerden muchos. Al fin y al cabo que por lo menos iban a quedarse cinco años sin venir.

—Cuando vengamos, que sea porque ya traemos una camioneta y una moto cada uno —decía Pepe.

—Agarramos la banda, damos vueltas en la plaza, invitamos a los amigos al baile y cada quien con su cantarito de tequila —remataba Héctor.

Todo listo, pero, ¿cuál despedida?, ¿a qué se referían con hacer algo por lo que se les recordara? Dándole vueltas al asunto, se le prendió el foco a Héctor, que era el más grande:

—¿Sabes qué carnal? Ya tengo listo lo que vamos a hacer para despedirnos del pueblo.

—¿Qué será?

—Nos anotamos en la Adoración Nocturna, nos salimos a las cuatro de la mañana, metemos un costal cada uno y cuando estén todos dormidos, agarramos cosas de todos: un zapato, los calcetines, un sombrero, un huareche, un reflector, lo que sea, pero una cosa de cada quien. Van como veinte, sin hacer ruido, a las puras cuatro nos levantamos rápido, cada quien por su fila con su costal y a echar cosas de cada quien. Jajajajaja.

—¡Sí que es buena idea! —lo alentó Pepe—, pero ¿cómo hacemos para irnos?

—Que nos lleve el *Tartajas* de mi tío Luis, él me debe muchos favores y le encanta el relajo, estoy seguro que nos apoya.

Platicaron con el primo, le explicaron los planes y se rieron toda la tarde pensando los resultados de sus planes.

—Se van a enojar mucho —les dijo el *Tartajas*.

—Pues les va a servir para estrenar —contestó Héctor.

—Es muy buena idea, pero debemos hacer dos cosas: primero, que sea en caliente, a la primera oportunidad, allá nos están esperando; y segundo, que a nadie se le ocurra platicar ni media palabra porque lo echamos a perder —dijo Pepe.

—Pues vieja y joto el que hable, y tú ya nada más vieja, jajajajaja —remató el *Tartajas*.

—A darle que es mole de olla. ¿Cuándo hay Adoración Nocturna?

—El fin de semana, ya toca —dice Héctor.

—Pues vámonos apuntando —contesta Pepe— ¿y cómo nos vas a ayudar *Tartajas*?

—Consigo el carro de mi papá, fácil. Le digo que los voy a llevar al aeropuerto y que tienen que salir temprano —contesó *Tartajas*.

—Pues ya se hizo. Yo me imagino ya paseando en Los Ángeles con los primos y todos los cuates. Luego echar una vuelta a la Liquor y echarnos unos tequilas con todos los cuatachos allá. A agarrar un buen jale y a mandar lana para la jefa. Y a ir juntando para comprar una camioneta Perrona y una moto grandototota —sueña Héctor.

—Ya está todo listo, pero debemos comprar ya los boletos en estos días —cierra la conversación Pepe.

Todos los preparativos les llevaron unos dos o tres días y en esas noches no podían dormir de pensar en todas las cosas juntas, de irse a vivir con los hermanos y pasear con los amigos, de conseguir un buen trabajo, de comprar ropa de la que les gusta. Pero, sobre todo, de la despedida genial, memorable.

Se anotaron en las tandas de la Adoración Nocturna; la hora que les correspondiera hacer guardia a ellos no era ningún problema. No se iban a quedar dormidos porque iban a estar muy nerviosos, tanto por el viaje como por la osadía. Todo listo. El primo consiguió el permiso del papá para llevarlos en el auto al aeropuerto. El vuelo era el que volaba de noche de Los Ángeles para Guadalajara, entonces llegaba como a las cinco de la mañana y a las siete ya estaban abordando los que iban para allá. Listo, todo preparado. Hicieron todos los preparativos con su mamá, sus amigos, todo listo. Hubo absoluto silencio, nadie dijo nada. Llegó el famoso día.

Entraron a las 10 de la noche como todos, se acomodaron en una camita plegable como era costumbre. Ya estaban las dos filas: una para que la gente durmiera con la cabeza hacia la pared y los de enfrente, en el otro sentido para que durmieran también con la cabeza hacia la pared, es decir, quedaba un pasillo ancho en medio donde quedaban los pies de todos los adoradores. Precisamente a los pies ponían sus pertenencias, que, claro, eran lo más indispensable: sus huaraches, un gabán, reloj si traían, etcétera.

El Tartajas ya sabía que a las cuatro en punto debía esperarlos en la esquina del salón de la Adoración Nocturna, pero no por el lado del templo, sino por la pequeña salida que daba a la calle Emilio Carranza. Ahí estuvo muy puntual y muriéndose de risa. Los hermanos hicieron todo como estaba planeado, les tocó su turno, regresaron y “se durmieron”, estuvieron muy atentos; cuando vieron que ya eran las cuatro de la mañana, se levantaron, vieron sus figuras entre la oscuridad, cada uno sacó un pequeño costal que ya traía preparado para eso y empezaron a echar pertenencias de sus compañeros. Tuvieron que contener su risa porque lo que estaban haciendo era en verdad una hazaña de la que se iba a acordar en todo el pueblo. Y claro, los hermanos, los Güeros de Hildefonso, iban a ser los siempre recordados. Todo lo hicieron como se planeó. Salieron sin hacer ruido por la pequeña puerta por Emilio Carranza para no tener que atravesar por el templo, porque allá estaban los guardias de la Adoración en turno, y sería muy raro ver a un par de compañeros saliendo antes de terminar el compromiso y, además, con un costal cada quien. Todo salió bien. Subieron ya a carcajada abierta al carro que llevó el Tartajas y fueron rápido a recoger cada uno su maleta que tenían en el zaguán de su casa, ya nada más a pedirle a su madre que les diera la bendición.

Abrieron la puerta, ya estaba ahí la señora esperándolos, sabiendo que a esa hora iban a llegar. Aguantaron como pudieron la risa, se arrodillaron, recibieron la bendición de la señora Marthita y a subirse al carro. De nuevo a carcajear de risa como nunca lo habían hecho, los tres llorando y apretándose el estómago. Era algo fenomenal. Se detuvieron en el puente del río como lo habían planeado, arrojaron los dos costales con prendas de más de veinte adoradores que dentro de un rato se iban a dar cuenta y los iban a buscar pensando que alguien les hizo una vacila-

da, como era frecuente en esos casos, pero en esta ocasión iba a ser diferente porque iban a ver que no aparecerían sus pertenencias y que faltaban dos muchachos, los Güeros de Hildefonso, y luego iban a preguntar: “¿Dónde los agarramos?”.

Y algunos de los compañeros iban a recordar que habían escuchado que ya se iban a Los Ángeles. Si regresaban pronto, sería en un año. No era justo, ahí no era para hacer vaciladas y menos con gente seria. Eso lo deberían de hacer con sus amigos, pero no haciendo padecer a gente buena que lo único que hacía era comprometerse para rezar en el templo por toda la noche en turnos.

Durante media hora no pudieron para de reír. Pronto estarían ya en el aeropuerto, y adiós Acatic, nos veremos dentro de cinco años, si no es que más. Pues llegaron al aeropuerto, ya cansados, ya no podían reír, había sido dosis para caballo lo que habían hecho. Se despidieron del Tartajas y entraron al aeropuerto. Entregaron sus boletos, ingresaron a la sala de abordar y a esperar la salida. Ya no reían, se sentían cansados, ahora estaban pensando en lo que les esperaba para esa misma mañana, pronto estarían con sus hermanos y luego irían a ver a tantos amigos. Iban a tener que hacer una lista para no olvidar visitar a nadie. Era muy importante y les motivaba mucho que pronto estarían saludando a tanta gente entrañable. Abordaron, despegó el avión y a dormir porque eso de reír en verdad que cansa. Parece que no, pero sí que cansa. Durmieron casi todo el trayecto, entraron a la sala de Migración, mero trámite, todos sus hermanos habían hecho el mismo trayecto y habían sido más de seis antes que ellos. Les tocó turno y el oficial les dijo:

- ¿Vienen a trabajar a California?
- No señor, de turistas, a visitar unos familiares.
- ¿Cuántas veces han venido a Estados Unidos?

—Ninguna, es primera ocasión.

—¿Por qué traen ropa de Estados Unidos si no han venido nunca?

Todo, la playera, la chamarra, el pantalón, el cinto, los tenis y hasta unas cadenas de oro tipo cholo, eran de Estados Unidos. Eran unos típicos cholos de Los Ángeles que nunca habían ido a California.

—Ustedes no entran, se regresan a México. Tomen sus maletas y se van a la sala “E”, ahí enfrente. Los van a buscar en un momento para regresarlos en el mismo avión.

—Pero es que nosotros nunca hemos entrado a Estados Unidos, es nuestra primera ocasión.

—Tomen sus cosas.

Punto. Se quedaron fríos, muy tristes. Sin poder hacer otra cosa, se sentaron uno frente al otro desconsolados. Ni hablar, ¿cómo avisarle a sus hermanos que iban por ellos? Con la cabeza baja estuvieron sin dirigirse la palabra mucho rato. Se acercó una empleada de la aerolínea:

—Sus boletos, jóvenes.

—Gracias. Los tomaron sin levantar siquiera la vista. Aunque era en el mismo avión, por el tiempo que llevan todos los trabajos de llenado de combustible, limpieza y nuevo abordaje, llegaron ya por la noche a Guadalajara, seguían desconsolados. No atinaron a avisarle a nadie, ni a los de Acatic, consiguieron un taxi y regresaron al pueblo, ya pasaba de las 10 de la noche y había muy poca gente en las calles, y aunque los podrían haber conocido, no los buscaban porque no los esperaban. Fueron directamente a su casa. Tocaron, ya habían pagado y habían bajado sus maletas sin haberlas abierto porque no fue necesario.

—¿Quién es? —preguntó asustada su madre, porque no esperaba a nadie.

—Somos nosotros, Héctor y Pepe.

—¿Quién?

—Nosotros, jefa.

—¿Qué pasó, no se fueron?

—Sí nos fuimos, pero regresamos. Nos regresaron. Nos tocó un migrante bien gacho, nos dijo que íbamos a trabajar y aunque le explicamos que no y que no y que no. Nos dijo que nos iba a regresar. Y acá estamos.

—Pues ha de ser lo que Dios quiera. Por algo suceden las cosas.

—Ni modo. A ver cómo le hacemos después para irnos. Ahora pagando coyote, pero de que nos vamos, nos vamos.

—Oigan, ¿y qué desmadre hicieron con los de la Adoración Nocturna?

—Ah...

—Ya ni la amuelan, a don Emeterio le perdieron hasta sus dientes postizos.

—Yo no... —dijo Pepe sin pensarlo, luego se arrepintió y volteó a ver a Héctor, los dos muy compungidos—. Chin.

Cara de santo pediche
se terminó de imprimir en julio de 2020
en los talleres de Ediciones de la Noche
Madero #687, Zona Centro
Guadalajara, Jalisco
El tiraje fue de 500 ejemplares

www.edicionesdelanoche.com

Los Altos de Jalisco conforman un ámbito regional que es icónico en México. Ha sido el espacio geográfico de formación de una sociedad de rancheros que han jugado y juegan un papel central en la conformación de la nacionalidad mexicana. La formación histórica de Los Altos de Jalisco es básica para entender la importancia de la introducción de la ganadería a México desde el siglo XVI y la consolidación de una sociedad orientada hacia el trabajo, con un catolicismo arraigado y un sentimiento de identidad regional profundo.

Los Altos de Jalisco también se ha caracterizado por el habla de un castellano forjado en el transcurso de los años desde que ocurrió la colonización de la región, por ganaderos provenientes de Salamanca, España, en donde se localizan el Campo Charro y la Peña de Francia, dos lugares icónicos de Castilla. Precisamente el texto escrito por un distinguido intelectual alteño, el Doctor Cándido González Pérez, nos conduce por el fascinante sendero de una palabra que es parte de la identidad de los Alteños.

Más aún, desde el punto de vista literario, me parece que la colección de cuentos surgidos de la pluma del Doctor Cándido González Pérez, reviste una importancia singular en el escenario actual de la narrativa de Jalisco.

Andrés Antonio Fábregas Puig



ISBN 978-84-18080-70-8



9 788418 080708